









Fortensia de León Salas.

150.00

Impreso en la Habana, 1859
(Imprenta del Diario de
la Marina)

1^a ed., 1859

+ 1317495

C.

DOS ROSAS

Y

DOS ROSALES,

LEYENDA EN DOS PARTES

POR

D. José Zorrilla.



HABANA:

Imprenta del Diario de la Marina,

1859.

2197
P

PROLOGO.

SR. D. CARLOS ROSALES.

Lima.

Muy Sr. mio: Sin la carta que de Vd. recibí á bordo del Paraná tal vez mi flaca memoria no hubiera todavía recordado su nombre, ni la presentacion que de Vd. me hizo en París Madama de M.; y sin el manuscrito que con su carta me fué entregado no hubiera sabido nunca que una leyenda que empecé á publicar en un periódico de Europa era la historia del origen de su familia. Lejos de ofenderme, como Vd. recela, por las observaciones y preguntas que en su carta me hace, agradezco á Vd. infinito las apuntaciones que me remite para completar mi leyenda con una segunda parte que contenga los sucesos de la vida de Vd., historia de la segunda Rosa, continuacion de la primera bajo el título de

LAS ALMAS ENAMORADAS.

Puede Vd. contar con que este será el primer libro que dé á luz, y de él remitiré un ejemplar á la hermana Rosa de la Soledad en el monasterio de Santa Clara de Valladolid, como me suplica Vd. que lo haga.

Teniéndome Vd. por mas mundano de lo que soy, y (perdone Vd. que se lo diga) por mas de lo que mis escritos le

dan motivo para creerme, teme Vd. que me burle de la resolución que lleva de encerrarse en un monasterio de la América del Sur; y en verdad que además de juzgar mal mis opiniones religiosas, da Vd. en un error del cual quiero sacarle. No solo apruebo la resolución de Vd., sino que le declaro á Vd. formalmente que si algun dia llegara yo á verme en el caso en que Vd. se halla mi resolución sería la misma que la que Vd. hoy toma. El Criador dió á los brutos el instinto de la propagacion para conservar su especie; pero dió al hombre y á la mujer la noble, poderosa y sublime pasion del amor para que juntos y emparejados saliesen de la tierra por las puertas del sepulcro, y llamasen á las del Paraiso, dejando en lugar suyo hijos que se amáran como ellos, y como ellos devolvieran sus almas amorosas al Criador, que es todo ternura y cariño, y cuyo amor es el alma del universo. Yo creo como Vd. que el hombre, no corrompido aún con los vicios de la sociedad egoista y especuladora que se llama civilizada, no puede tener mas que un solo amor; si este es feliz vive con él venturoso y tranquilo: si es infeliz con él muere sin tener mas bálsamo con que cicatrizar las llagas que su desventurada pasion deja en su alma que el rocío fresco del amor divino, el mas puro de todos los amores. La historia del de Vd. es de ello un palpable ejemplo: yo voy á escribirla, y si el leerla escrita de mi mano puede servirle de consuelo en la soledad del claustro, me tendré por feliz, y me daré por satisfecho al saber que esta gota de miel ha sido vertida por mi mano sobre el acíbar de su corazon. Dos palabras mas y concluyo. Por lo tocante á las dudas que Vd. me manifiesta, y á las justas reconvenciones que me hace en el último párrafo de su carta, á propósito de la interrupcion de varias de mis obras, solo le diré que voy espresamente á continuarlas y concluir las todas á América, donde corren tan sobradas de reputacion y favorecidas de la fortuna quanto escasas son en sí mismas de mérito y de valor; y que no teniendo yo por justo, ni por convenien-

te á mis intereses, dejar que especuladores estraños se lucren con los productos de mi ingenio en perjuicio mio, ni desaprovechar yo el favor del público en ventaja suya, haré de hoy en adelante dos ediciones simultáneas de ellas, una en América para este continente, y otra en Europa para mis editores europeos, sin que la edicion americana sea remitida á Europa, ni la europea venga al continente americano. En consecuencia tendré el honor de remitirle á Vd. todas mis obras concluidas al monasterio de L., donde me anuncia Vd. que va á fijar su residencia, y donde ruego á Vd. que me encomiende á Dios en sus oraciones, contando desde allí con un amigo sincero mientras ambos vivamos sobre la tierra.—

J. Zorrilla.

to é mis latentes, e para que asperiores estades se in-
cien con la guerra de mi imperio en perjuicio mio, ni
desperdiciar yo el mayor del pueblo en ventura mala, la-
re de hoy en adelante sus acciones e intenciones de ellas
una en adelante para este continente, y para en adelante
para mis estados deponer, sin que las dadas aperturas sea
remittida á España, ni la Europa venga al continente sus-
tituendo. En consecuencia de lo que se remittió á V. M.
todas las cosas remittidas al momento de la, donde me
sacaba V. M. para a dar en todo esta y donde me
V. M. que me encargaba á Dios en sus oraciones, continen-
do de él con un año sin otro interin, como vivamos so-
dos la tierra. —

J. B. de la Cruz

PRIMERA PARTE.

HISTORIA DE LA PRIMERA ROSA.

CAPITULO I.

I.

¿Ecsiste sobre la tierra
Ese amor firme y sincero
Por el cual el mundo entero
En un corazon se encierra?

Acaso no en el gran mundo
Que de vanidades vive,
Y en el cual no se concibe
Ese amor ciego y profundo;

Mas yo sé de corazones
Cuya esencia este amor fué,
Y porque su historia sé
La escribo en estos renglones.

Tendido á los piés de un risco,
Y á entrada de un valle fresco
Que corona pintoresco
Un castillejo morisco,

En territorio andaluz,
Y á la orilla de la mar,
Hay, inundado en la luz
Del sol de España, un lugar.

Su nombre está ya perdido
En el mapa y en la historia,
¿Para qué pues mi memoria
Le ha de sacar del olvido?

Nada hace á la historia mia
Su nombre, ni el del castillo;
Pues pasa en un lugarejillo
De la hermosa Andalucía,

Sin duda debe de ser
A propósito lugar
Para lo que hoy á contar
Voy al curioso lector.

Era, pues, un lugarejo,
Cuyo nombre no hay quien halle,
Sentado á boca de un valle
Y á sombra de un castillejo.

Ciento cincuenta años há
Que al moro se conquistó:
La raza que le ganó
Del infiel no ecsiste ya.

Diósele el Emperador,
De sus servicios en premio,
A un caballero Bohemio,
Famoso batallador,

A quien arruinó un proceso
En Alemania, y que en pos
De Cárlos, fiado en Dios
Y en él, vino á su regreso

De aquel país á Castilla,
Donde á fuerza de trabajos,
Dando y recibiendo tajos,
Logró al cabo esta haciendilla.

Casóse con una dama,
Tan noble como gazmoña,
Que le trajo de Borgoña
Con poco haber mucha fama;

La cual de su amor en prenda
Le dió un hijo á quien no vió,
Pues al dárselo murió,
Dejándole en él su hacienda.

Al mismo tiempo que el luto
Vistió por la esposa cara
Pagaba á la muerte avara
Cárlos en Yuste tributo,

Y mas que vasallo fiel
Fanático adorador
Del difunto Emperador
Dió por difuntos con él,

La prez y el valor del mundo;
 Y en su admiracion suprema
 Lloró la imperial diadema
 Rota en Felipe segundo.

Para él acabo la gloria
 Y el honor en Cárlos quinto:
 Construyóse un laberinto
 Con las de él en su memoria,

Y acusando de fatales
 A sus tiempos vivió hundido.
 En su torre, mantenido
 De recuerdos imperiales.

En honra de su señor
 Decidió por buen acuerdo
 Ser un viviente recuerdo
 Del bizarro Emperador.

Dió su nombre á su heredero,
 Con la precisa cesigencia
 Que en toda su descendencia
 Fuese el nombre del primero,

Y que si el mayor finare
 Aquel que le sucediere
 Sucederle no pudiere
 Si el de Cárlos no tomare.

Conservó toda su vida,
 Contra las modas airado,
 El gaban acuchillado,
 Gorguera y barba crecida;

Ni dejó al sombrero plaza
Su alemana caperuza,
Ni al colete de gamuza
La milanese coraza:

Y como Dios le otorgó
Larga existencia, su siglo
Por evocado vestiglo
Le tuvo del que pasó.

Idólatra de lo antiguo,
La edad sin tener en cuenta,
Vivió de la escasa renta
De su patrimonio exiguo.

El mismo en la soledad
Educando á su heredero
Hizo de él un caballero
De su ya olvidada edad;

Y este, que es al que los dias
Alcanzan de mi leyenda,
Siguiendo su misma senda
Siguió sus propias manías.

Educado por su padre
En la vanidad tudisca
De su era caballescaca,
No halla cosa que le cuadre.

Nutrido con las historias
Del tiempo en que aquel vivió,
Del suyo desconoció
Las hazañas y las glorias;

De modo que al fenecer
(Obra de su afan prolijo),
Pudo decirse que en su hijo
Tornaba el padre á nacer.

Todo de la misma suerte
Continuó en el castillejo
Sombrió, sin que del viejo
Se echara de ver la muerte:

Pues su primer sucesor,
El castillo al heredar,
Ni un clavo en él alterar
Tomó por punto de honor.

Y salva la diferencia
Que entrambos la edad ponía,
Que duraba parecia
Del buen viejo la presencia.

Porque de él copia leal
En su persona y su traje,
Guardó el hijo su equipaje
A la manera imperial.

Rapado á lo Cárlos quinto
Luenga la barba conserva,
Como sus patios la yerba
Conservan en su recinto:

Y así como no trocara
Por el del rey su linaje,
Ni mudó nunca su traje,
Ni desembarbó su cara.

Una boda desigual,
No en nobleza ni en fortuna:
Sino en edad, oportuna
Le acrecentó su caudal.

Una condesa que, viuda,
Con sus timbres campanudos
Y medio millon de escudos
Sus ocho lustros escuda,

Se unió á él en matrimonio,
Y á la vanidad tudésca
Su vanidad quijotesca
Allegó, y su patrimonio;

Y atados con el torzal
De iguales genios y gustos,
Vivieron como dos bustos
En un mismo pedestal.

Mas probando su largueza
Una de esas bizarrías
En que da todos los dias
La rica naturaleza,

Hizo, mostrando el poder
De sus caprichos estraños,
Que al conde al fin de dos años
Diera un hijo su muger;

Y no queriendo dejar
Su obra incompleta, le dió
Un hijo que no dejó
Nada en sí que desear;

Pues robusto, hermoso y sano
Se desarrolló con brío
Aquel capullo tardío
Del amor del castellano.

No hay placer cabal empero
En la tierra: la condesa
Descendió á poco á la huesa,
Y quedando el caballero

Solo otra vez, y sumido
En soledad y dolor,
Concentró todo su amor
En su vástago florido.

Criarle pensó en su casa
Como á él su padre: mas es
Locura intentar los piés
Atar al tiempo que pasa.

Don Carlos miéntras fué niño
Sus viejos gustos siguió,
Porque al suyo no dejó
Brotar el filial cariño;

Mas cuando llegó á ser mozo
Comprendió que la clausura
De aquella vivienda oscura
Semejaba un calabozo;

Y entendió cuán temerario
Fuera aquel que en la corriente
Permanecer de un torrente
Pretendiera estacionario.

Declaró al anciano adusto
 Que era imposible seguir
 En tal modo de vivir
 Contra su tiempo y su gusto.

Resistió el viejo, insistió
 El mozo, y fué no sin pena
 Alargando su cadena
 Hasta que al fin la rompió.

Pajarillo que del nido
 Por primera vez se lanza,
 Ver ansiando hasta dó alcanza
 Por sus alas sostenido,

Bajó al valle, vió sus flores,
 Y encontrándolas tan bellas,
 Comenzó á saltar entre ellas
 Respirando sus olores;

Y haciendo atrevido alarde
 De su vuelo aun inesperto,
 En los rosales de un huerto
 Entretenido una tarde,

Picando sin precaución
 Una rosa campesina,
 La rosa con una espina
 Le picó en el corazón.

Quedósele en él metida,
 Y, aunque la quiso ocultar,
 Empezándose á enconar
 Dió su padre con la herida;

Quien queriendo su dolencia
 Atajar con prontitud
 Ensayó en él la virtud
 Del bálsamo de la ausencia.

Le envió á Nápoles de un vuele,
 Y allí del virey al mando
 Le defiende contra el bando
 Del pescador Masanniello.

Su padre se hace sin él,
 Roido por el dolor,
 Tan tosco y ágrío de humor
 Como si bebiera hiel:

Y del peñon en la cresta
 Su vieja torre morando,
 Asoma de cuando en cuando
 Su catadura indigesta.

Dejémosle en ella pues,
 Y abandonando el castillo
 Bajemos al lugarcillo
 Que está tendido á sus piés.

II.

En una casita blanca,
 Que á sombra de un verde sáuce
 Se mira en la agna de un cáuce
 Que va un molino á mover,
 Vive un doctor extranjero
 Del país muy estimado,
 Porque su amor le han granjeado
 Su rectitud y saber.

Diez años hace que vino
 ▲ establecerse en la tierra,
 Y en esto solo se encierra
 Cuanto el vulgo sabe de él:
 Independiente y discreto
 Curiosidad no provoca;
 Mas sellada está su boca,
 Y cerrado su cancel.

Rara vez tiene en su casa
 Convidado ni visita:
 En su piso bajo habita
 Con modestísimo ajuar.
 Allí tiene establecidos
 Su estudio y recibimiento,
 Y de libros hasta ciento
 Sobre el arte de curar.

Allí el patán y el hidalgo,
 Que á consultar su dolencia
 Van, le aguardan en ausencia,
 O para su entrada vez:
 El los llama á su despacho
 Por el turno en que ellos vienen,
 Guardándoles el que tienen
 Con estricta rigidez.

En su ministerio exacto
 Jamás niega su asistencia
 Ni al dolor ni á la indigencia
 Con escusa ó dilacion;
 Ni le han impedido nunca
 Que llenara su destino,
 Ni el exceso del camino
 Ni el rigor de la estacion.

En la cámara del rico
 Que en holandas se reboza,
 Igualmente que en la choza,
 O abrigo del pastor,
 Se le mienta con respeto,
 Se le ve con esperanza,
 Se le acuerda confianza,
 Se le paga con amor.

Idólatra de la ciencia,
 Recorrido ha en largos viajes
 Los mas remotos parages
 De sus secretos en pos;
 La Africa, el Asia, la India,
 De ellos su ciencia han provisto,
 Y en sus desiertos ha visto
 Las maravillas de Dios.

Por eso igualmente viendo
 Por donde quiera las leyes
 Infringidas por los reyes,
 Mal cumplidas por su grey,
 El mundo tiene por patria
 Errante cosmopolita:
 Mas de los pueblos que habita
 Respeto y cumple la ley.

Como hombre que ha visto mucho
 Sus opiniones estrañas
 Califican de patrañas
 Cosas en que el mundo cree:
 Y pospone los principios,
 Y la ley de los gobiernos,
 A los principios eternos
 Y á las leyes de la fé.

Hombre de arte, tiene en poco
 Los blasones de nobleza,
 Y no estima por grandeza
 Mas que la del corazón:
 Y al juzgar á los humanos,
 Sin mirar á sus blasones,
 Solo acuerda á sus acciones
 Su imparcial estimacion.

Observador reflexivo,
 Tiene del hombre y del mundo
 Conocimiento profundo
 Y comprension perspicaz:
 Y en sus sólidos principios
 Firme, es en sus opiniones
 Como breve de razones
 En su dictámen tenaz.

Y una vez que él ha abrazado
 Resolucion ó proyecto,
 Hasta que le lleva á efecto
 Ni duda, ni vuelve atrás.
 Lo mismo trata los males:
 Medita, observa, registra,
 Y en las drogas que administra
 No se equivoca jamás.

Iniciado en los secretos
 Y las lenguas orientales,
 Sus yerbas medicinales
 Conoce con perfeccion:
 Y en una caja de cedro
 Con labores damasquinas,
 Guarda en frascos medicinas
 Que estrañas á Europa son.

Mil veces le ofreció el mundo
Interés y dignidades,
Córtes y universidades
Ansiando su posesion:
Mas él rehusó modesto
El honor de sus favores,
Por razones superiores
Que guardó en su corazon.

Tal es el doctor severo
Que en el piso bajo habita
De aquella alegre casita
Que al pié de la torre está.
Su piso elevado, á estilo
De los pueblos del Oriente,
Es un santuario que asilo
Solo á su familia da.

Compónenla dos mugeres; Y
La mayor, de edad provecta,
A su cargo tiene afecta
La economía interior:
La mas jóven goza en ella
De libertad absoluta,
Sin que acote ni discuta
Su autoridad el doctor.

En la posicion de entrambas
La diferencia es notoria,
Y su línea divisoria
Bien fácilmente se ve:
La mayor rige, dispone,
Gobierna, administra, ordena;
Deberes tiene que llena;
La menor manda y posée.

El poder de la primera
 Tiene cotos: esta alcanza
 Del doctor la confianza:
 La mas jóven el favor:
 Pero en entrambas apoya
 El poder y valimiento
 En el sólido cimiento
 Del decoro y del honor.

El tipo de ambas es puro,
 Y acusado netamente:
 La mayor es diligente,
 Reflexiva y perspicaz;
 Sin bajeza cariñosa,
 Complaciente con prudencia;
 Por su celo y esperiencia.
 De su empleo muy capaz.

Aunque raya en nueve lustros,
 Su raza transteveriana
 Ver su belleza romana
 Deja de ellos á través:
 Sus clásicas proporciones
 Del pueblo rey la matrona
 Recuerdan en su persona,
 Y lleva el nombre de Inés.

La menor es una Rosa
 Que al bello sol de la vida
 Abre fresca y aromosa
 Su capullo virginal:
 Mas flor de orientales climas,
 Su tipo, mucho mas bello
 Que perfecto, tiene el sello
 De su origen oriental.

Diez y ocho abrilés sus rosas
 Sobre su faz deshojaron,
 Y en memoria le dejaron
 Su carmin primaveral:
 Mas temprana cual las rosas
 Que al sol de Africa florecen,
 Ya sus formas aparecen
 En desarrollo total.

Es una de esas mujeres
 A quienes naturaleza
 Hace tipos de belleza
 En su hermosa imperfeccion;
 Cuyas formas espresivas
 En sus líneas incorrectas
 Mil veces mas atractivas
 Que las mas perfectas son.

Su beldad no constituyen
 Las ecsactas proporciones,
 Ni se dan sus perfecciones
 A analítica inspeccion:
 Su hermosura está en la gracia
 Que no miden los compases,
 Don múltiple de fases
 Incapaz de descripcion.

¿Qué es la gracia? Es un encanto
 Misterioso, indefinible;
 Una luz improducible
 Por las tintas del pincel:
 Es *algo* al poder rebelde
 De la lengua y de la pluma;
 Es un don de Dios en suma:
 Pero ¿quién da razon de él?

¿Qué es la gracia? La de Rosa
 Es la airosa gentileza
 Con que se alza su cabeza
 De su cuello en la esbeltez:
 Es el aire voluptuoso
 De su talle, que cimbréa,
 Que se comba y que se arquéa
 Como el junco y como el pez.

La sonrisa embriagadora
 Que hoyos hace en su mejilla,
 Los cambiantes con que brilla
 Rica en luz su pura téz,
 La caída de sus párpados,
 El ondear de sus cabellos,
 Las cascadas que hace entre ellos
 De la luz la esplendidez.

Es la marcha seductora
 De aquel pié menudo y leve,
 Que parece que en la nieve
 Ni hace huella, ni alza sonro:
 El acento cuyo timbre
 Hasta el alma profundiza,
 Y el mirar que magnetiza
 Con la luz de la pasión.

Este tipo de hermosura,
 Que al análisis resiste,
 Y al discurso, solo existe
 Bajo un sol meridional:
 Y jamás le reprodujo
 Del ingenio el poderío
 Ni del mármol en lo frío,
 Ni en lo duro del metal.

Tal es el tipo de Rosa,
 La admirable criatura
 Que da ser con su hermosura
 A la casa del doctor:
 Rosa es uno de esos seres
 Cuyo gérmen, cuya esencia,
 Animó la Omnipotencia
 Con el fuego del amor.

¿A qué raza pertenece?
 ¿Qué hemisferio le dió cuna?
 ¿Qué derechos, qué fortuna
 La reserva el porvenir?
 Del secreto de su vida
 El doctor tiene la llave:
 ¿Y quién va de hombre tan grave
 Los secretos á inquirir?

Mas, lector, ¿cuál es el nudo
 Del hilo oculto que corre
 Desde la casa á la torre
 En donde conmigo estás?
 Escúchame un doble diálogo
 Que en este momento pasa
 En la torre y en la casa,
 Y el nudo desatarás.

CAPITULO II.

I.

Una tarde, el sol de mayo
 En las torres del castillo
 Quebrando el trémulo brillo
 De su postrimero rayo,

A su postrer resplandor
 Ganando el enhiesto risco,
 Del castillejo morisco
 Llamó á la puerta el doctor.

Ya no ecsiste la de hierro
 Llantada: la de hoy en dias
 Es de roble, y del vigia
 El lugar ocupa un perro.

Su ladrido respondió
 A la recia aldabonada
 Con que el doctor su llegada
 A los de dentro anunció.

Sacó por una tronera
 Su semblante amojamado
 Un decrepito criado,
 El cual, haciendo visera

De la mano, y hasta el hombro
 La cabeza adelantando,
 Conoció al doctor, mostrando
 De verle no poco asombro.

Dejó al punto el ventanillo,
 Acalló al mastin, quitó
 Los pasadores, y entró
 El doctor en el castillo.

Adentro ya, emprendió el viaje
 Del laberinto que corre
 Desde la primera torre
 Hasta la del homenaje:

Que el castillo aunque pequeño
 Tiene aire de fortaleza,
 Cual conviene á la grandeza
 De su vanidoso dueño.

Dos patios, un corredor
 Y una desierta crugía
 Detrás de su viejo guía
 Cruzó en silencio el doctor:

Luego un caracol torcido
 Pasó; cruzó un descubierta
 Y estenso adarve que en huerto
 Ha poco que han convertido,

Y es uno de esos pensiles
 De la mora Andalucía
 Donde al sol del medio día
 Brotan las rosas á miles,

Y un postiguillo pequeño
 Abierto sobre el jardín
 Atravesando, dió en fin
 En la cámara del dueño.

Aquel (en su señorío
 Cárles primero) salióle
 ▲ recibir y franqueóle
 Un salon alto y sombrío

Cuyas proporciones grandes
 Llena mal el pobre adorno
 De diez sillas que hay en torno
 De unos tápices de Flándes.

Sobre un velador de encina
 Tiene el baron un resumen
 De heráldica, y un volúmen
 De la Vulgata latina;

De lo que el doctor deduce
 Que es el baron buen católico,
 Puesto que el rito apostólico
 Sigue, y el latin traduce:

Una enorme chimenea
 Llena el principal testero
 De aquel salon todo entero,
 Y en su inmeaso hogar humea

(Porque la humedad le impide
 Arder) un tronco de roble
 Que, por su tamaño doble
 Rebelde al fuego despide,

Por las heridas que hizo
 La hacha en él su sávia y zumo,
 Cuyo humor ahoga en humo
 Su poco fulgor pajizo.

Con gravedad señorial
 Dió el baron silla al doctor,
 Quien con gravedad igual
 Se arrellanó en la mejor.

Calló el baron como aquel
 Que va á entablar cuestion grave,
 Y el doctor como quien sabe
 Que escuchar le toca á él.

Al cabo, tras breve punto
 De preciosa reflexion,
 Trabó diálogo el baron
 Yendo derecho al asunto.

Siendo empero de los dos
 El carácter tan altivo,
 El diálogo fué tan vivo
 Que es difícil irle en pos.

Puso á los dos en un potro
 La precision de escucharse,
 Y lucharon por quitarse
 La palabra el uno al otro.

Mas para que nos ahorremos
 El martilleo importuno
 De aquello de: "dijo el uno—"
 Y "añadió el otro—" pondremos

A la márgen simplemente
De los interlocutores
Los nombres, y los lectores
Nos leerán mas fácilmente.

II.

EL BARON. Os he llamado, doctor....

EL DOCTOR. Abreviad: sé para qué.

BARON. ¿Quién os lo dijo?

DOCTOR. Mi honor,
Que puse por avizor.

BARON. ¿Sabeis pues.....?

DOCTOR. Todo lo sé.
Vuestro hijo vuelve.

BARON. Le espero
De un momento á otro.

DOCTOR. Pues
Ya supondreis, caballero,
Que yo en mi casa no quiero
Que ponga jamás los piés.

BARON. Es el consejo mejor
Que yo le daré.

DOCTOR. Mandad,
Y no aconsejeis.

BARON. Doctor,
La ley le da ya favor,
Pues vuelve mayor de edad.

DOCTOR. Siempre somos los mayores
Los padres: por mas que crezcan
Nuestros hijos son menores
Que nosotros, y mejores
Nuestros juicios: que obedezcan.

BARON. Porque hacerme obedecer
Pienso yo de él mientras viva
Quise vuestro parecer

- Sondear; y no es poco hacer
Tomar yo la iniciativa.
- DOCTOR. Gracias.
- BARON. Bien nos estuviéramos
Ponernos ámbos de acuerdo
Antes que mi hijo volviera,
Y á mi pesar se metiera
En un lance poco cuerdo.
Yo creo que pues mi hijo
Ama á Rosa, y que este amor,
Al decirlo me aflige.....
- DOCTOR. Sed franco, y no andéis prolijo;
Creéis que aja vuestro honor.
- BARON. Cabal: Cárlos era un niño
Cuando la cobró cariño:
La chica, eso sí, es muy bella,
Y pura como el armiño;
Mas Cárlos no es par con ella.
- Mi hijo es único heredero
De mi nombre y de mi casa.
Le armó el virey caballero
En Nápoles: mensajero
Le envió á Madrid: del rey pasa
- Por bien quisto, circunstancia
De no pequeña importancia
En su venidero porte.
- DOCTOR. Permitted á mi arrogancia
Que vuestro discurso corte,
Pues con mi paciencia lucho
Cuando vuestros circunloquios
Inútiles os escucho,
Y yo el tiempo tengo en mucho
Para perderlo en coloquios.

Oid: yo voy á poneros
La cuestion tan en su punto,
Con puntos tan asideros,
Que no tengais que volveros
A ocupar mas del asunto.

Vuestro hijo ama á mi Rosa:
Vos teneis á deshonor
Este amor, porque os acosa
La vanidad ambiciosa
De riqueza y de favor.

Vos suponeis, y la errais,
Que yo este amor alimento
Porque vos ennoblezcáis
A mi Rosa, si otorgais
A su amor asentimiento.
Mas á pique de enojaros
Vais á ver cómo destruyo
Vuestra ilusion, sin reparos
A vuestro honor, con probaros
Que el deshonor será suyo.

Rosa.....

BARON. Antes de que pasemos.

Mas adelante.....

DOCTOR. Despues.

BARON. Antes.

DOCTOR. Sea.

BARON. Aun no sabemos

Si es hija vuestra. ¿Podremos
Preguntaros de quién es?

DOCTOR. Es lo que os iba á decir,

Si me dejárais seguir.

BARON. Pues continuad, porque es cosa

Que ha tiempo que anda curiosa

Mucha gente por oír.

DOCTOR. Pues tal vez no satisfaga
A esa gente ociosa y vaga
Mi respuesta: y ¡por quien soy!
Que temo que mal os haga
El trago que á daros voy.

Rosa, á quien habeis creído
Honrar con vuestro favor,
En tal estirpe há nacido
Que no podrá con honor
Aceptar vuestro apellido.

Rosa en fin, á quien acaso
Regateais vuestras rentas,
Puede arrojaros al paso
Lo que vuestro haber escaso
No suma en todas sus cuentas.

Mas oid lo que no alcanza
Vuestra razon: mi hija Rosa,
Para quien es la esperanza
De una probable alianza
Con Don Carlos poca cosa,

Con hombre se ha de casar
Que lleve por solo bien
Al santuario de su hogar
Lo que con honra á ganar
Sus propias manos le den:

Mas hombre cuyo decoro,
Cuyo libre corazon
Desprecie el favor y el oro,
Y no tenga mas tesoro
Que su honor y su pasion.

Un hombre cuya existencia,
Cuya patria, cuya ley
Sea Rosa, que en conciencia
Puede tener la exigencia
De casarse con un rey;

Y vuestro hijo Don Carlos
Ni es rey, ni tiene de tal
Los derechos: y á lograrlos
No supiera conservarlos,
Pues le educásteis muy mal.

¿Cómo á su vida atendiera
Si sus haciendas perdiera?
Como los nobles: vendiéndose
A un rey cualquiera, y batiéndose
Sin saber por qué siquiera.

Rosa un hombre ha menester
Que ya que pueblos no mande
No sirva á ningun poder,
Y dónde esté sepa ser
Libre, independiente y grande.

Ahora bien, señor baron;
Si en ello paráis las mientes
Vereis que en la condicion
De seres tan diferentes
No es posible que haya union.

Conque si el orgullo os dijo
Que Rosa vuestro honor aja
Lo erró: y, tenedlo por fijo,
Si ama Rosa á vuestro hijo
Es ella quien se rebaja.

Bijo el doctor, y el sillón
 Abandonando en el acto
 Salió apriesa del salón,
 Dejando al pobre barón
 Corrido y estupefacto.

La sorpresa y el sonrojo
 Le pusieron amarillo
 Hasta lo negro del ojo:
 Jamás creyó tal arrojo
 Del rey mismo en su castillo.

No cabiendo en su cabeza
 Semejante atrevimiento,
 Ni del caso la estrañeza,
 Quedó absorto larga pieza
 Sin voz y sin movimiento.

Mas viéndose tan mal puesto
 Echó por el corredor
 Con desencajado gesto,
 Y en ademan descompuesto,
 Al alcance del doctor.

En el impulso primero
 De la rabia que á embargarle
 Fué el corazón altanero
 Asíó el barón de un acero
 Con intención de matarle.

Cruzó el adarve desierto,
 Y uno y otro corredor,
 Y uno y otro patio abierto;
 Pero, con gran desconcierto
 Suyo, no halló ya al doctor.

Llevábale gran ventaja,
Y como el viejo baron
 Ve que corre y no le ataja
 La cólera se le cuaja
 Al frio de la razon;

Porque como el movimiento
 Del cuerpo paralizar
 No puede el del pensamiento,
 El baron pudo un momento
 A solas reflexionar.

Y la arenga estrepitosa
 Del doctor dándole vueltas
 En el cerebro, y de Rosa
 En la historia misteriosa
 Cogiendo las hebras sueltas,

Paró en recapacitar
 A impulsos de su codicia,
 Y su ambicion de medrar,
 Que era bien con tiento andar
 Antes de dar una picia.

A las mientes se le vino
 Que si el doctor no es un loco
 Que cayó en un desatino
 No es su cólera tampoco
 Para ganarle camino.

Y si es Rosa por acaso
 Lo que él dice, y cosa óbvia
 Que á Carlos ama, no es caso
 De perder por un mal paso
 Tal ocasion y tal novia.

Todo lo cual bien pesado,
 Juzgó por mejor aviso
 Disimular lo pasado,
 Y ganar de fuerza ó grado
 Al doctor lo mas preciso.

Aleazóle ya en la puerta:
 Mas por pronto que acudió
 Ya aquél la tenia abierta,
 Y afuera en salvo y alerta
 Viéndole ya le llamó.

Calmóse, pues, como pudo
 Mejor, y al doctor llegando,
 Que esperaba frio y mudo,
 Le dijo, el ceño sañudo
 Cual supo desenarcando:

BARON.

Una palabra, doctor.

DOCTOR.

Pero sed breve.

BARON.

¿Estais hoy
 En vuestro juicio?

DOCTOR.

Lo estoy.

BARON.

¿Conque es cierto?

DOCTOR.

Como soy
 Hombre.

BARON.

¿Palabra?

DOCTOR.

De honor.

BARON.

¿Y es Rosa?

DOCTOR.

Lo que es: ni mas
 Ni menos que lo que he dicho.

BARON.

¿Y ama á mi hijo?

DOCTOR.

Quizás

De sobra.

BARON.

¿Entonces?

DOCTOR.

¡Jamás!

- BARON.** ¿Mas si Rosa en su capricho
Se encastilla, y se resiste
A ceder, y temeraria
En esa pasión persiste?
- DOCTOR.** Entonces vivirá triste
Y morirá solitaria.
- BARON.** Pero ¿y si en su amor mi hijo
Vuelve mas que nunca fuerte?
- DOCTOR.** Entonces tened por fijo
Que entre su amor y la muerte
Es la muerte lo que elijo.
- BARON.** ¡Le matarais!
- DOCTOR.** Parecer
Tomaré; mas de razones
Basta: si él se obstina en ser
Marido de tal mujer,
La muerte va á sus talones.
- BARON.** ¿Tanto le odiais?
- DOCTOR.** ¡Pesiamí!
¿Queréis que os declare aquí
Porqué á vuestro hijo nuestro
Tanta repugnancia?
- BARON.** Sí.
- DOCTOR.** Pues bien; por ser hijo vuestro.
Dijo el doctor, y la mano
Teniendo en la aldaba puesta
Cerró la puerta de plano
Sobre el viejo castellano,
Y empezó á bajar la cuesta.

III.

En tanto que de la torre
Bajar al doctor dejamos
A Rosa y á Inés oigamos;
Mas por qué el lector se ahorre

El sonsonete prolijo
 Y tenaz repeticion
 De "dijo esta", "aquella dijo,"
 En esta conversacion

El método seguiremos
 De nuestras dos anteriores,
 Y á sus interlocutores
 A la márgen nombraremos.

El método no es, á fé,
 Ni nuevo ni original;
 Mas para método tal
 Tenemos nuestro porqué.

Rosa sobre un almohadon,
 Levantada la arabesca
 Celosía, el aura fresca
 Coza sentada al balcon.

Inés, á su lado puesta,
 Sigue una plática viva
 Con Rosa, la cual la esquivaba
 Por inútil ó molesta;

Y segun insiste Inés,
 Y segun resiste Rosa,
 La cuestion es sobre cosa
 De muchísimo interés.

Grave Inés, casi severa,
 Rosa altiva, casi airada,
 En la plática trabada
 Decian de esta manera:

ROSA. No vayas, por Dios, Inés,
 Con tal discurso mas léjos:
 Contra el amor no hay consejos.
 Yo amo: déjame pues.

INES. Pues ya que tu obstinacion
 No haya consejo que venza,
 Al menos que te convenza
 El poder de la razon.

Dos años ha que no escribe:
 Conque ó es muerto, ó te olvida.

ROSA. Miéntras dura en mí la vida,
 El me ama y en mí vive.

INES. Mira, pues,, cómo me esplicas
 El silencio en que se encierra:
 Vivo, desde cualquier tierra
 Supieras de él.

ROSA. Mortificas

Tu ingenio en vano, y tus pruebas
 No prueban nada; sé yo
 Que el doctor las recibió,
 Aunque de él no me dais nuevas.

INES. Mas contra el mismo doctor
 ¿Porqué tan tenaz porfias?

ROSA. Esas son razones mias.

INES. Son escesos de tu amor,

ROSA. Que acabarán por vencer.

INES. Que no tienen fundamento.

ROSA. El amor.....

INES. Es como el viento.

ROSA. Tiene el viento gran poder.

INES. ¡Y en el viento, Rosa mía,
Vas á fundar tu esperanza?

ROSA. Son razones que no alcanza
Tu razon austera y fria.

INES. No las hay con que me arguyas:
Son delirios de tu amor:
Si las tuviera el doctor
¡No me diera nuevas tuyas?

Cuatro años ha que partió
Y escribió solo el primero.
¿Sabes, Rosa, lo que infiero
De los cabos que ato yo?

Su padre le envió á la guerra
De Italia porque sabia
Lo que contra amor podía
El tiempo en aquella tierra.

Tú figurarte no puedes
Aquel cielo azul, sereno,
Que cobija un suelo lleno,
Para las almas, de redes.

Rosa, no enemigos quiso
Su padre enviarle á matar,
Sino su amor á dejar
Muerto en aquel paraíso.

Su padre, de connivencia
Con el doctor, le envió allí
A que te olvidara á tí;
Porque tienen la esperiencia

Que dan los años, y saben
 Que no ecsiste en este mundo
 Amor tan fiel y profundo
 Que ausencia y tiempo no acaben.

Y la consecuencia ves:
 El primer año guardó
 Puro tu amor, y escribió:
 Entibiósele despues:

O pudo tal vez morir
 De la guerra en un azar
 Cuando no volvió á escribir.
ROSA. No te tienes que cansar,

Contra mi fé no hay razon;
 Contra mi amor no hay poder:
 Es la esencia de mi ser
 La fé de mi corazon.

El juró que volvería
 Al salir de su tutela.
INES. Hoy sale, y el dia vuela.
ROSA. Aun no ha concluido el dia.

INES. Ya anochece.
ROSA. No en mi alma
 Dó mi amor arde constante;
 Y cuya antorcha brillante
 Su centro ilumina en calma.

Cáelos vive, pues yo vivo;
 Volverá, pues yo lo espero,
INES. ¡Tú amor, Rosa, es tan entero?
ROSA. Unico, eterno, esclusivo.

El fuego de esta pasión
 La torpeza no oscurece:
 Inés, mi amor esclarece
 Celestial intuición.

Para juzgar ni creer
 No ha menester los sentidos:
 Sin ojos y sin oídos
 Sabe oír, y sabe ver.

No ha menester fundamento
 Buscar en causa ó razón,
 Que la fé del corazón
 Le da perenne alimento.

Mi amor es la llama pura
 Que el Criador hizo arder
 En el hombre y la mujer
 Al formar la criatura.

No es esa torpe pasión
 Que *amor* la sociedad llama,
 Y cuyo fuego no inflama
 La esencia del corazón:

No es esa pasión mortal
 Que se estingue y satisface,
 Sinó es otro amor que nace
 Sin apetito carnal.

Es ese otro amor divino
 Que dá á algunos seres Dios,
 Identificando á dos
 Con solo un sér y un destino.

Estos dos seres se encuentran
Sin buscarse: se adivinan;
Uno de otro se avecinan,
Y uno en otro se concentran.

Ni el tiempo ni la distancia
A estos dos seres desune,
Que do quiera los reúne
En solo un sér su constancia.

Y aunque vivan divididos
Desde la cuña á la huesa
Van de allí con su fé ilesa
A la eternidad unidos.

Este es amor verdadero;
Este el que mi alma atesora;
No me preguntes ahora
En qué fio, ni en qué espero.

Cárlos y yo con tal fé
Nos amamos, y este lazo
No le rompe ningun plazo:
Venga, ó no, le esperaré.

Calló Rosa, y calló Inés,
Sabiendo que no hay razon
Que convenza á una pasion:
Y la de Rosa lo es.

Y como para ayudar
A la pasion contra el juicio,
Y no dejarle resquicio
Por dó al alma penetrar,

Por el estrecho sendero
 Que fuera del valle guía
 Vieron que aprisa venía,
 Y á caballo, un forastero.

La luna que ya platéa,
 El azul del horizonte,
 Y la brisa que del monte
 Baja errante y juguetea,

Las hicieron á la par
 Ver de léjos su figura,
 Y sentir de su montura
 El sonoro galopar.

Asaltó el alma de Rosa
 Un leal presentimiento,
 Y alzóse Inés de su asiento
 Del que llega recelosa.

“Quitémonos del balcón,”
 Dijo Inés: mas como quieta
 Continuó Rosa, sujeta
 Al poder de su atención,

Una absorta y otra incierta
 De lo que hacer convendría,
 Dejaron al que venía
 Llegar á la misma puerta.

Y un poco bajo el balcon,
 Y el corcel de mucha alzada,
 No era ya la retirada
 De fácil ejecución;

Puesto que él, que las ha visto,
 En los estribos alzado
 Las ha un paquete arrojado,
 Caso de ambas imprevisto.

Cierto él de que recibió
 Rosa en la falda su ofrenda
 Volvió al caballo la rienda,
 Y á galope se alejó.

ROSA. —Enciende una luz, Inés,

INES. —Entregar fuera mejor
 Ese paquete al doctor.

ROSA. Cuando vea yo lo que es.

INES. Mira, Rosa.....

ROSA. —Basta ya:

Pues á mí se dirigió
 Es para mí: antes que yo
 Ningun otro lo verá.

Fuése por la altanería
 De su tono avasallada,
 O á obedecer obligada,
 Encendió Inés la bujía;

Y abriendo Rosa el paquete
 Halló en él una preciosa
 Cajita de palo rosa
 Y un perfumado billete.

Roja y trémula de amor,
 Llegándose á la bujía,
 Leyó el papel, que venía
 Escrito en este tenor:

“Un amor y una palabra
 No mas, Rosa mía, tengo:
 Hoy ésta á cumplirte vengo,
 Y á ratificarte aquel.
 Yo soy uno de esos seres
 Que solo un amor conciben:
 Con él nacen, con él viven,
 Y se sepultan con él.

“Por tí mi padre se opone,
 Por tí yo pierdo mi herencia,
 Por que un día la indigencia
 No se asiente á nuestro hogar
 A la par de un gran maestro
 Aprendí y profeso un arte
 Que nos pueda en cualquier parte
 Pan é independencia dar.

“Adjunta va en esa caja
 De mi saber una muestra:
 Pasó por obra maestra
 Do quiera que la mostré:
 Por obra la dan del genio,
 Y del arte por hechizo:
 Mas ¡oh Rosa! quien la hizo
 No fué el genio: el amor fué.

“Hombre de arte, ó caballero,
 Seré siempre esclavo tuyo:
 Yo mi dueño te instituyo:
 Tus mandatos cumpliré.
 Esta noche, como hace años,
 Me dirás por la ventana
 Si aun me amas, y mañana
 Al doctor te pediré.

"Trás de mí en Italia y Francia
 Dejo un nombre ya famoso:
 Mas si juzgas mas honroso
 El servicio de algun rey
 En dos cortes á altos cargos
 Puedo optar; ve lo que eliges:
 Tú gobiernas, tú diriges:
 Tus caprichos son mi ley.

"Nuestros padres de consuno
 Llevan mal el amor nuestro;
 El doctor, mas que yo diestro,
 Se ha interpuesto entre los dos,
 Y sin cartas uno de otro
 Por cuatro años estuvimos;
 Mas si me amas, pues vivimos,
 Fia en mí, que fio en Dios."

Leyó Rosa, y el billete
 Dejando sobre la mesa
 Curiosa á abrir se dió priesa
 La cajita del paquete.

Entre felpa acomodada,
 De labor maravillosa,
 Halló de plata una rosa
 En su capullo cerrada.

Por el tallo la tomó
 Para bien examinarla,
 Y de la caja al sacarla
 Todas sus hojas abrió:

Y en su centro colocada
 Apareció una figura,
 Microscópica escultura
 Con gran primor cincelada.

De sorpresa exhaló un grito
Rosa, y alzando en su diestra
Aquella prueba maestra
De arte y trabajo infinito

Púsola de la luz junto,
Y al mirarla con cuidado
En el metal cincelado
Reconoció su trasunto.

Era otra Rosa, otra ella:
Una estatueta preciosa
De labor tan primorosa,
Tan diminuta y tan bella,

Que el caprichoso juguete
Hiciera honor á la mano
De Arfe y de Alonso Cano,
De Cellini y Berruguete.

Ante maravilla tal
Absortas por la atencion,
Con igual admiracion,
Y con complacencia igual,

Rosa é Inés larga pieza
Estuvieron contemplando,
Y estasiadas admirando
Obra de tanta belleza:

Y aun la ecsaminaban mudas
Con sorpresa y con amor
Cuando á la puerta el doctor
Dió dos aldabadas rudas.

“¡El doctor!” exclamó Inés
Aterrada: “¿Y qué?” serena.
Dijo Rosa.—“¿A casa agena
Viene acaso? Abrele pues.”

Fué Inés á abrir al doctor,
Y Rosa ante la bujía
Siguió absorta todavía
Ante su carta y su flor.

Un cuarto de hora despues
Frente á frente en su sillón
Cada cual, y del salón
Mandada salir Inés,

Rosa y el doctor á solas
La escultura contemplaban,
Y de su emocion saltaban
Hasta su rostro las olas.

Mal asentado el doctor
En su poltrona de cuero,
Su ser absorbía entero
El ecsámen de la flor.

Mirábala con un lente
De grande fuerza y aumento,
Y en cada nuevo accidente
Digno de encarecimiento

Que en su trabajo encontraba
Su labio se contraía,
Su entrecejo se fruncía,
Su pupila centelleaba.

Pálida de incertidumbre
Miraba Rosa su faz,
De penetrar incapaz
Su gozo ó su pesadumbre;

Pues aunque el doctor semeja.
Ceder á ingrata emocion,
No es la primera ocasion
En que el arco de su ceja.

Con las nubes de su ceño
Su mirada al entoldar,
Le sirvió para ocultar
Un pensamiento halagüeño.

Los suyos Rosa á esconder
Menos que el viejo avezada,
Muestra en sus ojos tomada
Su resolucion tener:

Y aunque callada y modesta
Aguarda que hable el doctor,
Libre aguarda de temor
Y á dar su opinion dispuesta.

Pálida, pero tranquila,
Está al doctor contemplando,
Sus facciones devorando
Con avarienta pupila.

La flor al fin con gran tiento,
Como hombre que su valor
Conoce, puso el doctor
En la mesa; y un momento

Fijando en su compañera
 Su mirada luminosa,
 La conversacion con Rosa
 Entabló de esta manera:

DOCTOR. Don Cárlos dice en su carta
 Que esta flor es obra suya.

ROSA. Y yo confío en que arguya.
 En su favor.

DOCTOR. Prueba es harta

Para abrir á quien la hizo

El alcázar del favor:

Quien la niegue un gran valor

Será descontentadizo.

ROSA. Pues ya veis que es una ofrenda
 Que me hace.

DOCTOR. Antes que la admitas,
 Reflexionar necesitas
 Si es admisible tal prenda.

ROSA. ¿Por qué?

DOCTOR. Porque puede hacer
 Inmortal al escultor,
 Y no debe sin su amor
 Aceptarla una mujer.

ROSA. No fuera ni generoso,
 Ni amante si diera menos.

DOCTOR. Sus procederes son buenos:
 Mas puede ser mentiroso.

- ROSA. Es muy noble para eso.
 DOCTOR. ¿Quién de apariencias se fia?
 ROSA. Fíad vos en la fé mia.
 DOCTOR. ¿Con que le amas?
 ROSA. Con esceso;

Y os lo debo de advertir,
 Doctor; está mi pasión
 Tan honda en mi corazón
 Que con ella he de morir.

- DOCTOR. Y que mueras valdrá mas
 Que no que yo te envilezca,
 Dando á quien no te merezca
 Tu noble mano jamás.

- ROSA. Inquirirlo os toca á vos:
 Yo, si le encontráis indigno,
 A ser muerta me resigno;
 O esposa suya, ó de Dios.

- DOCTOR. Pues fia en mí.
 ROSA. Y en él fio
 Que nunca mi corazón
 Dará en vil inclinación.
 DOCTOR. No, mientras que lata el mio.

Flor que la escarcha no arruga
 Y abril de miel llena deja,
 Su cáliz abre á la abeja;
 Mas se le niega á la oruga;

Rosa, yo te cultivé,
Y escucha bien mis palabras:
Antes que á la oruga te abras,
Del tallo te cortaré.

ROSA. Vuestra soy.

DOCTOR. Basta: á otra cosa
Y que se cumplan dejemos
De Dios los juicios supremos.
Guarda esa escultura, Rosa,

Y que nos sirvan la cena.

ROSA. ¿Puedo ya tener por mia
Esta flor?

DOCTOR. No, todavía:
Mas tenla por prenda buena.

IV.

Con el son de las auras rumorosa,
Con el oréo de su aliento fresca,
Con la luna en su lleno iluminada,
Con el primer olor de las violetas
Tempranas perfumada, majestuosa
Con la sublimidad que da á las selvas
El solemne silencio que produce
Del hombre inquieto y de su voz la ausencia,
Límpida, nacarada, trasparente,
Era una noche azul de primavera
De esas que rivalizan con el día;
Ménos fúlgidas que él, pero mas bellas.
Era una de esas noches deliciosas,
De paz, de amor y de misterio llenas,

Que echan sobre la hermosa Andalucía,
No el lóbrego capuz de las tinieblas,
Sino la gasa azul del aire diáfano
Que sobre sus provincias se despliega,
Cual sobre su dormida favorita
Del Berberisco Amir la blanca tienda.
De la nocturna calma bajo el peso,
Y á la templada claridad serena
Que el estrellado firmamento radia,
Muda reposa la dormida tierra.
El húmedo rocío, que en los árboles,
Las flores y los céspedes comienza
A congelar sus gotas cristalinas,
Que caprichoso de las hojas cuelga,
Se complace en tocar del bosque espeso
La verde y enramada cabellera
Como la de una Etíope sultana
Con hilos mil de luminosas perlas.
¡Cuán solemne la calma de la noche
Es en la soledad de la floresta!
¡Cuan gratos los rumores y las sombras
Que sus espacios silenciosos pueblan!
Los bosques son los templos en que culto
Da á su Hacedor la gran Naturaleza:
Y entre los mil pilares de sus troncos,
Bajo su verde bóveda, que ondea,
A la serena luz que el rico velo
De su hojarasca rumorosa templa,
Brotan los piadosos pensamientos,
Y los recuerdos mil de la creencia.
¡Cuán graciosas del diáfano vacío
Parecen á nuestra alma las quimeras,
Y con cuánto placer en la memoria
Nuestra imaginacion las aposenta!
¡Cuán agradables son las sensaciones

Del viajero que cruza la arboleda
Del fresco valle que al lugar conduce
Donde un día pasó de su existencia,
Donde dejó escondido algún recuerdo,
Tesoro que con gusto á hallar volviera,
Rastro del paso de su ser..... porque algo
Del hombre siempre por do pasa queda.
Algo que hallar ansía cuando vuelve,
Algo que siempre que lo busca encuentra
Con amargura..... ¡flores de la vida
Que brotan con un sol, y otro las seca!
Tal es empero el hombre: siempre aguarda
Flores hallar en donde espinas siembra:
Siempre va tras la dicha, y atrás siempre
Mira, creyendo que tras sí la deja.
Por eso los recuerdos de su alma,
Amargos ó sabrosos, le atormentan
Siempre; y su corazón presentimientos
Lúgubres ó siniestros alimenta.
En la silvestre soledad por eso
Nos asaltan el alma las quiméricas
Imágenes del miedo, aunque valiente
Nuestra razón las atropelle y venza.
Los seres mil fantásticos que bullen
En sus vacíos ámbitos impregnan
De miedos vagos su región, hiriendo
Nuestra imaginación, la cual les presta
Forma distinta y diferente causa
De las que les revisten y les crean,
Hasta tornar en monstruos colosales
Del campesino polvo las moléculas.
Los ruidos mil que forman el silencio,
Que no interrumpen su quietud, ni alteran
Su soledad, mas que el vacío mudo
De su quietud y su silencio llenan,

Se vienen á estrellar en los oídos
Del que, solo, los bosques atraviesa,
Y el son imperceptible de sus átomos
Estruendoso en su tímpano resuena.
¡Cuán naturales causas sin embargo
Producen estas locas apariencias,
Y con cuánto placer las descubrimos
Después de haber tenido pavor de ellas!
Allí susurra la ondulante rama
Do columpia su nido la oropéndola,
Y su movible sombra nos parece
De un espectro fugaz el ala negra.
Allá una triste tórtola suspira
A quien una hoja que se cae despierta,
Y su perdido arrullo nos parece
De un alma errante la angustiada queja.
Allá, al murmullo de escondido arroyo
Que su cristal en las raíces quiebra,
El paso de los gnomos desvelados
Nos parece sentir bajo la tierra:
Allá el sordo y monótono ruido
De un gusano, que roe la corteza
De un caduco abedul, creer nos hace
Que algún gigante los peñascos sierra.
Allí el ahogado y postrimer chirrido
De un topo á quien sofoca una culebra
El silbido de alarma nos parece
De oculto salteador que nos acecha.
Allá, en el son de la continúa lágrima
Con que el oculto manantial gotea,
De la invisible máquina del mundo
Sentir creemos trabajar las ruedas.
Sueños, delirios, aprehensiones hijas
De la imaginación y la conciencia,
Cuyas causas, que ocultas nos espantan,

Despues de comprendidas nos deleitan.
Atravesad un bosque por la noche,
Y en la enramada soledad desierta
Saboreareis la dulce poesia
De que colmó el Señor las arboledas.
Mas ay! vienen momentos en que el hombre
De su placer ó de su angustia presa,
Cruza la augusta soledad del bosque
Su soledad sin percibir siquiera.
Así á través del valle innominado
Donde pasa la accion de esta leyenda
Un embozado cabizbajo sigue
De la mansion de Rosa la vereda.
Sobre él susurran las movibles hojas,
Bajo sus piés el manantial gotea,
Silba en su torno el pájaro, el gusano
Roe el almés, se arrastra la culebra,
Suenan en fin y vagan los rumores
Y sombras de los bosques sin que puedan
Despertar su atencion, que adormecida
En su abstraído pensamiento lleva.
Sus ojos no se apartan de un objeto,
Sus piés no se desvían de su senda:
Rápido y recto va..... sobre su línea
La aislada casa del doctor blanquea.
Brilla una luz en el balcon de Rosa,
E, irresistible iman, su llama trémula
Al embozado al parecer atrae,
Pues sus ojos tenaz no quita de ella.
Por el fulgor de su fanal guiado
A la casita sin dudar se acerca:
Abandona la sombra de los olmos
Y en el cercado de sus tápías entra.
Llega al pié del balcon iluminado;
Escucha, aguarda..... nadie; hace una seña.

Convenida tal vez, y permaneco
 Inmóvil largo tiempo, la presencia
 De alguno de la suya prevenido
 Acechando; mas..... nadie. ¡No le esperan?
 ¡Habrá rendido el sueño á quien debia
 Estar atento á su señal?—A hacerla
 Vuelve..... El mismo silencio: la luz arde
 Detrás de las cortinas; pero reinan
 Dentro del aposento que ilumina
 Hondo silencio, soledad completa.
 Da un paso mashácia el balcon; escucha.....
 ¡Nada! Silencio y soledad: reitera
 Osado la señal..... inútilmente:
 Aguarda, escucha..... nadie; se impacienta.
 Vuelve á apartarse y á mirar: devora
 Con sus miradas lo que ver le deja
 El abierto balcon..... Brillando sigue
 En el cuarto la luz, mas cual si fuera
 Lámpara de un panteon que de la vida
 Sirve no mas para mostrar la ausencia.
 Espera aun unos momentos..... ¡Nadie!
 El gusano voraz de la sospecha
 Roe su corazon: á su cerebro
 Se agolpan mil imágenes siniestras;
 Torna á mirar, torna á escuchar; mas siempre
 En vano..... ¡Aquella luz le desespera!
 ¡Qué es lo que alumbra aquella luz? ¡Qué aguarda
 De aquel balcon la cavidad abierta?
 Aquella soledad, aquel silencio,
 Que oponen á su afan una barrera
 De misterio, que atajan, que aniquilan
 Sus planes y esperanzas, que envenenan
 Su corazon con el vapor mortífero
 De la afanosa incertidumbre, es fuerza
 Profundizar al fin: él necesita

Saber al menos de quién busca nuevas,
 Al menos ver lo que la luz alumbra,
 Lo que se opone á lo que hallar desea.

El balcon está bajo: entre él y el suelo
Hay un respiradero cuya reja
 Puede dar á supié seguro apoyo;
 Calcula las distancias: casi llega
 Con la mano al balcon: duda: es indigna
 Intencion de un hidalgo: la desecha.
¡Asaltar una casa! Ir los secretos
A violar de la mansion agena!
¡Profanar el retiro de una dama!
¡Ofender el pudor de una doncella!
 Imposible! Es audacia de villanos:
 Es accion que repugna á la nobleza
 De su alma. **¡Mas volverse? No es posible:**
 En aquel aposento manifiesta
 De todo está la explicacion acaso;
 Duda..... mas es forzoso: lo que arriesga
 Sabe; pero decídese: resuelto
 La capa tira, y por la vez primera
A la luz de la luna sus facciones
 Y lo gentil de su persona muestra.
Es un mancebo vigoroso y ágil,
 Cuyas formas, robustas cuanto esbeltas,
 Cuya soltura y traje cortesano
 Nobleza acusan, y valor revelan.
Afirmó el pié derecho sobre el hierro
De la saliente cruz de la lucerna:
Elevóse: cogió con ambas manos
 Dos barras del balcon, y en sus muñecas
Poderosas fiando suspendido
 Dejó su cuerpo sin temor en ellas.
Mas conócelas bien: en dos brazadas
 De la alta barandilla se apodera,

En el macizo rodapié se afirma,
 Aparta el cortinaje con la diestra,
 E, introduciendo el busto, por el cuarto
 Sus miradas atónitas pasea.

Es un cuadrado camarín: los muebles
 De su interior le acusan por vivienda
 De una mujer: mas lo que al mozo asombra
 No es que de una mujer morada sea
 (Lo que si aun ignoraba presumia
 Ya), sinó la sultánica opulencia,
 La riqueza oriental de aquella cámara,
 Que él esperaba hallar simple y modesta,
 Y que mas que de estancia campesina
 De kiosko de Estambul tiene apariencia.
 Lo es en verdad: su ambiente está aromado
 Con esencia de rosa: una arabesca
 Alfombra azul de rosas salpicada
 Cubre el suelo; cojines que cairelan
 Flecos de Fez la orlan: las paredes
 Están forradas de damasco persa
 Salpicado de rosas: las cortinas
 Que adornan los balcones y las puertas
 Son chales de la India recogidos
 Con guirnaldas de rosas, y las grecas
 Que dividen los frisos de los paños
 Figuran zarzas de rosal en trenzas.
 El techo forma pabellon: su céntró,
 Desde el cual los mil pliegues de la tela
 Parten alrededor, es una rosa
 De Alejandría, misterioso emblema
 Que se vé por dó quier reproducido,
 Como divisa del blason ó empresa
 Heráldica del dueño á quien sin dñda
 La prodigada rosa representa;
 Sobre todo lo cual su luz derrama

El globo de una lámpara chinesca
Que una cigüeña de marfil calado
Tiene en su pico de coral suspensa.
Esta oriental estancia, que el mancebo
Desde el balcon estático contempla,
Tiene una alcoba que en su fondo se abre,
Cuyo opaco interior defiende apénas
El encaje sutil de una cortina
Que la brisa tal vez descorrió á medias.
En el giron de luz que desgarrado
Por la cortina en su interior penetra,
Se ven los piés de un lecho, cuyas ropas
Sobre el tapiz que le circunda cuelgan:
Y en él, mal apareadas y vacías,
Yacen abandonadas dos chinelas
De raso azul forradas en armiño,
Y abotonadas con menudas perlas.
La sultana invisible á cuyos régios
Piés pertenecen ¿duerme tras aquella
Cortina, ó preparada para el sueño
La solitaria cámara la espera?
Las chinelas vacías atestiguan
Que ya reposa en su interior su dueña,
Mas el hondo silencio de la estancia
Que está vacía de vivientes prueba.
Ya ha diez minutos que el mancebo escucha
Con profunda atencion; pero concentra
Todo su sér en vano en sus oidos.
Percibe solo en su atencion intensa
El látido violento y desquiciado
Con que su pecho el corazon golpea,
Enviando el flujo de su sangre en olas
De su sien y su pulso á las arterias.
No pudo mas el angustiado mozo:
Saltó de la baranda la barrera,

Avanzó hasta la alcoba, á la cortina
Su mano adelantó, y al descorrerla
Con el Doctor hallóse cara á cara,
Quien alzando el capuz á una linterna
Hízole ver á Rosa sobre el lecho,
Cual arrancada flor sobre la yerba,
Inmóvil cual inánime escultura,
Pálida mate cual de mármol hecha,
Materia inerte, polvo cuyos átomos
Pide acaso voraz la madre tierra.
Una vez y otra vez pasó los ojos,
Con la verdad el mozo andando á tientas,
Desde Rosa al Doctor, desde este á Rosa,
El mudo y torvo, inanimada ella:
Hasta que al fin el viejo, de hito en hito
Mirándole tenaz, la mano seca
Estendiendo hácia él, y con voz sorda,
Y de infleesion acentuada y lenta,
Le dijo estas palabras:—"Llegais tarde:
"Cuando he cerrado á vuestro amor la puerta
"Trás del balcón á la deshonra abierto,
"A la muerte aposté de centinela."

Tal el mozo al oír tendió las manos
Al cuerpo virginal de la doncella,
Y por primera vez en él posándolas
Hallóla fria y concibióla muerta.
Al contacto glacial del cuerpo exánime,
Y al comprender la realidad funesta,
Cual de sulfúrea exhalacion tocado
Por el fulgor y conmocion eléctrica,
Se trastornó su sér: desparramáronse
Por su cerebro herido sus ideas:
Crispáronse sus nervios: estraviadas
Reverberaron sus pupilas negras:
Convulsiva tension desencajóle

La descompuesta faz, y de la hueca
Cavidad de su pecho desprendióse
Ronco estertor de carcajada histérica.
Contemplóle el Doctor, cambiando al punto
De su semblante la espresion severa,
En curiosa primero, en asombrada
Despues, y al fin en compasiva y tierna:
Y dió un paso hácia él; mas esquivándole
Como quien cree pisar una culebra,
Dando el mancebo un salto, y la baranda
Asiendo del balcon, lanzóse fuera.
Corrió el viejo á tenerle; mas ya el mozo
Cuando él llegó al balcon tocaba en tierra,
Y solo pudo contemplarle atónito
Desatinado huir por la pradera.

CAPITULO III.

I.

Tres meses han trascurrido:

La casita del Doctor,
Tan alegre ántes, tan llena
De flores, de luz y son,
Está respirando duelo.
Habitan en su interior
La soledad y el silencio:
No hallan el aire ni el sol
Por sus cerrados balcones
Paso: no queda una flor
En las incultas macetas
Que retirar se olvidó
De ellos: trabajan su tela
En el ángulo exterior
De sus mareas las arañas:
Exhala en fin la mansion
Del Doctor no sé qué ambiente
De tristeza, qué vapor
De misterio, que comienza
De su triste habitacion
A hacer para la comarca
Un objeto de pavor.
Ante esta falta absoluta
De movimiento y de voz,

De aquella casa dijeron
Que la vida se ausentó.
Y como solo de noche
Y en los cuartos que el doctor
Habita en el piso bajo,
Se ve luz hasta que Dios
Ahoga su fulgor mezquino
De su faz con el fulgor,
Parece que aquella casa
Se ha convertido en panteon
Do un melancólico genio
Llora un oculto dolor,
En vez del genio benéfico
Que otro tiempo la habitó.
Ya no encuentra el campesino,
Al volverse á la oracion
A sus hogares, á Rosa
Sentada en el mirador,
Cuya sonrisa pagaba
Su tosca salutacion;
Ni el mendigo vagabundo,
Ni el ciego errante cantor
De romances, ni el santero
Postulante á su balcon
Se paran á bendecir
El rostro consolador
De aquel ángel generoso,
Que cual blanca aparicion
Salia el paso á atajarles
Con su sonrisa de amor,
Sus palabras de consuelo
Y su generoso don.
Ya no tiene aquella casa
Aquel risueño exterior
De las casas en que moran,

Cual flores en un jarron,
La juventud, la belleza,
La alegría y el amor,
Cuatro esencias que no pueden
Sugetarse á tal presion
Que de sí no desparramen
Su perfume en derredor.
La Rosa que vegetaba
Como en chinesco tazon
En esta blanca casita
Sus hojas no abre ya al sol;
Y el vaso vacío de ella
Todo su encanto perdió.
Ahora se ve solamente
Al anciano servidor
Del médico á los que vienen
Introducir al salon
Del piso bajo, en que sigue
Caritativo el Doctor
Dando al dolor medicinas,
Y consuelo á la aficcion.
Mas ya no sale de casa:
Y aunque hace él correr la voz
De que allí preso le tiene
Una morbosa afeccion
Se vé en su torvo semblante
Y en su atrabiliario humor
Que el mal de que está atacado
Reside en su corazon.
Hondo pesar se le roe
Y continuo torcedor
Se le atormenta. ¡Quién sabe
Lo que sus tormentos son?
Estraña inquietud le agita.
¿Espera ó teme? El rumor

Del misterio que hay de Rosa
En la desaparicion
Cunde, y ya habla mucho de ella
El vulgo murmurador.
¿Y quién no lleva curiosos
Si no enemigos en pós?
¿Y quién sabe lo que minan
Del hombre sábio el honor
La curiosidad ociosa,
La envidia y la emulacion?
Alguno que vió á D. Carlos
Tal vez su vuelta observó,
Que coincide de Rosa
Con la desaparicion;
Que reina al par desde entonces
Un misterio acusador
En la casita del médico
Y en la torre del Baron:
Que el mozo está enamorado,
Goza en la corte favor,
Y es tan audaz como Rosa
Es constante en su passion:
Y que atropelló, pues todo
Lo atropella un grande amor,
La voluntad de sus padres
La voluntad de los dos.
Otros suponen al médico
De un carácter tan feroz,
Tan celoso de su Rosa,
Y de tal resolucion,
Que si él los ha sorprendido
Habrá sido en su furor
Capaz de matarlos á ambos:
Y se afirma esta opinion
Tanto mas, quanto que dicen

Los médicos que el Doctor
De los mas fuertes venenos
Posee una gran coleccion,
Y que como allá entre idólatras
La medicina aprendió
Sus drogas solo son filtros
En cuya composicion,
Además de las sustancias
Ponzoñosas que él le dió
A conocer, entra el diablo,
De sus drogas inventor.
Y así en tres meses el viento
Vil de la murmuracion
El polvo de la calumnia
De tal modo levantó
Que anduyieron los anónimos
Revoloteando en monton,
Comenzó el vulgo á estraviarse,
Y en enquina comenzó
A tornarse contra el médico
Lo que antes fué estimacion
Y gratitud á su ciencia,
Con cuyas drogas sanó
El ingrato que ahora juzga
Que es un envenenador,
Empírico y charlatan
Quien se las administró.
Y esta opinion, amparada
Por la ruin supersticion,
Fué tomando tanto vuelo
Que hubo al fin quien estimó
Necesario dar con ella
En la Santa Inquisicion.
¡Así siempre la ignorancia
Juzga al hombre superior!

Y así pasaron tres meses,
Durante los cuales no
Se dieron por entendidos
Castellano ni Doctor
De las fábulas que inventa
La vulgar suposicion,
Ni de los viles anónimos
Que al aire la envidia ochó,
Ni del polvo que levanta
El viento calumniador,
Y el acecho en que contra ambos
Está ya la Inquisicion.
Si oyen, si ven y si saben
Lo que pasa en su redor
Lo disimulan; y el uno
Como pájaro sin voz
Escaramado en su torre,
Y el otro como un tejon
Enterrado en su casita,
Siguen, sin dar exterior
Señal de cambio en costumbres,
El médico y el baron.

II.

Y una mañana en que el médico
Con el sol que se elevaba
La campiña contemplaba
De su vidriera á través,
Vió al baron que por su senda
Se adelantaba renqueando,
Con un baston ayudando
Sus entorpecidos piés.

Frunció el Doctor un instante
Al percibirle las cejas,
Pues pesadumbres añejas
Renueva en su corazón
Su presencia; mas resuelto
Con decoro á recibirle
Fué él mismo la puerta á abrirle
Cuando asió de su aldabon.

Llamado por él un dia
Pudo en su propio castillo
Del baron la altanería
Afrontar con altivez:
Mas hoy que él viene á su casa
A pesar de lo pasado
Se la va á abrir de buen grado,
Olvidándolo á su vez.

Apénas tocó el anciano
En el umbral de su puerta
Por el Doctor la vió abierta
Ante sí de par en par:
Quedóse el baron suspenso
En el umbral un instante,
Como quien aun adelante
Duda si debe pasar.

El Doctor con el aplomo
De un hombre al mundo avezado,
Ni halagüeño ni estirado,
Tono en que hablar esperó:
Y el baron, que ve y comprende
Que el Doctor no abre su boca
Porque á él comenzar le toca,
Así el diálogo entabló:

BARON. Al fin tengo yo el primero
Que ser: mas veis que en reparos
No ando, y yo mismo á buscaros
Vengo: conque ¡cómo va,
Doctor!

DOCTOR. No tambien como ántes,
Señor baron, pues se pasa
Mala vida en una casa
Donde no hay mugeres ya.

BARON. ¡Cómo, doctor! ¡Vuestra hija....

DOCTOR. Partió el dia que D. Cárlos
Vino; fuerza separarlos
Era: ¡no tuve razon?

BARON. ¡Ay de mí! Doctor, sin miedo
Podeis ya tenerla en casa.
¡Pobre Cárlos!

DOCTOR. ¡Qué le pasa
Que así os affige, baron?

BARON. Pues ¡no sabeis.....

DOCTOR. Nada; pero
Entremos, baron, si os place
A mi aposento, que hace
Aquí mal aire.

BARON. Es verdad:
Mas tengo ida la cabeza
Y hasta olvidé donde estaba.

DOCTOR. Pasad pues: yo voy la aldaba
A correr.

BARON. Id.

DOCTOR. Dispensad.

Metióse el baron renqueando
Del Doctor al aposento,

Y en un sillón tomó asiento
 Mientras cerraba el Doctor.
 Este á muy poco siguiéndole
 En otro sillón sentóse
 Y entre los dos anudóse
 La plática en tal tenor.

DOCTOR. Hablad, barón: ¿qué tenemos?
 Porque, sin temor de errar,
 Jurara que algún pesar
 Hay que os pone á los extremos.

BARÓN. Uno muy grande, Doctor;
 Y aunque con rubor lo diga
 A acudir á vos me obliga
 Para pedir os favor.

DOCTOR. Barón, otro en mi lugar
 Viera este punto propicio,
 Grande valor al servicio
 Que me pedís para dar;
 Mas no importa qué razón
 Os obligue á mí acudir:
 Si en algo os puedo servir,
 Contad conmigo, barón.

BARÓN. A decir os la verdad,
 Doctor, tras de lo pasado,
 Conmigo os creí enojado;
 Mas la generosidad
 Conque os brindáis á servirme....

DOCTOR. Lo que pasó ya se fué:
 Tengo mal genio, y á fú
 Que quisiera corregirme.
 Vos no le teneis tampoco

Mucho mejor; mas ¡por Dios
 Que si lo olvidásteis vos
 Lo pasado importa poco!
 Y pues hoy á mí acudís,
 Baron, no volvamos mas
 Nuestros ojos hácia atrás,
 Y decidme á qué venís.

BARON. De vosme vengo á amparar,
 Fiado en que en un mal sério
 Faver vuestro ministerio
 Nunca me ha de rehusar.
 Doctor, mi última esperanza
 Sois vos, pues no os negaré
 Que el último á quien llegué
 Sois.

DOCTOR. Pues bien; mas confianza
 Para daros, en conciencia
 Y ántes que os oiga, os haré
 La esposicion de mi fé,
 De mi conducta y mi ciencia;
 Pues quiero que penetreis
 Las opiniones que abrigo,
 Para que nunca ignoreis
 A qué ateneros conmigo.
 Baron, yo he estudiado el mundo,
 Y aunque poco en su virtud
 Creo, y en su gratitud
 Nada, obro con profundo
 Convencimiento, y el bien
 Hago con fé y por bondad,
 Con cristiana caridad,
 Y no por lo que me den.
 Por eso jamás me pico
 Por obtener preferencia
 Sobre nadie: obro en conciencia

Con el pobre y con el rico.
Si una vez no me pagaron
Los que una vez asistí
Siempre á asistirles volví
Cuando otra vez me llamaron.
Si alguno se aconsejó
De otros médicos primero,
No por llamarme el postrero
Dejé de auxiliarme yo.
Querer quitar el derecho
Al enfermo de elegir
Con quien sanar ó morir
A su gusto es muy mal hecho.
Yo, en mi ciencia profesor,
Para todos por igual
La profeso, y cada cual
Viene á mí cuando mejor
Le cuadra, antes ó despues
De otros: cuando auxilio exige
Se le doy: no me dirige
Ni soberbia, ni interés.
Yo á ninguno me antepongo:
Quien despues de otro á mí viene
Bien hace; y siempre supongo
Que quien no paga no tiene.
Y en fin os diré, baron,
Una opinion; y os la digo
Aunque puede dar conmigo
Un dia en la inquisicion.
Mientras que sea un oficio
Nuestra noble profesion,
Y empleo y no vocacion
El religioso servicio:
Mientras que la sociedad
De un modo mejor no dote

Al sabio y al sacerdote
En pró de la humanidad,
Ni habrá caridad cristiana,
Ni ciencia, ni religion,
Y la civilizacion
Será una palabra vana.
Pues llamarse *ser humano*,
Plantear una sociedad
Basada en la caridad,
Y apellidarse cristiano,
Para decir á su hermano
En su última enfermedad:
"Yo no te curo tus llagas
Si no me pagas primero;"
O "sepultarte no quiero
Si tu entierro no me pagas,"
Me parece á mí una mofa
De la humanidad entera,
Una impudencia grosera
Y una fé de mala estofa.
Quien esto al mundo le espete
Cara á cara en un encierro
Vendrá á morir como perro
Como cinco y dos son siete;
Pero es la pura verdad,
Y no hay quien me la levante
Aunque de uñas se me plante
Todita la cristiandad.
Yo sé que es justo que viva
De su oficio cada cual,
Y paga legal reciba
El trabajo personal;
Mas de todo en la nociva
Aplicacion está el mal,
Que nunca el bien es legal

Si en el mal ageno estriba;
Pues del mundo á la concordia
Mas que leyes infinitas
Contribuyen las benditas
Obras de misericordia;
Y aquel que las considera
Cual leyes obligatorias
Ese hace obras meritorias
Y tiene fé verdadera.
Mas bien hace un buen ejemplo
Que la mas brillante homilia:
Pues se alberga en la familia
La virtud mas que en el templo.
Yo sé que esta opinion mia
Y la creencia en que la fundo
Ha de rechazar el mundo
Muchos siglos todavía;
Sé que no hay gobierno actual
Que predicarla me deje
Sin que me tache de hereje
Todo humano tribunal:
Porque en todo está enlazado
El vil interés; de modo
Que nada ser reformado
Puede sin herirlo todo.
Y por eso sé, baron,
Que estas opiniones mias
Insensatas teorías
De un loco, nada mas, son:
Y que me costara caro
Decirlas mas que á un amigo:
Por eso á vos os las digo:
Pues yo soy un hombre raro,
Baron, un hombre salvaje
Criado en salvaje tierra,

Que de entre bárbaros traje
La opinion que en mí se encierra.
Y como yo no he de hacer
Ir al mundo de otro modo
Lo dejo á su gusto ir todo;
Mas hé aquí mi parecer:
Jesu-Cristo es el mas grande
Legislador: no hay tirano
Que con su ley en la mano
Bien en la tierra no mande.
Su ley es la mas perfecta:
Es la ley de la igualdad
Y de la fraternidad,
Que al hombre cual es acepta
Bajo de su patrocinio;
Cuyos sencillos preceptos
Van al par con los afectos
Del alma y el raciocinio.
Yo tengo esta conviccion:
No hay república, ni hay rey
Capaz de hacer mejor ley
Que la de Cristo, baron.
Y el evangelio es la mia:
Y yo mi fé nunca vendo,
Ni mi ciencia, porque entiendo
Que Cristo no las vendia.
Tál creo, y tál viviré:
Y si el mundo me combate,
Pór mucho que me maltrate,
Siempre lo preciso habré:
Pues no me podrá quitar
Ni fé en Dios con que vivir,
Ni alma en que alzarle un altar,
Ni aire con que respirar,
Ni tierra donde morir.

Ya os abrí mi corazon:
 Yo obro conforme á mi fé.
 ¿Pensais que me ofenderé
 De nada con vos, baron?
 Tál soy: veis que os hablo en plata:
 Pues me conoceis juzgad
 Si os serviré: con que hablad
 Ahora vos. ¿De qué se trata?
 Dijo el Doctor, y de oírle
 Quedar viendo estupefacto
 Al baron, tuvo en el acto
 El médico que añadirle:
 Perdonad, baron: todo esto
 No tiene aquí que ver nada:
 Yo os he echado esta andanada
 Por poneros manifiesto
 Mi corazon; por mostraros
 Que en él no hay resentimiento
 Por lo pasado, y aliento
 Al presente para daros.
 A mí nada hay que me ofenda,
 Ni que me espanté, baron;
 Nada que en la condicion
 De los hombres me sorprenda.
 Os dije lo que me vino
 Primero á la lengua: vos
 Tomadlo cual es, y Dios
 Me perdone el desatino.
 Con que entremos en materia:
 Hablad.

BARON. Mi hijo está demente
 Rematado: es evidente,
 Doctor.

DOCTOR. Pues la cosa es seria.

BARON. Yo os ruego que le veais.

- DOCTOR. ¡Y toma si le veré!
- BARON. Como os empeñéis yo sé
Que sanará.
- DOCTOR. No os hagais
De esos males ilusion:
La mayor parte no tienen
Remedio, y mas si provienen
De fractura, ó de lesion
En el cráneo. ¡Ha recibido
Algún golpe?
- BARON. No se sabe:
No hay quien de él nada recabe.
Desde que á casa ha venido
De nadie se deja ver:
Ninguno le puede hablar,
Ni en su habitacion entrar.
- DOCTOR. ¡Diablo! Pues hay que poder.
Vamos despacio, baron;
Contadme punto por punto
Los de su mal, que es asunto
Que requiere esplicacion.
- BARON. Pues oid. Dejando el coche
En no sé qué lugarcillo
A la puerta del castillo
Se presentó á media noche,
Y en ella á dar comenzó
Tan recios aldabonazos
Que hizo la aldaba pedazos,
Y de alto á bajo la hendió.
Espantados acudimos
Quien era á ver: conociéndole,
Y perseguido creyéndole
Tal vez, á abrirle corrimos.
Pálido, desencajado,
Apénas se abrió el postigo,

Por él dándose conmigo
Se entró desatentado,
Sin que ninguno pudiera
Seguirle, y sordo á mi voz
El patio cruzó veloz,
Subió á saltos la escalera
Y dió en su cuarto: barrear
Le oí puertas y ventanas,
Y no hubo fuerzas humanas
Que le hicieran contestar.
Doctor ¡qué noche me dió!
A su puerta no cesé
De llamar: rogué, mandé;
¡Todo en balde! Ni chistó.
Sin poder más con mi afán,
Ciego, el suyo por saber,
Y llegándome á temer
Que cometiera un desmán;
O que á su vida atentára,
Le amenacé con echar
La puerta al suelo y entrar:
¡Mas nunca se lo anunciára!
Espada en mano salió
Y tras todos emprendiendo
Nos hizo salir huyendo,
Y á encastillarse volvió.
En esto sentí llegar
El coche con los criados
De acompañarle encargados,
Quienes hartos de aguardar
(Pues les dejó en el camino
A las siete y no había vuelto)
A subir se habían resuelto,
A ver si al castillo vino
Solo tal vez, y olvidado

De que les mandó esperar
A la entrada del lugar,
Donde les habia dejado.
Pediles inútilmente
Esplicaciones; venian,
Porque perdido le habian,
A buscarle: concluyente
Razon: ¿qué habia que hacer?
Mandéles irse á acostar,
Y á mi cuarto á cavilar
Me fuí hasta el amanecer.

Suspendió aquí su relato
El buen baron un momento,
Juzgando que ó desatento
Se distraia el Doctor,
O que su faz, que mas torva
Cada instante se tornaba,
De su opinion le auguraba
A cada instante peor.

El médico, que en la causa
Del mal del hijo sabia
Mas que el padre, en su sombría
Profunda meditacion
De aquilatar se ocupaba
En el crisol de su ciencia
Los grados de la demencia
Que le consulta el baron.
Y como de aquel misterio
El solo tiene la llave,
Y como él tan solo sabe
Cuán grave ser puede el mal,
En profundo arrobamiento
Permanece enagenado,
Cual por el peso agobiado
De alguna idea fatal.

Mas el baron, que lo ignora,
Desairado de él juzgándose,
Su arrobamiento enojándose
Resolvió cortar al fin;
Y con la voz ronca y trémula
Del amor propio ofendido
Le dijo, el rostro encendido
De la ira en el carmin:
“Doctor, si no habeis de oirme,
“Escuso gastar saliva
“En balde:”—y con faz esquiva
Se puso el baron en pié;
A cuya agresiva frase,
Y harto brusco movimiento,
Fuerza de su arrobamiento
Salir al Doctor le fué.
Y risueño “de apariencias
“No os fieis, baron, le dijo:
“Pues si no sana vuestro hijo
“Con lo que pensaba yo,
“Dios solo sanarle puede;
“Mas os lo juro en conciencia:
“Si no curo su dolencia
“Creeré que Dios me cegó.”
A tan solemne protesta
Su amor propio satisfecho,
Tranquilizado en su pecho
Su paterno corazon
A la luz de la esperanza
Que en su alma á lo lejos brilla,
Ya serenado, su silla
Volvió á ocupar el baron.
El doctor, templado, viendole,
Por ambas manos asiéndole,
Y cariñoso atrayéndole

Benignamente hácia sí,
 Preguntó: “Y ¡al otro día
 “En qué dió? ¡Fué todavía
 “Brutal? ¡Cuál es su manía?
 “Hablad, y fiad en mí.”
 Rendido el viejo orgulloso
 Por la cortés deferencia
 Del Doctor, en cuya ciencia
 Desde aquel punto fió,
 Convirtiendo en satisfecho
 Lo enojado y lo ofendido,
 Su relato interrumpido
 De esta manera anudó.

BARON. —Escuchadme: yo temia,
 Doctor, que no me escuchábais.

DOCTOR. —Ya veis que os equivocábais:
 Conque, vamos: ¡qué manía
 Es la de nuestro demente?

BARON. —Por lo que de ella os diré
 Juzgareis. Al día siguiente,
 Al rayar el alba, fué
 A los criados llamando,
 Quienes fueron poco á poco
 Viniendo, que estaba loco
 Ya todavía ignorando.
 Yo, al sentir el movimiento
 De la familia, salí
 A mi vez de mi aposento:
 Y la escalera le ví
 Seguido de los criados
 Tomar: tras ellos eché
 También, y por él guiados
 Fuimos al patio: allí fué
 Dó me llegué de manera
 Indudable á convencer

De que debía tener
 Perdido el juicio; porque era
 Torva y fija su mirada,
 Su acento bronco, violento
 Su andar y su movimiento:
 Estaba en fin trastornada
 Aquella fisonomía,
 De espresion salvaje y dura,
 Tan contraria á la dulzura
 Natural que antes tenia.
 Quedéme tras el cancel
 Lo que iba á hacer á observar,
 Y ví que mandó rodar
 Un enorme capitel
 De una columna truncada,
 Que fué de mi padre en vida
 No sé para qué traída,
 Y despues abandonada.

DOCTOR. —Que os interrumpa escusad.
 ¿Cuál es de ese capitel
 La dimension?

BARON. —Calculad
 Que del pilar la mitad
 Aun conserva unida á él.

DOCTOR. —Y es buen mármol?

BARON. —Yó en verdad
 Ignoro su calidad:
 Del mejor de Macäel
 Me han dicho que es.

DOCTOR. —Continuad.

BARON. —Los mozos obedeciendo
 Pusiéronse á la faena,
 Y el pilar no sin gran pena
 fueron rodando y trayendo
 Hasta un morisco salon

Que tengo hoy abandonado,
Mas que fué en tiempo pasado
La sala de recepcion,

DOCTOR. —¿Qué luz tiene?

BARON. Al medio día
Caen sus ventanas; se ven
Desde las vuestras.

DOCTOR. —Muy bien:
Seguid, baron: la manía
De vuestro Cárlos me empieza
A agradar, y me parece
Que si Dios me favorece
Recobraré la cabeza.

BARON. —¡Si tal hiciérais, doctor!

DOCTOR. —Con el afán mas prolijo
Le cuidaré; por mi hijo
No le tuviera mayor;
Creédme; pero seguid.
Decíais que el capitel
Metió en el salon: ¿con él
Qué hizo D. Cárlos?

BARON. —Oid:
Su cama, armas y equipage
Traer mandó á aquel salon,
Y sobre todo un cajon,
El cual durante su viaje
No quiso apartar de sí,
Segun despues he sabido,
Aunque jamás he podido
Dar con lo que trae allí.

DOCTOR. —Ya daré yo: continuad.

BARON. —Mientras consigo no tuvo
Todo su ajuar, se mantuvo
Con torva tranquilidad
Junto á la puerta de pié:

Y en buen momento juzgándole
Fuí poco á poco abordándole.
Cuando frente de él llegué,
De hito en hito me miró
Sin moverse del umbral,
Ni dar la menor señal
De reconocirme: yo
Al cuello le eché los brazos,
Y con paternal cariño
Como cuando aun era niño
Le acaricié: mas los lazos
Con los que Dios nos unió
Desconociendo, la faz
Tornando: "¡Dejadme en paz!"
Me dijo, y me rechazó;
Y á los criados venir
Con su equipaje mirando,
El patio cruzó saltando,
Y les salió á recibir.
Presenció tranquilo y grave
La colocacion de todo,
Y cuando lo halló á su modo
Pidió del salon la llave:
Hizo que el pilar derecho
Sobre una sólida base
La gente le colocase
Bien á plomo: lo cual hecho,
Atenta y prolijamente
De su equilibrio y firmeza
Se aseguró, y de la pieza
Mandó salir á la gente.
Entónces del capitel
Poniendo al lado el cajon
Encerróse en el salon
Y no ha vuelto á salir de él.

DOCTOR. —¿Y nunca entrásteis?

BARON. —Fué vano
Intento: siempre está alerta,
Y en tocándole á la puerta
Se presenta espada en mano.

DOCTOR. ¿Mas no hallásteis un resquicio
Por dónde ver lo que hace?

BARON. —No: mas creo que deshace
Cuanto hay: pues cual si su oficio
Fuera el de picapedrero,
Sospecho que á martillazos
Hace el capitel pedazos,
Por el ruido á lo que infero.
A caer en su arrobamiento
Volvió el Doctor; mas no era
Cual antes torva y severa
Su meditabunda faz.
La luz de un buen pensamiento
Sus ojos iluminaba,
Y á sus lábios asomaba
Una sonrisa fugaz.
Contemplándole en silencio
El baron, que á ver alcanza
Un rayo azul de esperanza
En su faz resplandecer,
Por no turbar imprudente
Su segundo arrobamiento,
Contenía hasta el aliento,
Sin atreverse á mover.
Al fin el Doctor alzándose,
Con el baron encarándose
Dijo, las manos frotándose
Cual satisfecho de sí:
Baron, Dios es sobre todo
Sábido mortal que de todo

- Nace; mas yo haré á mi modo
Lo que sé, y fiad en mí.
- Decid; ¿qué alimentos toma
Don Cárlos? ¿Tiene apetito?
- BARON. —No hay cosa de que no coma.
Yo mismo le pongo y quito
Ante su puerta los platos,
Y vacíos del revés
Me los vuelve todos.
- DOCTOR. —¿Y es
Goloso?
- BARON. —Mas que los gatos.
- DOCTOR. ¿Y es al dulce muy afecto?
- BARON. Sorberá un vaso de acíbar
Porque otro le den de almíbar.
Es de familia defecto.
- DOCTOR. —Pues bien: en una conserva
Cualquiera le habeis de dar
Lo que os voy á preparar.
- BARON. —¿Es jugo de alguna yerba?
- DOCTOR. —¿Qué importa lo que sea? Es
Un remedio que yo tengo;
Mas mirad que os lo prevengo;
Andad con él cauto, pues
Si bien la demencia cura
Su misteriosa virtud,
Tomado en sana salud
Predispone á la locura.
- BARON. —¡Diablo!
- DOCTOR. —De él seis gotas dad
Por la noche á vuestro hijo.
- BARON. —¿Seis justas?
- DOCTOR. —Número fijo:
Ni más ni menos.
- BARON. —Fiad

En mí.

DOCTOR.

—Pues esa pocion
 Con su precisa instrucción
 Os llevaré al caer el día,
 Baron; y ó pierdo la mía,
 O le vuelvo á la razon.
 Iba en acciones de gracias
 A deshacerse el anciano
 Baron, cuando por la mano
 El médico le tomó.
 Cortés, mas resueltamente,
 Hasta la puerta llevóle,
 Sus promesas reiteróle
 Despidiéndole, y cerró.
 Quedó el baron á la puerta
 Entre enojado y corrido
 Viéndose así despedido,
 Hasta que al fin exclamó
 Riéndose:—"Tiene este hombre
 A la verdad muy mal modo;
 Mas tiene despues de todo
 Escelente alma." Y partió.

III.

Tiene el Doctor en su casa
 Detrás de su gabinete
 Un misterioso retrete,
 Cuya puerta, con primor
 Labrada, da oculto paso
 A este escondido aposento,
 Donde vamos un momento
 A introducir al lector.

En esta secreta estancia,
 De sus secretos tesoro,
 Brilla un crucifijo de oro
 Elevado en un altar,
 Ante el cual arde una lámpara,
 Cuyo aceite embalsamado
 Tiene el aire perfumado
 Con alöe y azahar.

El camarín, que reviste
 Cäoba ensamblada y tersa,
 Tapiza una alfombra persa
 Del tejido de Lahor:
 Y el friso de sus paredes
 Es una cajonería
 Hecha de marquetería
 De primorosa labor.

En medio, y sobre una mesa,
 Como la mejor alhaja
 Despues del Cristo, una caja
 De cedro oloroso está,
 En cuyas manillas de oro
 Con rayos tibios destella
 La lámpara, que sobre ella
 Resplandor perenne da.

Porque esta luz es perpétua:
 El Doctor es el que cuida
 De su llama azul la vida
 Sin cesar de mantener;
 Y símbolo misterioso
 De la firmeza y la calma,
 De la honda fé de su alma,
 No cesa jamás de arder.

A su luz todas las noches
Ante Jesús se prosterna,
Y á él, que es la luz eterna,
Para su alma pide luz;
Y á solas en el alivio
De sus enfermos medita,
En la presencia bendita
Del que hizo santa la cruz.

Hombre de fé y de creencias,
Con fé y caridad cristiana
Votó su existencia humana
Al bien de la humanidad:
Y hondamente convencido
De que Dios solo es la ciencia,
Busca en Dios su inteligencia,
De las ciencias la verdad.

No como los falsos sabios
Impío y materialista,
Cree que nada hay que resista
Al troquel de su razon:
No: que al estudiar del hombre
La estructura y la belleza,
Del Criador la grandeza
Admira en su creacion.

El ve que el hombre, creado
Para la paz y el cariño,
Trae instintos desde niño
De ódio y de destruccion:
Pero ve que las pasiones
De que el corazon trae lleno
Torna en virtudes el freno
De la dulce religion.

Hé aquí por qué de la ciencia
 Que mas útil creyó al mundo,
 Hizo un estudio profundo
 De los hombres en favor;
 Y por do quiera que ha ido,
 Siempre en el dolor humano
 Vertió con pródiga mano
 Bálsamo consolador.

Mas vió que la Europa, presa
 Del espíritu sofístico,
 Con su furor silogístico,
 Y su afan de argumentar,
 En vez de llevar las ciencias
 A fin y verdades útiles,
 En mil controversias fútiles
 Las perdía sin cesar.

Vió que sus sábios, en ellas
 Con ceguedad empeñados,
 Vagaban desatinados
 Por laberintos de error;
 Y que éntre tantos partidos,
 Y entre tantas opiniones,
 La ciencia tras mil cuestionés
 Jamás quedaba mejor.

Cuando él audaz en su cátedra
 Sus errores manifiestos
 Les demostraba, con testos
 Le salían á atajar:
 Y en vez de echarle por tierra
 Sus firmes proposiciones,
 Solo autores y opiniones
 Le sabían alegar.

Mas él no porque un sofístico
 En la controversia venza,
 Cree que es bien que se convenza
 Sin comprender la razón:
 Ni aunque mil maestros digan
 "Esto es verdad" sin probarlo,
 Lo ha de creer sin sujetarlo
 A madura reflexión.

Dijose pues á si mismo:
 "Esto no es ciencia, es abismo
 "De teorías inútiles
 "A la enferma humanidad:
 "Dios es la ciencia infalible,
 "La equidad suma: no hay medio:
 "Debió crear el remedio,
 "Pues creó la enfermedad.

"Ahora bien: las discusiones
 "De las universidades
 "¿Dan á las enfermedades
 "Un solo remedio más?
 "No: solo dan energúmenos
 "Que, por sostener sus temas,
 "Crean absurdos sistemas
 "Que traen la muerte detrás.

"No quiero la inútil ciencia
 "De esos sábios disputantes:
 "Yo quiero á mis semejantes
 "Ser de alguna utilidad.
 "Contra la verdad, que es única,
 "No hay argucia, ni sistema;
 "Dios es la verdad suprema:
 "Buscaré en Dios la verdad.

“En vez de atestarme loco
“De sofismas la cabeza,
“Voy en la naturaleza
“Sus secretos á estudiar:
“Y si le sorprendo algunos,
“Voy con caridad cristiana
“Al bien de la raza humana
“Sus secretos á aplicar.

“¿A quién mision tan sublime
“Como á nosotros le toca?
“Con el consuelo en la boca,
“Y en la mano la salud,
“Podemos dar á los hombres
“Vigor á su cuerpo, calma
“A sus pesares, y á su alma
“La creencia y la virtud.”

Así discurriendo, cuando
Concluida su carrera,
Del claustro el mas jóven era,
Y cátedra con honor
Obtenia en Salamanca,
Un dia su borla y beca
Colgada en la biblioteca
Dejó para un sucesor.

Y de la ciudad partiendo,
Con un disgusto profundo
Por sus doctores, al mundo
Salió con sed de saber;
Y hombre de accion y de fuerza,
No de teorías vanas,
Las comarcas mas lejanas
Se propuso recorrer.

Desde las cortes mas cultas
A las tribus mas salvajes
De Asia y Africa, en sus viajes
Determinó visitar,
Por ver si á fuerza de estudio,
De observacion y esperiencia,
Algun bien para la ciencia
Logra en ellas recabar.

De su ciencia, acrisolándola,
Atesoró la sustancia
Oculta en Italia y Francia
Bajo su afan de argüir,
Y se embarcó para Oriente,
Cuna del hombre, dó encierra
Mejores jugos la tierra
Su raza para nutrir.

Aquella tierra, en que un día
La voz de Dios resonaba,
Y donde el hombre moraba
En el edén terrenal,
Aunque Dios en sus montañas
Con su gente ya no habita,
Todavía está bendita
Por la mano celestial.

Todavía de sus montes
Y de sus valles la yerba
Aquellos jugos conserva
Que conoció Salomon:
Y todavía sus hombres,
Que tenemos por salvages,
Bajo sus sencillos trages
Guardan mas fé y mas pasion.

Y allá fué el Doctor sediento
 Aquellos veneros vivos,
 Manantiales primitivos
 De las ciencias, á beber.
 ¡Y quién sabe con los hábitos
 Orientales que contrajo,
 Los secretos que se trajo
 Del Oriente su saber?

Mucho ha visto y ha estudiado:
 Recorrido ha el mundo entero:
 Mas con juicio muy severo
 Juzgó lo que viendo fué,
 Y hoy tiene un rico tesoro
 De saber y de experiencia:
 Mas al aumentar su ciencia
 No disminuyó su fé.

Vagado ha de polo á polo,
 Y de polo á polo ha hallado
 A Dios sábio, justo y solo,
 Y al hombre presa del mal;
 Mas de polo á polo ha visto
 Que del mal del hombre al lado
 El remedio ha colocado
 Dios con mano paternal.

Y á buscarlo decidióse;
 Y encontró en yerbas y en sales
 Tesoros medicinales
 De prodigiosa virtud:
 Y estudiando al hombre en todos
 Los países, á sus males
 Físicos y espirituales
 Se afaná por dar salud.

Verdadero humanitario,
No soñador utopista,
Ni argumentador sofista,
Al bien de la humanidad
Consagrando su existencia,
El bien del hombre es su ciencia,
Jesucristo su creencia,
Su virtud la caridad.

Severo en sus opiniones,
Duro y breve en sus razones,
Vé y plantea las cuestiones
Con áspera rigidez:
Inflexible con el vicio,
Irreprensible en su oficio,
En todo su fé y su juicio
Brillan por su solidez.

Para el bien suyo indolente,
Solícito en el ageno,
Su pecho está de afan lleno
Por el bien de los demás,
Y á los piés del Crucifijo,
Y á la luz de su conciencia,
Viene á consultar su ciencia,
Queriendo no errar jamás.

Por eso así que su casa
Dejó el baron, dirigióse
Al camarín y encerróse
Por dentro el Doctor en él;
Mas tras él, lector, entremos.
Porque las puertas secretas
Que fabrican los poetas
Están hechas de papel.

Abrió la caja que ocupa
El centro de aquella estancia,
Y la esquisita fragancia
Que al abrirla se exhaló
De ella, mezclóse á la esencia
Que la lámpara consume,
Y de un extraño perfume
El camarín se llenó.

Era un olor, aunque suave,
Vivificador y activo,
Cuyo vigor progresivo
Era grato al respirar:
Un olor que producía
Sobre el sistema nervioso
Un efecto misterioso
Y difícil de explicar.

Al principio aquel aroma,
Que los nervios invadía,
Les crispaba y les tendía
Cual si les fuera á romper:
Mas conforme esta violenta
Sensación se iba calmando,
Poco á poco iba cambiando
Su malestar en placer.

Parecía que al cerebro
Penetraba una áura pura,
Impregnada de frescura
Esencialmente vital:
Y que desde él por las venas
Y los nervios esparcida,
Llevaba al cuerpo la vida
Mas perfecta y mas cabal.

Como el delirio dulcísimo,
Irresistible y poético,
Con que el fluido magnético
Nos empieza á entorpecer,
Caer haciendo al espíritu.
En ese delirio místico,
Efecto característico
Del magnético poder:

Así al influjo vivífico
De esa balsámica esencia,
Flotaba la inteligencia
En un círculo mayor:
Y del limo vil del cuerpo
Poco á poco libertándose,
Sentía que iba elevándose
A una atmósfera mejor.

Y este olor, que parecia
Que aromaba las entrañas,
Al olor de las montañas
Y al ambiente de la mar
Se asemejaba, y henchia
De dulce melancolía,
De luz y de poesía,
El corazon mas vulgar.

Y este bienestar corpóreo,
Que al espíritu infundia
Perspicuidad, y alegría
Pacífica al corazon,
Exaltaba el sentimiento,
Y sumia el pensamiento
En el dulce arrobamiento
De estática inspiracion.

¿Quién de este aroma salubre
Estrañará la influencia,
Siendo el aliento la esencia
De la nutricion vital,
Siendo el cerebro el tesoro
En que accion la vida toma,
Y ecsistiendo en todo aroma
Una accion medicinal?

Dios, que no hizo cosa alguna
Desde el átomo á la luna
Que no tenga para el hombre
Util ó preciso fin,
¿Pudo encerrar en las flores
Salutíferos olores,
Para que su aroma inútil
Se perdiera en un jardín?

Ese ambiente que en los valles
Donde hay plantas odoríferas,
Y en las montañas auríferas,
Tiene una accion tan vital
Y tan regeneradora,
Prueba que Dios atesora
Virtudes mil salutíferas
En la planta y el metal.

Dios, que nos abrió el olfato
Del cerebro como puerta,
¿La pudo hasta él abierta
Dejar sin suma razon?
¿No se hallará en el cerebro
El centro de la ecsistencia,
Siendo de la inteligencia
El cerebro la mansion?

Le enferma un aroma, y otro
 La salud le restituye.
 ¿Esto del olor no arguye
 De la eficacia en favor?
 ¿Por qué pues desde el cerebro,
 Por los miembros repartida,
 En la salud y la vida
 No obrará la del olor?

Acaso y pronto, algun dia,
 Robará el sabio á la tierra
 Esos átomos que encierra
 Su perfume universal:
 Y al fin llegará la ciencia
 A curar una dolencia
 Con un átomo de esencia
 De una aroma, ó de una sal.

Tiempo ha que los orientales
 Poseen imperfectamente
 Secreto tal, y el Oriente
 Cuna de las ciencias fué.
 Secreto es de que depende
 La raza de Adan acaso:
 Tal vez tan gigante paso
 Muy pronto la Europa dé.

Acaso le poseyeron
 Nuestros padres; pero acaso
 Por nuestro mal le perdieron
 En su fiera estupidez
 Esas razas de bandidos
 Que han desolado la tierra,
 Suponiendo que la guerra
 A los hombres daba prez.

¡Sanguinarios bandoleros!
 ¿Qué vale mas? ¿La memoria
 Maldita de vuestra gloria
 Que tantas vidas costó,
 O el feliz descubrimiento
 De una raíz ó de un grano
 Que á todo el género humano
 De una epidemia libró?

Tal opinando, su vida
 Pasó experiencias haciendo,
 Y estudiando y reuniendo
 En su caja el buen Doctor
 Esos granos y raíces,
 Esas esencias y sales,
 Que átomos medicinales
 Encierran de gran valor.

Convencido de que solo
 Dios, esencialmente bueno,
 Pudo crear el veneno
 Bien al hombre para hacer,
 Se dió á analizarlos todos,
 Y á aplicarlos á los males,
 De sus átomos mortales
 La salud para estraer.

La baya, pues, ponzoñosa
 De la yerba mas pestífera,
 Y la baba mas mortífera
 Del mas dañino reptil,
 Transformáronse en sus manos
 En remedios eficaces,
 Que los males mas tenaces
 Dominaron veces mil.

Mas á la par convencido
De que aquel que revelase
Tal secreto, y los usase
Contra la ciega opinion
De su siglo, moriria
Por loco encalabozado,
O por hereje tostado
En la santa inquisicion:

Determinó de su ciencia
Aprovechar la ventaja,
Sin revelar de su caja
El contenido jamás;
Y en un libro consignados,
Sus felices resultados
Legar á los que vinieren
De su centuria detrás.

Y así lo hace, y en su libro
Lleva una exacta memoria
Del efecto y de la historia
De los remedios que halló,
Esplicando sin reserva
El medio de prepararles,
El método de emplearles,
Y el caso en que él les usó.

Así es como solamente
Concibe su inteligencia
Que pudo lograr su ciencia
Util á los hombres ser:
Y solo así puede el médico
Cumplir su mision sagrada,
Y, en paz con Dios, á la nada
De que lo sacó volver.

Hé aquí por qué el Doctor (ido
 Que fué el baron) presuroso
 Al camarin misterioso
 Donde está su caja entró;
 Y de entre las mil sustancias
 Que en frascos conserva en ella,
 La que una enana botella
 De cristal guarda eligió.

Ante la luz un momento
 La alzó: examinóla atento,
 Y en su seno acomodándola,
 Volvió la caja á cerrar:
 Y levantando sus ojos
 Hacia el santo Crucifijo,
 De esta manera le dijo,
 Postrándose ante su altar:

“Señor, el hombre es tan solo
 “Un miserable gusano,
 “Ignorante, ciego y vano:
 “La ciencia está solo en vos:
 “Yo en mi estúpida soberbia
 “Quise labrar la ventura
 “De una sola criatura,
 “Y destruí la de dos.

“Señor, yo anhelé su dicha;
 “Pero me cegó mi orgullo:
 “Por conservar el capullo
 “Me espuse á arrancar la flor:
 “Yo he juzgado mal del hombre
 “La virtud y el sentimiento;
 “Alumbrad mi pensamiento
 “Para corregir mi error.

“Si hay en mi sér solo un átomo
 “Que en vuestra piedad influya,
 “Dejad que les restituya
 “A su amor y á su razon:
 “Aceptad por la ventura
 “De su juventud florida
 “Todo el pesar de mi vida
 “De estudio y abnegacion.”

Dijo el Doctor: y fiando
 Del Señor en la clemencia,
 Al par que de su conciencia
 En la fé y en la rectitud,
 Cerró el camarín y fuése
 Del baron hácia el castillo,
 Del licor de su frasquillo
 Pronto á ensayar la virtud.

Mas le entretuvo sin duda
 Quehacer de mucha importancia;
 Porque siendo la distancia
 Tan corta como lo es
 Desde su casa á la torre,
 No llegó al pié de la cuesta
 En que está la torre puesta
 Hasta la tarde á las tres.

IV.

Le esperaba el baron con impaciencia,
 Ansiando el curso acelerar del dia;
 Puesto que por la estraña conferencia
 Que en él con el Doctor tenido habia,
 Que se encerraba acaso comprendia
 La salud de don Cárlos en su ciencia;

Pues siempre al fin la vanidad se humilla
Ante el saber, ó la virtud sencilla.
Su vanidad (que él funda en su nobleza,
Pero que ve que mantener no puede
En la mediocridad de la riqueza
De un patrimonio que al menor no escede
De un labrador de la comarca) cede
Ante la idea en su memoria fija,
De que dijo el Doctor que su hijo Cárlos
Era marido indigno de su hija
Porque alcanza en lo noble á una princesa,
Y cuenta por millones
Mas oro del que pesa;
Y el baron que lo ve y lo juzga todo
A la luz de sus míseras pasiones,
Cree que el Doctor, cuyo caudal engruesa
A favor del poder de administrarlos,
No la quiere casar por no soltarlos,
Y desde el día en que vibró en su oido,
Y entró en su corazon de sus doblones
La dulce idea y el gentil sonido,
Ansioso de atraparlos
El mezquino baron arrepentido
Sintió no haber sabido adivinarlos;
Y empezó á andar en cálculos perdido,
Viendo como anudar sus relaciones
Con una novia de tan buen partido.
Volvió en esto Don Cárlos; mas su estado
De alienacion mental echó por tierra
Las torres que en el aire habia fundado;
Y por mucho que al áncora se aferra
De la esperanza, cuyo cable asido
Por su mano una vez nunca ha soltado,
El porvenir á su ambicion se cierra
Cada momento mas, y anda sin norte

De sus discursos en el mar sumido;
Sacando nada mas en su conciencia
Por única y precisa consecuencia
Que, si mozo, galan, quisto en la corte,
Y del rey estimado no le quiso,
Porque aun juzgó muy poco
Para Rosa á Don Cárlos, es preciso
Que todo plan de diplomácia aborte
Con el doctor sagaz, que ve hoy á su hijo
Pobre, olvidado, sin favor y loco.
Mil veces el baron allá á sus solas
Luchar dentro de su alma habia sentido
De su arrogancia y su interés las olas:
Mas su orgullo domar no habia podido.
Digo de su interés, porque es sabido
Que el hombre codicioso de dinero,
En todo cuanto emprende y se propone,
Y en cualquier situacion en que se encuentre,
El sentimiento al interés pospone;
Y en todo cuanto intenta es fuerza que entre
Su interés vil como motor primero.
He aquí porqué el baron, aunque adoraba
A su hijo, de vista no perdía
El interés que reportar podía
Si con mujer tan rica se casaba;
Y el matrimonio así considerado
Como negocio mercantil, veía
Que su hijo, loco, de valor menguaba,
Puesto que era un efecto ya averiado.
No obstante, veces mil le habia ocurrido
Que aquel doctor escéntrico y severo,
Mas segun voz comun caritativo
Por igual con el noble y el pechero,
Como el mismo baron diera la cara
Y quisiera humillar su genio altivo

Al Doctor, era casi positivo
Que de curar á Cárlos se encargara.
Mas siempre que sobre esto discurria
Bajo el influjo del amor paterno,
Llevado al par por el influjo interno
Del interés que sus acciones guia,
El baron á sí mismo se decía:
“El trato del Doctor con el enfermo
Debe engendrar entre ambos simpatía:
Debe crear entre ambos un cariño
Como el que cobra la nodriza al niño
Que con la leche de sus pechos eria.
¿Quién sabe si el Doctor tratando á Cárlos
Le cobrará cariño?... Y si se estrecha
La amistad en los dos; lo de la boda
Con un poco de tacto es cosa hecha:
Mas la dificultad es amistarlos;
En eso estriba toda;
Pues si al médico yo me bajo y cedo,
De un segundo desaire tengo miedo.”
Pero andaba muy fuera de camino
El baron, que egoísta le creía,
Y el alma noble del Doctor media
De su alma ruin con el nivel mezquino.
Aquel doctor incógnito, extranjero,
Que ni aun trazas de hidalgo manifiesta,
Que anda á pié como innoble pordiosero,
Empero que tan alta tiene puesta
Su vanidad, que con orgullo loco
Vino un dia á decirle descarado
Que Don Cárlos, de su hija enamorado,
Para el amor de su hija era muy poco;
Aquel viejo tenaz, mal humorado,
Que en sus propios hogares insultado
Sin respeto le habia,

Y de su hogar tal vez habia arrojado
La hija para quien poco les creia:
Aquel Doctor, que sin oír razones,
Decidiendo á su antojo y bruscamente
Las mas árduas cuestiones,
Del mundo y de su gente
Tenia tan estrañas opiniones,
Que trataba de cosa ínfima ó necia
Cuanto el hombre social en mas aprecia,
Llamando ceguedad, supersticiones,
Ignorancia infantil, insuficiente
Vanidad, al saber mas eminente,
Leyes, razas, costumbres, religiones
Con tachas señalando y correcciones:
Aquel Doctor, en fin, que aunque ejercia
Su profesion curaba á los enfermos
No de ciudades ricas, populosas,
Donde lucrar con su saber podia,
Sino de las aldeas y los yermos,
Donde nada por ello recibia:
Aquel Doctor de incógnita existencia,
Modelo de salvaje independencía,
Que con la sociedad y con el mundo
Transijir no dejando á su conciencia,
De ellas con el desprecio mas profundo
Está pronto á morir si llega el día,
Mártir de su opinion y de su ciencia,
Cuando acudiera á él ¿que le diria?
A él, á quien antes con desden le dijo
Que á su hijo Don Carlos no queria
Por la sola razon de ser su hijo.
Tal pensaba el baron; pero juzgaba
Mal al Doctor, que excéntrico, extranjero,
Misterioso para él é incomprensible,
Era en sus opiniones muy severo;

Mas pronto y asequible
A todo bien, cristiano y caballero,
Tiene opiniones en verdad estrañas,
Créencias en las cuales se le opone
Su siglo: ¿pero cuál no cree en patraña
Que el que le sigue como error depone,
De su crítica fria y concienzuda
Metiendo el escalpel en las entrañas
De los pasados tiempos y sus hombres:
Y escudriña el valor de sus hazañas
Y el poder y la fama de sus nombres;
Y á la luz de sus nuevos adelantos
Disipando la sombra de la duda,
Destila del crisol de su justicia
La pura esencia y la verdad desnuda;
Y salen á la luz del siglo nuevo
Tal vez malvados los creidos santos,
Virtud tal vez la que creyó malicia?
Y con miles de ejemplos no lo pruebo
Por no ser de este libro y haber tantos.
Y por eso el Doctor, hombre nacido
Tres siglos antes que nacer debia,
Juzgaba la centuria en que vivia
Por la en la cual nacer habia debido.
Y como suele á los que mucho avanzan
Acontecer, los que detrás se quedan
Viendo que con los piés no les alcanzan,
Les tiran piedras que alcanzarles puedan:
Así por avanzadas opiniones
Que en su siglo pasaron por quimeras,
Heregías, blasfemias y visiones
Diabólicas, y que hoy por verdaderas
Se profesan en todas las naciones,
Quemó la Inquisicion en sus hogueras
Sabios que hubieran hecho con sus juicios

A su edad y á la de hoy grandes servicios.

Tal era mi Doctor, tras quien sin duda

El *susodicho* tribunal anduvo:

Y si no le quemó, ya se supone

Que fué porque á las manos no le hubo:

Pues aunque á nadie su opinion impone,

No es la que el *santo tribunal* propone;

Y su noble conducta, consecuencia

De sus ecsageradas opiniones,

Prueba que no las funda en cosa vana,

Pues aplica su fé, su oro y su ciencia

Al bien y alivio de la raza humana;

Segun las ecsagera su creencia,

Es verdad: mas conforme á su conciencia,

Segun la ley y caridad cristiana.

Así es que al punto en que el baron, no importa

Si de interés recóndito movido

O del paterno amor, se ha decidido

A implorar su favor, de él ha olvidado

El orgullo pasado

Y el interés presente;

Y á la afliccion en que lo encuentra atento,

Del mal del hijo se encargó al momento,

Sin alegar que al loco á quien ausilia

Su ciencia, acaso de ayudar le eximen

La honda desolacion, tal vez el crimen

Que introdujo su amor en su familia.

Porque la estraña soledad presente

En que vive el Doctor, y que delata

Un oculto pesar, es evidente

Que tiene, aunque á ninguno esté patente,

Del hijo del baron con la locura

El mismo origen y la misma data:

Aquella noche cuya historia oscura

Con un misterio la de entrambos ata.

Hé aquí por qué el baron, tan complaciente
 Encontrando al Doctor, á la esperanza
 Volviendo á abrir su corazon, alcanza
 Mas halagüeño porvenir, y pone
 En el Doctor su confianza entera,
 Y alegre á recibirle se dispone,
 Cual si su ciencia fuera omnipotente,
 Y allanadora de imposibles fuera.

¡Oh miserable condicion humana,
 Fácil en esperar lo que desea,
 Por mas que el fin de su esperanzã sea
 Antojo fútil, ó pasion villana!

V.

Llegó á la torre el Doctor,
 Y saliéndole al encuentro,
 Guióle el Baron por dentro
 De su dédalo interior
 Hasta aquella galería
 En la cual el apartado
 Salon dó se habia encerrado
 Su hijo Don Cárlos se abria.
 Al corredor al salir,
 Aquel golpear continuado
 De que el Baron le habia hablado
 Comenzó el Doctor á oir;
 Y reteniendo el aliento,
 Todo en oír absorbido,
 El carácter de aquel ruido
 Escuchó por un momento.
 Al cabo de él, dilató
 Sus lábios una sonrisa:

Y hácia aquel rumor, gran prisa
Mostrando, se adelantó.

Trás él echando: "Aquí es"
Dijo el Baron, señalando

La puerta, á la cual llegando

Dijo el Doctor: "Abrid pues."

Oyó el Baron con asombro
Del médico la propuesta

Y para atajarle, puesta

Una mano sobre el hombro,

Díjole: "¿Olvidado habeis,
Doctor, que furioso está?"

"Connigo se amansará,

Dijo el Doctor: ya vereis.

Dejadme entender á mí

Con él, que estoy con los locos

Hecho á tratar, y hubo pocos

Con quienes no me entendí."

Y puso el Doctor la mano

En la misteriosa puerta,

La cual no aguardó á que abierta

Fuera el viejo castellano;

Sino que haciéndose poco

A poco atrás, previsor,

Dejó con su hijo al Doctor:

Que aunque era su hijo era loco.

Llamó el Doctor, y al instante

Abriendo una de sus hojas

Pareció en la puerta, rojas

Las mejillas, el semblante

Descompuesto, la mirada

Vaga, la barba crecida,

Don Carlos, de la otra vida

Como fantasma evocada.

Fijó en el Doctor los ojos,

Quien con mirada potente
 Comenzando los antojos
 A dominar del demente

Inundóle las pupilas
 Con el oculto fluido
 De las suyas desprendido,
 Limpias, tenaces, tranquilas.

Y fuese que la influencia
 Del Doctor le avasallara,
 O que en su mente excitara
 Su vista reminiscencia

Poderosa, quedó el loco
 Ante el Doctor fascinado,
 Atraído y dominado,
 Siendo por él poco á poco.

Tomóle el viejo la mano
 Sin que el mancebo opusiese
 Resistencia alguna, ó diese
 Señal alguna de insano.

Alejóle de la puerta,
 De hito en hito le dejó
 Contemplanle, hasta que vió
 Que iba su mirada incierta

Concentrándose, y calmando
 La espresion de su semblante
 Ante el que le está delante
 Sus recuerdos evocando;

Y cuando no tuvo duda
 Del poder que en él ejerce,
 Llamó para que le esfuerce
 A la palabra en su ayuda.

Llevóle á parte buen trecho,
 Cual queriendo recatar
 Lo que le tiene que hablar
 Del padre que está en acecho:

Y mientras el buen Baron
 Lo contempla hecho una pieza,
 Metió el Doctor con destreza
 Al loco en conversacion;
 Y poco á poco un recuerdo
 Tras otro el loco hilvanando,
 Fué poco á poco trabando
 Conversacion con el cuerdo.

Pero dejemos, lector,
 La narracion, y escuchemos
 Su plática: así podremos
 Hilar el cuento mejor.

EL DOCTOR.—DON CARLOS.

DOCTOR. Ahora que nadie escuchar
 Nos puede, hablad: ¡qué quereis!

D. CARLOS. ¡Yo? Nada.

DOCTOR. ¡Porqué me habeis
 Mandado entónces llamar?

D. CARLOS. ¡Yo á vos? No por cierto.

DOCTOR. ¡Vaya!

Y la he dejado por vos
 Sola.

D. CARLOS. ¡A quién?

DOCTOR. ¡Sea por Dios!

Si dais en tener á raya
 La lengua...Acabad: ¡no estamos
 Solos? Lo sé todo.

D. CARLOS. Todo?

DOCTOR. Todo. Aun duerme: mas del modo
 Con que golpeais recelamos

Que pronto no ha de poder
Dormir.

D. CARLOS. ¿Quién?

DOCTOR. ¿Pues es donosa

Pregunta! ¿Quién ha de ser?

¿Acaso dos puede haber?

Rosa.

D. CARLOS. ¡Silencio!

DOCTOR. Es la cosa

Que necesitamos mas;

Pero con vuestro martillo

Haceis en todo el castillo

Un ruido de Barrabás;

De modo que por muy fuerte

Que sea su sueño si así

Seguís dando ¡pesiamí!

Preciso es que se despierte;

Y como entienda el Doctor

Que sois vos quien la despierta,

Cuando él la supone muerta,

Vereis la que arma.

D. CARLOS. Peor

Para él.

DOCTOR. ¿Porqué?

D. CARLOS. Porque fiel

A mi secreto, primero

Que le sorprenda prefiero

Matarle á mi vez á él,

Como él á Rosa.

DOCTOR. ¿Pues no

Os dije ya que la ví,

Y que dormía?

D. CARLOS. Sí, sí;

Pero esa es la que hice yo.

DOCTOR. ¿Vos?

D. CARLOS. Yo; y su ira es inerte
 Contra esa que visteis vos;
 El mató lo que hizo Dios;
 Pero yo hice la que duerme.

DOCTOR. ¿Con que hay dos Rosas?

D. CARLOS. Sin duda:
 Una que fué, y que no es ya,
 Y otra que pronto será
 Por mí: mas la lengua muda
 Tened, y que no lo sepa
 Nunca el Doctor; porque temo
 Que haga con esta otro extremo,
 Pues no le hay que en él no quepa.

DOCTOR. Cierto: mas fiad en mí,
 Que jamás se lo diré;
 Pero nunca imaginé
 Que eran dos Rosas.

D. CARLOS. Pues sí.

DOCTOR. Debe ser una historia
 Muy linda.

D. CARLOS. ¡Vaya si lo es!
 Y una historia que despues
 Alcanzará gran memoria
 En los fastos de la tierra,
 Porque verá cuanto cabe
 En poder de hombre que sabe
 El que en su alma se encierra.
 Será un milagro de amor.

DOCTOR. ¿De amor?

D. CARLOS. Y de amor tan fuerte
 Que sobre la misma muerte
 Se ha de elevar triunfador.

DOCTOR. Contádmelo.

D. CARLOS. ¿Y con qué objeto
 Quereis que os lo cuente?

- DOCTOR. Yo
Os lo diré luego.
- D. CARLOS. No:
No os lo cuento: es un secreto.
- DOCTOR. Guardadle: mas os diré
Francamente que saber
Quise esa historia por ver
Si es la misma que yo sé.
- D. CARLOS. ¿Qué sabeis vos?
- DOCTOR. Sé un portento
De amor, y de amor tan fuerte
Que pudo mas que la muerte.
- D. CARLOS. Contádmele.
- DOCTOR. No os le cuento
Si el vuestro no me contais;
Porque es un secreto mio,
Y haré muy mal si os le fío,
A vos, que no me fiáis
El vuestro. Cuento por cuento.
- D. CARLOS. Primero vos.
- DOCTOR. ¿Y despues
Vos?
- D. CARLOS. Sí.
- DOCTOR. ¿Verdad?
- D. CARLOS. Sí.
- DOCTOR. Consiento
En ello: escuchadme pues.
Amaba Cárlos á Rosa
Con un amor tan profundo
Que Rosa formaba el mundo
Para Cárlos.
- D. CARLOS. Es verdad.
- DOCTOR. Y á Cárlos amaba Rosa
Con pasion tan verdadera
Que el mundo de Rosa era

Solo Cárlos.

D. CARLOS. Es verdad.

DOCTOR. Cárlos era casi un niño;
Rosa era mujer apénas:
Mas nutrido su cariño
Del campo en la soledad,
Creciendo desde la cuna
En su aislamiento constante,
Era ya un amor gigante
Su amor de niño.

D. CARLOS. Es verdad.

DOCTOR. Mas Rosa y Cárlos iguales
Uno á otro no nacieron:
Sus padres no comprendieron
Tal amor á tal edad;
Y juzgando que la ausencia
Su pasion disiparía
Separáronlos un dia
Mal de su grado.

D. CARLOS. Es verdad.

DOCTOR. Mas en vano pretendieron
Oponer tiempo y distancia
A la indomable constancia
De un cariño tan tenaz.
Aunque diez años pasaron,
Uno y otro se esperaron,
Y uno de otro confiaron
En el amor.

D. CARLOS. Es verdad.

DOCTOR. Cuando Cárlos, hombre y libre,
Volvió de reinos estraños,
Ecsento ya por sus años
De la patria potestad,
Antes que al hogar paterno
Se fué á la mansion de Rosa,

A ver si á su vez la hermosa
Le guardó fidelidad.

Rosa habitaba una quinta

En un bosquecillo aislada,

Y por las tapias cercada

De su rústica heredad.

Era de noche: desierto

Todo estaba en torno de ella;

Mas por un balcón abierto

De una luz vió claridad.

Era el de Rosa: arrastrado

Por su pasión, que le aqueja

Con los celos, por la reja

Trepó al balcón.---Escuchad

Ahora.---El padre de Rosa,

Que de su honra andaba en vela,

Detrás de él por centinela

Puso á la muerte.

D. CARLOS. Es verdad.

DOCTOR. Penetró el mozo en la estancia

De Rosa; llegó á la puerta

De su alcoba.....

D. CARLOS (*interrumpiendo*) y la halló muerta

Sobre su lecho.

DOCTOR. Es verdad:

Mas oid ahora el portento

Del *sublime* amor de Cárlos,

Por si es la historia que os cuento

La misma vuestra.

D. CARLOS. Contad.

DOCTOR. Cárlos viendo á Rosa muerta

Perdió el juicio. Al ver tan fuerte

Amor su padre.....

D. CARLOS. (*Interrumpiéndole*) Ella muerta

Fué quien la dió.

DOCTOR. Es la verdad:
 Mas como era un doctor sabio
 Que imposible no halló cosa
 A traer el alma de Rosa
 Volvió de la eternidad;
 Y volvió á Cárlos el juicio,
 Y encendiéndoles la pira
 Del himeneo.....

D. CARLOS. (*Interrumpiendo.*) ¡Mentira!
 Solo yo sé la verdad.

D. Cárlos, que siempre atento
 Del Doctor escuchó el cuento,
 Señales de asentimiento
 Dando hasta el fin, cuando oyó
 Que Rosa, resucitada,
 Fué por el Doctor casada,
 Soltando una carcajada
 Las espaldas le volvió.

Y yéndose hácia su padre,
 Que absorto llegar le mira,
 Le dijo: "Todo mentira:
 "Yo solo soy quien lo sé.
 "El Doctor es un malvado
 "Asesino: él mató á Rosa:
 "Mas yo hice otra, y su alma hermosa
 "De los cielos robaré."

Comprender no pudo el padre
 Las palabras de su hijo:
 Mas no tan pronto las dijo
 Como el Doctor, que detrás
 De él vino, comprendió astuto
 Que su tiro habia derecho
 Ido á dar del loco al pecho:
 "Pero era preciso mas."

El médico había querido,
 Trayéndole á la memoria
 Punto por punto su historia
 Hasta el momento fatal
 De su locura, obligarle
 A revelar la manía
 Que en ella le mantenía
 Para comprender su mal.

Mas viendo que solo á medias
 Logrado habia su objeto,
 Y decidido el secreto
 De su demencia á apurar,
 Fuese tras él, y á la puerta
 Del salon que le da asilo,
 Del diálogo roto el hilo
 Volvió de este modo á atar.

DOCTOR. Si no fué el Doctor quien pudo
 Volver la existencia á Rosa,
 Y sois vos quien su alma hermosa
 Puede á los cielos robar,
 Probádmelo: ó creeré siempre
 Que el Doctor solo ha podido,
 Que sois vos quien ha mentido,
 Y que estáis loco de atar.

Cayó en el lazo el demente,
 Y cediendo á su amor propio
 Provocado, de repente
 Con la altiva majestad
 Con que del mundo la máquina
 Pudiera mostrarle abierta
 Un génio, abriendo la puerta
 Del salon dijo: "¡Mirad!"

Tendió el Doctor sus miradas
Por la misteriosa pieza,
Y fué á asomar la cabeza
Curioso el baron tras él.
De aquel pedazo de mármol
En el salon encerrado
Un prodigio habia brotado
Del loco bajo el cincel.

Aquel informe peñasco
Tenía ya la figura
De una clásica escultura,
Cuya acabada labor
Revelaba el poderío
Y el instinto soberano
Del genio audaz y la mano
Firme de un gran escultor.

Era la imágen de Rosa
Sobre su lecho tendida,
No muerta, sino dormida
Con un sueño encantador.
Todas las turgentes líneas
De sus graciosos contornos,
De su ropa y sus adornos
Los detalles y el primor,

Y la cándida sonrisa
Que en sus labios acusaba
Que su espíritu halagaba
Un sueño hermoso de amor,
Revelaban de consuno
Su amoroso pensamiento
Bajo el casto sentimiento
De su virginal pudor.

Su movimiento era tanto,
Que cual obra de un encanto
Parecia decir: "Duermo,
Pero voy á despertar."
Y bien claro se veia
Que en tan móvil escultura
El amor y la locura
Trabajaron á la par.

Permaneció unos momentos
Su triunfo el loco gozando,
Y el asombro contemplando
Del médico y del baron
Con la altivez del artista
Que prueba, en su obra perfecta,
Que el hombre es la predilecta
Del que hizo la creacion.

Mas cediendo poco á poco
El orgullo del artista
A la insensatez del loco,
A su demencia tornó;
Y asiéndoles de repente
Por los brazos arrojóles,
De la estancia bruscamente
Y por dentro la cerró.

Quedáronse ante la puerta,
El baron estupefacto
De la agresion de aquel acto
Tras de mansedumbre tal,
Y el buen doctor sonriéndose,
A solas congratulándose,
Y mil parabienes dándose
De ver remedio á su mal.

Al fin el baron, con la ansia
De ese indecible cariño
Del padre para quien niño
En toda edad su hijo es,
¿Qué opinais, Doctor? le dijo:
Y este respondió: "Le curo."

BARON. —De cierto?

DOCTOR. —¡Bah! Estoy seguro.

BARON. —¿Cuándo?

DOCTOR. —Pronto.

BARON. Empezad pues.

DOCTOR. Pues tomad: dadle seis gotas
Del licor de este frasquillo
Cada noche: yo al castillo
Cada dia subiré
Para estudiar sus efectos;
Y cuando el remedio dado
Le tenga ya preparado
Para el último, le haré.

BARON. —¡Ah Doctor! y ¿cómo entonces
Recompensaros podria
Dignamente?

DOCTOR. —Todavía
Mejor de lo que creéis vos
Podeis hacerlo.

BARON. —¿Decidme
Con qué?

DOCTOR. —Con solo una cosa,

BARON. —¿Cuál es?

DOCTOR. —La estatua de Rosa.

BARON. —¿Con eso?

DOCTOR. —Con eso: adios.

Y así diciendo á la puerta
Ya el Doctor se dirijía,
Cuando el baron, que aun tenia

En el alma otro escozor
 Que en ella habian escitado
 Las palabras de su hijo,
 Corrió á atajarle y le dijo:
 "Una pregunta, Doctor."

Detúvose este, y mirándose
 Uno á otro cara á cara,
 A que el baron se explicara
 Esperó en calma el Doctor.
 Mas hay preguntas difíciles
 Que dejan al mas osado
 Al ir á hacerlas cortado,
 Porque atacan al honor.

Y la que el baron sentia
 Saltársele de la lengua
 Al ir á hacer preveia
 Que iba al Doctor á ofender;
 Mas ya le habia atajado,
 Y ya el Doctor escuchaba,
 Y el buen baron ya no hallaba
 Medio de retroceder.

Al fin el Doctor, mirando
 Que andaba el Baron confuso,
 Vueltas á una idea dando
 Sin poderla formular
 En palabras convenientes,
 Y sospechando cual era
 Su idea, de esta manera
 Volvió el diálogo á entablar.

DOCTOR. Vamos, Baron: ¿qué tenemos
 De nuevo? Hablad: ya os escucho.

BARON. Es cosa que cuesta mucho decir.

DOCTOR.—Decidla ¡pardiez!
Sin temor.

BARON. —Va á sorprenderos.

DOCTOR. Nada hay que á mí me sorprenda,
Baron.

BARON. —Puede que os ofenda.

DOCTOR. Solo ofende la doblez,
Y en el modo con que á tientas
Andais buscando un rodeo
Para decírmelo, veo
Vuestra sana sencillez.
Conque plantead sin empacho
Vuestra cuestión, por muy fea
O muy difícil que sea,
Y acabemos de una vez.

BARON. Pues bien: oyendo la historia
Que habeis contado á mi hijo,
Y lo que él luego me dijo,
Brotóme en el corazon
Una sospecha, fundada
En bien poco, lo confieso,
Mas que no dejé por eso
De meterme en aprension.

DOCTOR. ¿En las palabras de un loco
Vais á fundar un misterio?

BARON. Es que lo que dijo es serio.

DOCTOR. Dijo que á Rosa maté.

BARON. Perdonad; mas si en un hecho
Su acusacion se fundára

DOCTOR. Suponed que la matára:
¿Y qué?

BARON. —¡Diablo! ¡cómo y qué?
¡Pues ahí es nada el negocio!

DOCTOR. No puede ser mas sencillo;
Baron, ¿en vuestro castillo
El que manda no sois vos?

BARON. Sí.

DOCTOR.—Pues yo mando en mi casa
Y en mi hija; y está enterrada
Mejor que no deshonrada
Por Don Cárlos.

BARON. —¡Santo Dios!

¿Confesais que la matásteis?

DOCTOR. ¡Bah! Baron, no tengais miedo,
Que resucitarla puedo
Lo mismo que la maté.

BARON. ¡Jamás podré comprenderos!

DOCTOR. Pues confesais tal torpeza,
No os calenteis la cabeza,

Que yo me comprenderé.

Dad á Don Cárlos por gotas

El elixir de ese frasco,

Baron, y no os pegueis chasco

Creyendo sin reflexion

Cuanto oigais: porque en la tierra

Cuanto se escucha y se mira

Suele ser una mentira,

Si no oye y ve la razon.

Dijo el Doctor y partióse,

Dejando al buen castellano

Con el frasquillo en la mano

Diciéndose: “¡Pesiamí!

“Por mucha razon que tenga,

“Y por muy bien que la aplique,

“No habrá razon que me explique

“Lo que está pasando aquí.

“Mas dice bien: en resúmen
“Vale mas que hacer estremos
“Reflexionar: razonemos
“Pues. Que él la pudo matar
“Por no casarla con Cárlos
“Es imposible; ni fuera
“Tan audaz que se atreviera
“Así de su muerte á hablar.

“En suma ese es su secreto:
“Y á mas él manda en su casa,
“Como él dijo, y lo que pasa
“Mas allá de su cancel
“A nadie le importa: en ella
“Hace él lo que le conviene,
“Y ni me va ni me viene
“A mí nada en casa de él.

“Por otra parte, que anhela
“Curar á Cárlos es cosa
“Que se vé bien ¡mas si á Rosa
“Querrá vengar?... ¡Si será
“Verdad lo que de él se cuenta,
“Que es de raza de Agarenos,
“Y no son mas que venenos
“Las medicinas que da?

“Tampoco es posible: sabe
“Que tiene en la corte amigos
“Cárlos: y es asunto grave
“El dar con la Inquisicion
“¿Mas quién demonios me mete
“A romperme la cabeza
“Con semejante simpleza?
“¡Al diablo la reflexion!

“Ese hombre hace maravillas
 “Con sus frascos, y en conciencia
 “No se le puede la ciencia
 “Negar; y aunque yo no sé
 “Qué es lo que hay en su carácter
 “De misterioso y exótico,
 “Que yo á su genio estrambótico
 “Jamás me acostumbraré,

“Si á Cárlos devuelve el juicio,
 “Y por pago se contenta
 “Con la estatua de mi cuenta
 “Sus sortilegios no son.
 “Yo le busqué como médico
 “Sin meterme en mas dibujos:
 “Luego, si lo es, con los brujos
 “Quémele la Inquisicion.”

¡Así piensa el necio, siempre
 Ciego, avaro y egoísta,
 Y en su mal á que le asista
 La ciencia en que no cree vá!
 Y así el baron, decidido
 A aprovechar el ageno
 Saber, duda si es veneno
 Lo que la ciencia le dá!

VI.

Y trascurrió una semana,
 Durante la cual subia
 Al castillo cada dia
 El Doctor muy de mañana;

Y á D. Cárlos presentando
Su colacion matutina
Iba de su medicina
Los efectos observando.

El mozo se acostumbró
Poco á poco á su presencia,
Y el médico con paciencia
La voluntad le ganó.

Pasósele la manía
En que con furor insano
De su puerta espada en mano
Las entradas defendía;

Y al llamar á ella el Doctor
Salía tranquilamente,
Y almorzaba mansamente
Con él en el corredor.

Mentóle á Rosa una vez,
Y él, siguiendo en su manía,
Con la mayor sencillez
Dijo: "Duerme todavía."

Sentóse un dia el baron
Entre ellos dos á la mesa
Sin que hiciera de sorpresa
La menor demostracion:

Comió en silencio y tranquilo
Sin la señal mas ligera
De que les reconociera;
Mas no perdió nunca el hilo

De las continuas historias
Que el médico le contaba,
Y con las cuales trataba
De despertar sus memorias.

D. Cárlos, cuya demencia
Tal vez era una manía
Que completa le absorbía

La luz de la inteligencia;
Que habiendo todo su ser
Concentrado en una idea,
Le hace cuanto ella no sea
Incapaz de comprender,

Presta á cada relacion
Del médico oído atento,
Porque él echa en cada cuento
Un anzuelo á su razon.

Y del corazon humano
Conocedor, y de ciencia
Muy capaz cualquier dolencia
De sondar, le va á la mano

Con sus oportunos cuentos
Trayendo insensiblemente,
Haciéndole diestramente
Hilvanar sus pensamientos.

Pero nunca los asuntos
Y relaciones horrendas
De sus sombrías leyendas
Tocaban mas que dos puntos,

El amor y la locura:
Amor siempre contrariado,
Pero siempre al fin logrado
Por milagrosa aventura:

Locura siempre causada
Por un amor imposible,
O por una escena horrible,
Mas por el amor curada:

Pues todas sus relaciones
Concluían venturosas
Con curas maravillosas,
Y hasta con resurrecciones.

El baron, que algunas veces
Tales historias oía,

A sí mismo se decía:

“¿A qué contarle sandeces

“Semejantes? ¡No está ya

“Bastante huero de seso

“Sin venirle ahora con eso?

“En fin, él se entenderá.

“¡Qué diablos! Este doctor

“No hace como los demás

“Ninguna cosa jamás.”

Y se iba de mal humor

El baron á su aposento,

Dejando al doctor y á su hijo

Engolfados de algun cuento

En el relato prolijo.

Mas el buen doctor, que paso

A paso con sus intentos

Iba adelante, sus cuentos

Seguía sin hacer caso

Del baron; y cada dia

Con mas atencion Don Cárlos,

Distraido en escucharlos,

Menos loco parecía.

Y así pasó otra semana:

De noche apuraba el loco

Su frasquillo poco á poco,

Y el doctor por la mañana

Subía el efecto á ver

Del misterioso elixir,

Y tornábase á partir

Para tornar á volver.

Y siempre al irse el baron

Al médico preguntaba

Si Don Cárlos mejoraba:

Mas nunca contestacion

Categorica obtenía;

Por lo que él daba por fijo
Que ó no mejoraba su hijo,
O el doctor no lo sabía.

Mas si razon de provecho
Jamás de él puede obtener
Siempre le ve parecer
Y marcharse satisfecho;

Lo cual tiene al buen baron
Tan ciego y desorientado
Que vive como colgado
Entre una y otra opinion.

Resuelto, pues, á esperar,
Al tiempo deja que ruede,
Y hace no mas lo que puede,
Que es ver, oir y callar.

Y así pasó la semana.
El doctor en cada cuento
Mas difuso, y mas atento
Don Cárlos cada mañana.

VII.

Hasta que al veinteno dia
En que con método tal
Ya Don Cárlos parecia,
Si no en su juicio cabal,
Libre al fin de su manía,

El médico resolvió
Poner en planta un proyecto
Que con calma meditó,
Y cuyo seguro efecto
Con paciencia preparó.

Y en dulce conversacion
Estando de sobre mesa

Con Don Carlos y el baron,
De este con harta sorpresa
Hizo esta proposicion:

“Don Carlos, largo tiempo ha
“Que hundido en vuestro aposento

“Ni el aire ni el sol os da:

“Y os hacen gran falta ya

“Aire, luz y movimiento.

“Debeis, á mi parecer,

“Salir del campo á gozar;

“Su estenso horizonte á ver,

“Sus sanas yerbas á oler

“Y su ambiente á respirar.

“Oid: al pié del castillo,

“Sobre una loma que alfombra

“El ya espigado tomillo,

“Sentada á la doble sombra

“De un huerto y un bosquecillo,

“Hay una blanca casita

“Donde un amigo, á quien quiero

“Desde mi niñez, habita.

“¿Quereis ser mi compañero?

“Le haremos una visita.

“No os pesará del paseo,

“Pues su casa es un museo

“Lleno de ricas pinturas,

“Armas, libros y esculturas,

“Que os llenarán el deseo.

“Mas lo que posée mejor

“Es la niña mas hermosa

“Que engendrar supo el amor;

“Venid: vereis al doctor,

“Mi amigo, y á su hija Rosa.”

Don Carlos habia escuchado

Lo de la casa-museo

Como artista enamorado
 De las artes, deleitado
 El corazón de deseo,
 Pronto á aceptar y á seguir
 Consejo tan seductor
 Y á aquella casita á ir;
 Mas de Rosa y del doctor
 Los dos nombres al oír
 Púsose espantado en pie,
 Y echando el cuerpo hácia atrás
 Esclamó como quien ve
 Un espectro ante él: “¡Jamás
 Iré á su casa!”

DOCTOR.

¿Por qué?

D. CARLOS. Ese doctor vuestro amigo
 Es mi mayor enemigo;
 Y os advierto que esa Rosa,
 Que me decís que consigo
 Tiene, será una engañosa
 Imágen que él habrá hecho,
 Y con su ciencia maldita
 Le habrá metido en el pecho
 Algun ánima precita.
 “No; Rosa está allí, en su lecho:
 “Yo soy quien cuerpo la dí;
 “Yo soy quien de su alma en pos
 “Subiré á los cielos, y
 “El alma de Rosa á mí
 “Me la devolverá Dios.
 “Pero la voy á tapar;
 “Porque si él llega á saber
 “Que yo la he vuelto á crear,
 “En donde la alcance á ver
 “Me la volverá á matar.”
 Dijo el mozo y se metió

En su salon: de su amada
Rosa la imágen cubrió
Con un lienzo y se encerró
Soltando una carcajada.

De asombro el baron estático
Dijo: "¿Qué es esto, Doctor?
Y este, continuando apático
Su misterio sistemático,
Dijo:" ¿Y quién sabe, señor?

Al ver semejante calma
Sintió el buen baron que el alma
Se le volvía veneno;
Y de su izquierda la palma
Asentando sobre el seno

Del Doctor, y adelantando
El puño diestro á sus ojos,
Uno en calma, otro temblando,
Dijéronse así, esplicando
Su impaciencia y sus enojos:

BARON. Me revienta el corazon
De ira, y me siento con gana
De ahogaros.

DOCTOR. —Tendreis razon
Si no le curo, baron;
Pero aguardad á mañana.

¡Mañana! exclamó el anciano
Moderándose: y del pecho
Del Doctor la osada mano
Quitó, como arrojo insano
Considerando tal hecho.

El Doctor, como si no
Hubiera visto y sentido
La mano que él retiró,
Sin darse por ofendido
Tranquiló le preguntó:

- DOCTOR. —¿Tiene el salon otra entrada
Por Don Cárlos no guardada
Que paso á él me pueda dar?
- BARON. —Sí; pero está condenada.
- DOCTOR. —Pues hacédmela franquear
Para mañana.
- BARON. Mas no
Podrá ser sin que él lo sienta:
A mas de que es obra lenta.
- DOCTOR. —Eso corre de mi cuenta,
Si no os enoja que yo
En el castillo me aloje
Por esta noche con vos.
- BARON. —No hay, Dr., porqué me enoje;
Obrad como se os antoje.
- DOCTOR. —Pues váime y vuelvo.
- BARON. Id con Dios.
Y aquí el médico volviendo
Las espaldas, echó á andar,
Y el baron quedó diciendo:
“¡Lléveme el diablo si entiendo
“Su manera de curar!”

VIII.

Cumplió el Doctor su promesa:
Apénas anocheecía
Cuando la cuesta subía.
De vuelta al verle el baron,
Mandó apriesa aderezarle
En una cámara antigua,
Y á la de su hijo contigua,
Provisoria habitacion.

Y ganoso de probarle
 Su deseo de obsequiarle
 Cortésmente á recibirle
 Hasta la puerta bajó.
 Tendióle al llegar la mano
 Que asió el Doctor francamente,
 Y guióle alegremente
 Al cuarto que le aprestó.

En posesion al ponerle
 De su aposento le dijo:
 Aquí estáis junto á mi hijo,
 Unica comodidad
 Que mi castillo os ofrece,
 Pues esta estancia sombría
 Os va á parecer tan fría
 Como mi hospitalidad.

Mas no en vano el tiempo pasa
 Por los hombres y las cosas,
 Doctor: ya empieza mi casa
 Como su amo á envejecer.
 Y si vos algun frasquillo
 No teneis que les remoce
 Van mi raza y mi castillo
 A un mismo tiempo á caer.

DOCTOR. Baron, yo en mis medicinas
 Tengo tanta confianza
 Que aun abrigo la esperanza
 De volver á levantar
 Castillo y familia á un tiempo;
 Pues como yo os cure al loco,
 Vais á ver dentro de poco
 Vuestra raza retoñar.

BARON. De vuestras palabras nunca
Penetrar puedo el misterio,
Doctor: mas hablais tan sério
Que será fuerza créer.

DOCTOR. Creed, baron, porque nunca
Mi fé engañó á mi esperanza;
Mas obremos sin tardanza
Que no hay tiempo que perder.
¿Qué es lo que bebe D. Carlos
Por las noches?

BARON. Agua y vino.

DOCTOR. ¿Los mezcla?

BARON. Suele mezclarlos,
Aunque no siempre.

DOCTOR. Decid
Que me traigan las botellas
Que contienen su bebida.

BARON. Mejor será que por ellas
Vaya yo mismo.

• DOCTOR. Pues id.

Partióse el baron apriesa
Y con los frascos volviendo
Púsolos sobre la mesa:
El médico derramó
En cada uno algunas gotas
De una esencia: revolvióles
Sacudiéndoles, miróles
Al trasluz, y continuó
Preguntando:

DOCTOR. ¿Y á qué hora
Se recoje?

BARON. Muy temprano.
Pues despierta con la aurora
Y trabaja sin cesar.

DOCTOR. Pues pongámosle estos líquidos

Donde los vea y los pruebe,
Y vamos, si de ellos bebe,
Recatados á espiar.

En el corredor pusieron
La mesa al loco, y se fueron
A ocultar: pronto le vieron
Salir: sentóse y cenó
Tranquilo: bebió del vino
Una copa, y de agua un vaso:
Volvió al salon paso á paso
Y por dentro se encerró.

Y dijo el médico: "Ahora
Cenemos tambien nosotros,
Baron: dentro de una hora
La puerta que dá detrás
Del salon á abrir irémos
Sin riesgo de que nos sienta,
Y luego...."

BARON.

¿Qué?

DOCTOR.

Por mi cuenta

Dejad correr lo demás.
Y se hizo lo que él dispuso:
Y quedó franca la entrada
De la puerta condenada;
Y en su estancia al penetrar
Vieron que el loco dormía
Con un sueño tan profundo
Que pudiera hundirse el mundo
Sin poderle despertar.

Entónces á recojerse
Envió á todos: despidióse
Del baron, y retiróse
A su aposento tambien:
Ocultó su luz, y abriendo
El balcon, desde su altura

Buscó donde en la llanura
Su pueblo y casa se ven.

La noche estaba serena
Y azul: la luna menguante
Colgaba su faro errante
De los cielos en mitad:
Y se veía el paisaje
Como á través de una gasa,
De su reflejo á la escasa,
Y plumiza claridad.

Allá á la boca del valle,
Donde la vega termina,
Abriendo al arroyo calle
Que nombre á su pueblo da,
Se ven sus primeras casas:
Y por detrás de una loma
La torre del templo asoma,
Que oculto tras ella está.

Más cerca, entre sus frutales,
De su casita blanquea
La fábrica, que campea
Sobre el traspuesto encinar,
Como la vela cuadrada
Que el pescador de Sorrento
Estiende llamando al viento
Sobre su azulado mar.

De su balcon apoyado
En el morisco antepecho
Pasó el Doctor largo trecho
En profunda distraccion,
Dejando gozar á solas
A su alma contemplativa

La nocturna perspectiva
Tendida ante su balcon.

Absorta su inteligencia
Por la divina influencia
De la invisible presencia
Del Dios que cuanto és creó,
Su exaltado pensamiento
Por ese vago elemento
Que nos vela el firmamento
Vagar perdido dejó.

¡Quién sabe si las memorias
Que en su recuerdo surgieron
En su corazon hicieron
Sus pesares revivir;
O si su alma, asomándose
Al dintel de lo futuro,
Se atribuló ante el oscuro
Abismo del porvenir!

Ello es que por sus megillas
En aquel punto rodaron
Dós lágrimas que marearon
Dos surcos sobre su tez:
Y el ambiente de la noche
Las devoró evaporándolas,
Mas tarde caer dejándolas
Hechas rocío tal vez.

Mas ¡quién las causas inquiere
De una lágrima arrancada
A un alma noble, exaltada
Por su solitaria fé?
¿Hay alguna alma sensible
Que crea, que espere ó ame,

Que á solas no la derrame
 Por lo que ama, espera ó cree?

Así el Doctor de sus ojos
 Dejó desprenderse aquellas,
 A la luz de las estrellas,
 Desde el árabe balcon
 Del castillo, contemplando
 La casita en que atesora
 Cuantos recuerdos adora
 Su insondable corazon.

Mas al secarlas el aire,
 Volviendo su pensamiento
 A bajar del firmamento,
 Volvió en la tierra á pensar;
 Miró á su casita blanca,
 Y en el balcon que caía
 De su cuarto se veía
 Perenne una luz brillar.

Contemplóla atentamente
 El Doctor por un instante,
 Y animóse su semblante
 Con la espresion del placer.
 "Allí está" dijo: y cerrándola,
 Puso trás de la vidriera
 La luz, porque desde fuera
 Mejor se alcanzára á ver.

Mas en el balcon apenas
 Brilló un punto su bugía
 Cuando la que enfrente ardia
 Despareció del cristal;
 Volvió á ocultarla, y volvieron
 A encender la de su casa,

Y tres veces respondieron
Con la misma á su señal.

Entonces, bien satisfecho
De que le habian comprendido,
Y de ser obedecido
Con la misma exactitud,
Acomodóse en su lecho,
Y matando su bugía,
Quedó el castillo hasta el dia
En tenebrosa quietud.

CAPITULO IV.

Iba á teñir el alba arrebolada
 Con luz de nácar y ópalo los montes,
 Con cuyas crestas mil Sierra-Nevada
 Cierra los pintorescos horizontes
 De la morisca vega de Granada
 Y antes de continuar será muy justo
 Que te advierta, lector, por si eres de esos
 Que en apurar las cosas tienen gusto,
 Y quieren que en los libros no haya nada
 Que su razon no tenga,
 Inklusos lo escéntricos escesos
 En que suelo dar yo, que soy el hombre
 A quien menos importa que en sus obras
 La razon por quintales se contenga,
 O entre en ellas por faltas ó por sobras,
 Y que me den ó no me den renombre,
 Como el lector con ellas se entretenga
 Y yo las venda bien; porque á fé mia
 Que cuando á mí la muerte como á todos
 Allá en la eternidad me precipite
 De lo que haga de mí y mí poesía
 La edad futura se me da un ardite;
 Pues no hay libro, ni autor, feo ó bonito.

Que por diversos modos
No tengan á la par por malo y bueno
La agena envidia ó el favor ageno,
Pero dejando aparte disgresiones
Que no tienen que ver con este escrito,
Vuelvo á entrar ¡oh lector! en mis razones
Y á mi presente historia me limito.
Justo será, repito,
Que sepas que la vega de Granada,
Bien ó mal, como supo, por mi pluma
En otros muchos versos celebrada,
En aqueste momento no la cito
Porque al presente libro me presuma
Que dé importancia, ó que valor añada,
Por añeja costumbre, ó por capricho,
Aunque no venga á cuento para nada,
Sino porque, aunque arriba no lo he dicho
Al comenzar mi historia,
La torre y el lugar innominados,
Y del Doctor la misteriosa casa,
Donde la escena de mi cuento pasa,
Segun la tradicion y la memoria
De los libros para ella consultados,
Al pié de la Alpujarra están situados,
En uno de los valles pintorescos
Que de esta hermosa sierra entre los riscos
Se abren en los balsámicos confines
De la costa feraz de Andalucía,
Que, triunfante rival de Berbería,
Se aduerme al son de los traidores mares
Que abrieron paso al africano un dia:
País aun hoy sembrado de alminares,
Alquerías, castillos y lugares,
Que blanquean en medio de jardines,
Y bosques alfombrados de jazmines,

De lirios y rosales siempre frescos,
 Y que aun guardan sus nombres pintorescos,
 Las tradiciones mil de los moriscos,
 Y la raza, costumbres y cantares
 De sus antiguos dueños berberiscos;
 Que aunque vencidos á Africa volvieron,
 El risueño país en que habitaron
 Con su genio oriental pœtizaron
 Y de recuerdos mágicos le hincheron.
 Por eso, al empezar este capítulo,
 Que ha de ser el mejor por solo el título
 Del último, y por ser el que se encarga
 De llevar á su fin en esta hora
 Esta leyenda soñolienta y larga,
 Cristiana por mitad, por mitad mora
 (Lo cual si no le pone entre los buenos
 Le da opcion al *accèsit* cuando menos):
 Por eso, digo, cuando en él la aurora
 Comienza á despuntar, no es una picia
 Esta declaracion no hecha hasta ahora
 De que salía el sol sobre Granada:
 Y tu estrañez, lector, fuera fundada,
 Y tuvieras muchísima justicia
 Para llamarla intempestiva y necia,
 Si el sol que este capítulo colora
 Saliera por Pekin, ó por Bassora,
 O por Sebastopol, ó por Venecia.
 Pero pudiendo yo situar mi cuento
 En donde mas á cuento me viniere,
 En su derecho está, si mal no siento,
 Cuando á su escena mi capricho quiere
 Al pié de la Alpujarra dar asiento;
 Así que, cuando dije que salía
 El sol sobre las costas donde muere
 La ola del mar que nace en Berbería,

Lo dije porque el cuento lo requiere:
 Y aun cuando tan á cuento no viniere,
 Lo mismo que lo digo lo diria;
 Porque á mas que esta clase de leyendas,
 Cuyo género á luz dí yo algun dia
 Tienen la preciosísima ventaja
 De admitir todo estilo y todo invento,
 Y que ninguno su valor rebaja
 Como esté cultivado con talento,
 Quiero, lector carísimo, que entiendas
 Que siendo yo quien mi leyenda cuento,
 Aunque razon mas óbvia no tuviera,
 Tengo yo por razon muy soberana
 La de querer contarla á mi manera,
 Y como á mí mejor me dé la gana;
 Siquiera me lo tachen de mal modo,
 Y estilo y gusto bárbaro y perverso,
 Cuantas reglas acata el mundo todo,
 Y cuantos sabios cuenta el universo;
 Porque en obras de gusto y de capricho,
 Que traen solo placer y no provecho,
 Todo se puede hacer, si está bien hecho,
 Y se puede decir, si está bien dicho.
 Conque ténlo, lector, en la memoria,
 Y vamos adelante con mi historia.

Iba á teñir el alba arrebolada
 Con luz de nácar y ópalo los montes,
 Con cuyas crestas mil Sierra-Nevada
 Cierra los pintorescos horizontes
 De la morisca vega de Granada,
 Cuando el Doctor, abandonando el lecho,
 Vistióse diligente
 Y al árabe balcon se fué derecho:
 De codos se apoyó en el antepecho
 Y se puso á mirar atentamente

Su casa, que á lo lejos se divisa
A la luz del crépúsculo indecisa.

Del castillejo del baron en frente,
Y á la boca del valle alpujarreño,
Su casita gentil ve que blanquea
A través del vapor turbio y calino,
Que al soplo del ambiente matutino
Resistiendo pesado lentamente
Para arrancarse de la tierra ondea
Entre su móvil velo cristalino,
Como un beodo que al romper el sueño
En que le hundió la pesadez del vino
No puede despertarse de repente,
Y por mas que procura
El sopor sacudir de su beleño,
Vacila y bambolea
Antes de ser de sus sentidos dueño.
Poco á poco la trémula cortina
De vaporosa y pálida neblina,
Que de la tierra sobre la haz posada
Flotando se mantiene, resistiendo
A la brisa del alba perfumada,
Su masa de vapores oponiendo
A su luz purpurina,
Comenzó á enrarecerse á la influencia
Del sol, del horizonte enrojecido
Ya próximo á saltar, y fué cediendo
De la brisa creciente á la violencia,
Con la vuelta del sol fortalecida.
Se dilató, osciló, cedió arrancándose
De la falda del monte, y desprendida
De la tierra una vez, conforme sube,
En la atmósfera limpia disipándose
Se perdió entre las orlas de una nube:
Y libre al fin de su flotante gasa,

Apareció del médico á los ojos,
Del sol naciente á los fulgores rojos,
Entre los verdes árboles, su casa.
Contemplóla el Doctor un breve instante,
Fresca, sencilla, alegre, blanca y bella,
Destacarse en la falda del collado,
A un corderillo blanco semejante
Tendido entre los céspedes del prado.
Contemplóla tenaz, como un amante
La mansion donde está su objeto amado,
Esperando tal vez ver su semblante
Por ventana ó balcon inesperado
Parecer y ponérsele delante.
Contemplóla el Doctor no corto trecho
En sus recuerdos hondos embebido,
Silencioso, sereno y distraído:
Mas brotó de repente allá en su pecho
Un recelo tal vez en él dormido,
Y tan sola y pacífica al mirarla
Comenzó con afan á contemplarla:
Y su ojo penetrante
De su pupila inmoble y dilatada
Luz de impaciencia á su pesar destella,
Profundizar ansiando dentro de ella
Por su quietud y soledad turbada;
Pues de ella inquieto aguarda
Ver alguno salir que en salir tarda.
Y ya la faz, del corazon espejo,
La luz de su impaciencia reflejaba,
Y empezaba á fruncir el entrecejo,
Y á contraer los labios comenzaba,
Cuando su casa, de repente abierta,
Vió que salir dejaba por su puerta
Varias personas, cuya forma impide
Distinguir la distancia y el reflejo

De la luz esplendente que las hiere,
 Y que al darlas de lleno contribuye
 A cambiar sus contornos, que aunque quiere
 Determinar la vista no los mide
 Ni les aprecia bien; pues la influencia
 Del exceso de luz y la distancia
 Les dan una fantástica apariencia;
 Y su forma real turba y destruye
 La ilusion que con trémula inconstancia
 La alumbra á su capricho, y la avecina
 O la aleja, la aumenta ó disminuye
 Siempre; pero jamás la determina.

Mantúvose el Doctor al antepecho
 Pegado del balcon, los que salian
 De su casa mirando, y en acecho
 De quienes fuesen, aunque no podian
 Reconocerse bien á tanto trecho.
 Más fuéronse los que eran acercando,
 Y su forma se fué determinando;
 De modo que al llegar del montecillo
 En que el castillo se alza á la ladera,
 Que eran comenzó á ver distintamente
 Dos criados á pié y una litera,
 Que suben lentamente
 Por la empinada senda del castillo.
 Dejóles el Doctor que se acercaran
 Y su presencia en el balcon notaran;
 Y entonces el Doctor por un pasillo
 Escusado tomando la escalera
 Bajó al zaguan y levantó el rastrillo,
 Que aunque ya no se echaba por el dia
 Se bajaba de noche todavía.
 Nuestro viejo baron, que nunca pudo
 Comprender que ningun hombre sesudo,
 Cuanto menos un noble castellano,

Pudiera ni en invierno, ni en verano,
Por el solo placer de ver la aurora
Levantarse temprano,
Cosa en que nunca halló ningun provecho,
Estaba en esta hora
Del sueño en lo mejor allá en su lecho.
Y como por do quiera se aprovecha
La baja y perezosa servidumbre
De los defectos que en su amo acecha,
Y la guarida oculta de sus vicios
De sus señores con los vicios techa,
La del baron, tomando su costumbre,
Viéndose en la mansion de un perezoso,
Cuando se echa en los brazos del reposo
Como el baron á la bartola se echa.
Así que á tales horas toda inerme
La servidumbre del castillo duerme;
De modo que el Doctor abrió el postigo,
Dió á aquella gente en el castillo entrada,
Y á su aposento la llevó consigo,
Y la dejó en su cámara encerrada,
Sin hallar de su paso ni un testigo,
Y sin que nadie apercibiera nada.
Y si hubiera tenido tal empeño
Del castillo el Doctor se hiciera dueño.
Mas es muy otra su intencion sin duda,
Y no vienen tal gente y tal litera
En tan villana accion á darle ayuda;
Pues una hora despues, saliendo solo
De su cuarto el Doctor, y en él cerrados
Dejando su litera y sus criados,
Mostró muy bien que no era
Capaz su alma de tan negro dolo,
Del baron á la gente despertando,
Con voz y accion de autoridad y mando

Rompiendo la pereza de costumbre
 De aquella perezosa servidumbre.
 Saltaban los domésticos del lecho
 A la voz del Doctor, que ante él derecho
 Les afeó su vergonzoso vicio:
 Y cuando estuvo ya bien satisfecho
 De que iba cada cual á hacer su oficio,
 Y que en muy breve espacio iba á ser hecho,
 Por él pedido, el matinal servicio,
 Yendo á la habitacion del castellano
 Llamó atento á su puerta con la mano
 Y así le dijo, con acento amigo
 Y cortés, sí, pero con voz sonora:
 “Vamos, baron, arriba: que ya es hora.”
 El buen anciano, que al sabroso abrigo
 De sus calientes sábanas dormía,
 Despertóse á su voz sobresaltado,
 Sin comprender muy bien qué sucedía:
 El interrumpido á ser no acostumbrado
 Hasta que bien entrado estaba el día.
 Dijo: ¿Quién diablos es tan de mañana?
 Y el Doctor de la puerta al otro lado
 Dijo: “Yo soy, baron: vestíos presto,
 Que todo está dispuesto.”
 Al conocer su voz, la blanda lana
 Abandonando del mullido lecho
 De malísima gana,
 De la puerta á través por un estrecho
 Resquicio el buen baron de esta manera
 Habló con el Doctor, que estaba afuera.
 BARON.—¿Qué sucede, Doctor?
 DOCT.—Que ya os espero
 Para dar á Don Carlos el postrero
 Remedio: y fio en Dios que será sano.
 BARON.—¿Pues qué hora es?

DOCT. —Las siete.

BARON. —Qué temprano!

DOCT.—Tengo mucho que hacer y he de partirme:
Conque abreviad, baron.

BARON. —Voy á vestirme.

DOCT.—Pues á la puerta del salon aguardo.

BARON.—Allá voy.

DOCT. —No os tardeis.

BARON. —Id, no me tardo:

Dijeron; y el Doctor á paso lento

Fué á esperar del loco al aposento.

Entretanto el baron con mucha priesa

Se comenzó á vestir: mas como en caso

Tal suele acontecer que en priesa ó fuga

Todo se traba, todo se atraviesa,

Y no puede á derechas darse un paso,

Así el pobre baron por despacharse

Ni prenda, ni útil á las manos halla;

Lavóse; mas el rostro al enjugarse

No encuentra la tohalla,

Y al cabo con la sábana se seca;

Se apura mas, y cuanto mas se afana

Todo lo hace al revés y lo trabuca:

Busca medias de raya y son de greca,

Y las que créé de seda son de lana;

Cálzase, y los zapatos de pié trueca;

Va con ira á patear y en vago pisa

Y por poco un tobillo no se enchueca:

Pónese con la prisa

Antes que la camisa la peluca,

De modo que al ponerse la camisa

El mechon del tupé plantó en la nuca.

Desespérase, rabia, y con la ira

Todo lo toma mal, todo lo tira;

Equivoca los broches del justillo,

Rasga el jubon y la valona arruga;
 Pero, resuelto de cualquier manera
 A acabar de una vez, ya solo mira
 A que aguarda el Doctor y echóse fuera
 De su aposento al fin: por el pasillo
 Lánzase á paso que parece fuga,
 Y cruzando sin tiento su castillo
 Va diciendo de cólera amarillo:
 “¡Demonio de Doctor! ¡Cómo madruga!”

II.

Pero dejemos tan trivial estilo,
 Soportable no mas por un momento:
 Obrar dejemos al baron tranquilo
 Segun su educacion y su talento:
 Y reanudemos el dorado hilo
 Que enlaza las figuras de mi cuento
 Con su historia gentil; porque es materia
 Que merece en verdad conclusion seria.

III.

Lejos ya de su oriente el sol cruzaba
 El firmamento azul de Andalucía,
 Y á su suelo poético auguraba
 Limpio, templado y apacible dia:
 Y ya su luz espléndida doraba
 Los arcos de la abierta galería
 Donde espera el baron, aun soñoliento,
 A que vuelva el Doctor de su aposento.

La mesa del almuerzo preparada
Tiene ante sí; mas fastidiado ahora
De esperar, la cabeza reclinada
Tiene en la mesa, cuyo centro dora
El sol con solo un rayo; luz cortada
En cuádruple losange por la mora.
Labor de la estaláctica techumbre
De la masa total de la áurea lumbre.

Sobre el agua y cristal de una botella
Este rayo de luz va á caer perdido,
Y un iris circular en torno de ella
Traza descomponiéndose: teñido
En sus siete colores los destella
Sobre la plata y el metal bruñido
De la bajilla, que, en reflejos rica,
En derredor los quiebra y multiplica.

Y este fulgor, multiplíce en reflejos,
Que brota de la mesa, y la circunda
Cual si le produjeran mil espejos,
De estraño resplandor la estancia inunda:
Y al sol opuesto, y de su foco lejos,
No parece su luz del sol oriunda,
Sino que nace á iluminar dispuesta
Alguna estraña y misteriosa fiesta.

¿Quién sabe? Hé aquí que procurando el ruido
Cáuto evitar apareció en la puerta
Del salon el Doctor, sin que sentido
Fuera por el baron, que no está alerta:
Antes, de pechos en la mesa, hundido
El rostro entre los brazos, mal acierta
El médico á entender si es que medita
Hondamente el baron, ó si dormita.

Volvióse pues, con él cuenta no haciendo,
 Y abrió de par en par: y levantando
 La cabeza el baron, y al Doctor viendo,
 Fuése hácia él la mesa abandonando;
 Mas estraños tras él apercibiendo
 Preguntó en alta voz: "¿Qué está pasando?"
 Y en la boca el Doctor poniendo un dedo
 Respondió: "A verlo vais; pero hablad quedo."

Entonces los que á pié con la litera
 Al castillo escoltándola subieron,
 Dos Industánis que poseen entera
 La confianza del Doctor, salieron
 Tras él, á brazo del salon afuera
 A Don Cárlos sacando, á quien pusieron
 Tendido en un sofá que prepararon,
 Y cerca de la mesa colocaron.

Con leve movimiento de cabeza
 Su servicio el Doctor agradecióles,
 Y en el dintel de la desiérta pieza
 En su lengua oriental órdenes dióles,
 Con digna autoridad, mas sin fiereza:
 Ellos dijeron: "Bien", y él despidióles,
 Y mientras él la puerta les cerraba
 Atónito el baron lo contemplaba.

Solos al fin los dos, el Doctor, que ase
 De su sillón, que ante el sofá coloca,
 Hizo seña al baron que le imitase;
 Obedeció sin desplegar la boca,
 Del Doctor la conducta haciendo base
 De la suya: y aquel, que el pulso toca
 De Don Cárlos, su faz miró buen rato
 Y aplicóle un espíritu al olfato.

Invadieron sus átomos vitales
 El cerebro del mozo: á su presencia
 Se tendieron sus fibras cerebrales
 Cediendo á su benéfica influencia;
 Dió tension á sus órganos nasales
 Una ancha aspiracion, y él de existencia
 Señal con un suspiro profundísimo,
 Al cual unió su voz un ¡ay! dulcísimo.

Luego asomó á sus labios una errante
 Y halagüeña sonrisa: un carmin puro
 Coloró su pacífico semblante;
 Y roto al fin del sueño el velo oscuro
 Los párpados pesados un instante
 Levantando, la luz miró inseguro:
 Pero de esfuerzo tal como cansado
 Volvió á cerrarlos, y á caer postrado.

Entonces el Doctor volvió á hacer uso
 De su vital espíritu, y con tiento
 Otra vez al olfato se le puso;
 Aquella el mozo despertó al momento:
 De lo que habia en su redor se impuso
 Con rápida mirada, y movimiento
 Recobrando y vigor incorporóse
 Solo, y tranquilo en el sofá sentóse.

Quedaron contemplándose un instante
 Los tres: el buen Doctor se sonreía
 Con el loco, mirándole al semblante,
 Y él sonreír atento le veía;
 Contemplábales á ambos vacilante
 El padre entre el afan y la alegría,
 Y dueño ya de la impresion primera
 Rempió á hablar el Doctor de esta manera:

IV.

EL DOCTOR.—EL BARON.—DON CARLOS.

Doc.—El sueño os ha vencido esta mañana.

D. CAR.—Es verdad.

Doc. —Que durmiérais os dejamos

Porque ¡Dormiais tan tranquilo

D. CAR. —¿Qué hora

Es?

Doc. Las nueve; tiempo ha que os aguardamos

Para desayunarnos: ¡teneis gana?

D. CAR.—No.

Doc.—No importa; debéis hacerlo ahora,

Porque es preciso alimentarse.

D. CAR.

—Vamos.

Doc.—Sentaos á mi lado y hablaremos.

¡Os molesta el hablar?

D. CAR.

—No.

Doc.

—Pues hablemos.

¡Como está la cabeza?

D. CAR.

—Un poco vana

La siento.

Doc. —¿Así como si fuera hueca?

D. CAR.—Sí:

Doc.—¿Con dolor ligero en los oídos?

D. CAR.—Sí.

Doc.—¿Calor en la piel? ¿La boca seca?

D. CAR.—Sí.

Doc.—¿Y la memoria?

- D. CAR. —Creo que la pierdo
A veces: otras veces se me trueca
Y andan mis pensamientos confundidos.
Doc.—¡Quiénes somos?
- D. CAR. —No sé: desconocidos
Creo que no me sois; mas no me acuerdo.
Doc.—¡Sentís hácia nosotros simpatía?
- D. CAR.—Sí.
Doc.—¡Por qué?
- D. CAR.—Porque estais siempre á mi lado,
Me dais conversacion y compañía,
Me sonreís, me entreteneis, y cuentos
Me contais que..... no sé que es lo que tienen
Que me traen sus historias pensamientos
Que á solas en el mio van y vienen
Como sueños de amor.
- Doc. —Habeis soñado?
- D. CAR.—Mucho.
Doc. —¡Qué?
- D. CAR. —No lo sé: yo me mecia
Como se mece en el ambiente un ave
Noble... el condor... la garza... como un dia,
No sé euando, ni donde, ví una nave
Mecerse dulcemente en la bahía.
- Doc.—En Nápoles.
D. CAR. —Tal vez.
Doc. —Allí.
D. CAR. —¡Quién sabe!
- Doc.—Yo lo sé: aquella nave era la mia:
Una hermosa galera.
D. CAR. —¡Muy hermosa!
Doc.—Y que se llama la galera Rosa.
D. CAR.—¡Rosa!
Doc.—Sí. ¡Qué hay en eso que os asombre?
D. CAR.—Nada: mas ese nombre no creía

Yo que de nave alguna fuera nombre.

Doc.—Pues ese el nombre de mi nao era;

En ella vine yo de Alejandría:

La nao mas gallarda y mas velera

Que fué á anclar en los puertos del Oriente;

Cuya historia gentil, si se escribiera,

Por fantástico cuento

De los libros de Oriente se tuviera.

D. CAR.—Contádmela.

Doc.—Os va á ser impertinente

Su narracion.

D. CAR.—¿Porqué?

Doc.—Porque es difusa.

D. CAR.—No importa.

Doc.—Es complicada; es muy confusa.

D. CAR.—No importa.

Doc.— En fin, si os empeñais... consiento

En ello: atended pues.

D. CAR.—Estoy atento.

DR.—Hubo una vez un hombre muy estraño,

Que empezando á estudiar desde muy niño

Cobró á las ciencias especial cariño:

Mas á su siglo y sociedad uraño

Se hizo, porque al sondar su falso aliño

Tras uno y otro amargo desengaño,

Concluyó por juzgarles de otro modo

De como les juzgaba el mundo todo.

De ingenio claro, de carácter vivo,

Desde su adolescencia reflexivo,

Y á su edad juvenil mas serio y grave

De lo que en años tan pueriles cabe,

Afanoso emprendió, dominó activo

Aquellos fastidiosos rudimentos,

Necesarios preludios,

Precisos elementos

De todos los estudios:
 Mas que una vez vencidos facilitan
 La árdua ascension hácia el saber, producen
 Aficion al estudio y habilitan
 Para la comprension la inteligencia,
 La alumbran, robustecen y ejercitan,
 Y abren por fin las sendas que conducen
 Al luminoso templo de la ciencia.
 Con su instruccion precoz y mente sana
 Llegò, pues, á ser hombre antes de tiempo;
 Su posicion social, su cortesana
 Urbanidad, su porte, su familia,
 Su riqueza y carácter, cuanto ausilia
 Para entrar en el mundo á un mozo imberbe,
 Abrió á sus pasos en edad temprana
 Las puertas de ese mundo tumultuoso
 Que se apellida sociedad humana;
 Golfo azul y engañoso
 Bajo cuya haz encantadora hierven
 La dicha, el duelo, la virtud, el vicio,
 El mal, el bien, la fé, la inepeia, el crimen:
 Dó fermentan en fin como en un horno
 Cuantas miserias al mortal oprimen,
 Desde el alma honradez hasta el soborno,
 Desde la cobardía al heroísmo,
 Desde el pródigo lujo de los reyes
 De la mendicidad hasta el cinismo,
 Desde la caridad al egoísmo,
 Desde la estupidez de los villanos
 A la ferocidad de sus tiranos.
 Entró en el mundo con su fé evangélica,
 Su vírgen corazon, su recto juicio:
 El mundo alegre le acogió propicio,
 Y fascinó un momento su alma angélica.
 Abandonóse un punto á la corriente

Social: negoció, amó, trabó amistades,
Fué leal, y vendido bajamente,
Y escarmentó. y del trato de la gente,
Y de la tradicion de las edades
Pasadas, y su historia, pronto supo
Estraer su razon inteligente
De entre las ilusiones las verdades.
¡Tacto tan fino en su criterio cupo!
Halló que el mundo sin placer vivia
Creándose sin fin necesidades,
Ahogando sus quejidos de agonía
Con escétricos himnos de alegría;
Llamando á mil mentiras y á mil males
Conveniencias sociales;
Dado en sustituir en mil maneras
Al bien y á las virtudes verdaderas
Un bien y una virtud convencionales;
De modo que en lugar del paraíso
Que pudo hacer de la fecunda tierra
Que darle Dios por patrimonio quiso,
Vió que el hombre social hizo un infierno
Donde vivir en sempiterna guerra,
Dando á su corazon tormento eterno.
Vió que allí la doblez, la hipocresía,
La usura, la ambicion y la falacia,
Se llamaban talento, cortesía,
Comercio, patriotismo y diplomacia.
En lugar de la fé vió al fanatismo,
Al favor en lugar de la justicia,
Presas la ingenuidad de la malicia
Y la fraternidad del egoísmo;
Y hallando que sus vicios en su seno
Tiene la sociedad tan arraigados
Que es imposible hacerla separados
Ver de una vez lo malo de lo bueno,

Con disgusto profundo
Abandonó la sociedad y el mundo;
Mas teniendo á los hombres por hermanos,
Y queriendo ser útil á su raza,
Que para ser feliz no se da traza,
Determinó adquirir cuantos humanos
Conocimientos abarcar pudiera,
Y en pró de aquella sociedad demente,
De aquella loca é insensata gente
En lo futuro emplear siquiera
Su alma caritativa
Con virtud evangélica y fé viva:
Y volvió á sus estudios, decidido
A emplear filantrópico su ciencia
En mejorar del hombre la ecsistencia,
El santo fin para que fué nacido
Cumpliendo cual lo entiende su conciencia.
De todos los maestros á las cátedras
Asistió con afan: con gran provecho
Las universidades
Cursó; se hizq en sus áulas conocido:
En teologia, en artes, en derecho
Discutió, ganó premios, y aplaudido
En todas las escuelas
Bogó por suerte rápida impelido
Por el mar de la fama á todas velas.
Mas cuando vió llegar sus opiniones
A ser autoridades,
Cuando midió su ciencia con razones,
Las varias facultades
En que se doctoró le parecieron
Llenas de rutinarias bagatelas,
De inútiles ó locas nimiedades,
En cuya espesa red las envolvieron
Los que en vez de estudiarlas en conciencia,

Y en lugar de alumbrar de las edades
 Futuras con su luz la inteligencia,
 Con sutilezas mil las embrollaron.
 Vió que los ergotistas en abismo
 Impenetrable y lóbrego tornaron
 La sencillez sublime de la ciencia,
 Con un intolerable pedantismo
 Llenándola de enormes comentarios;
 Y con argucias mil y corolarios
 Inútiles, y fárrago fraileesco,
 Falseando los principios y la esencia
 De la jurisprudencia,
 Y los de la divina teología,
 Los de la medicina y la farmacia,
 Y la filosofía,
 Hicieron de la ley un laberinto;
 De la ciencia de Dios una fé impía;
 De caer en las manos de algun médico
 La mas fatal desgracia;
 De la farmacia un tiesto enciclopédico
 De todas las ponzoñas y brevajes
 Dañosos; de la ciencia filosófica
 Un campo de argumentos y cuestiones
 En el cual se llevaban la victoria,
 No la simple verdad, no las razones,
 No el sentido comun, no la oratoria,
 Sino la sutileza y la memoria,
 La audacia y el vigor de los pulmones.
 El, que no concibió que siempre inútiles
 Debieran ser las ciencias, entregadas
 A cuestiones tan sándias ó tan fútiles,
 Ni del sabio las fuerzas empleadas
 En probar con argucia falsos temas,
 Y en sostener quiméricos sistemas,
 Empezó á interponer su recto juicio

Como un antemural á sus errores,
Cual valla ante el abierto precipicio,
Y cual freno al furor de los doctores;
Pero á los pocos dias
De enunciar sus sencillas teorías
Volviéronse contra él todos los sabios,
Cayó sobre él diluvio de cuestiones:
Y no hallando sus aulas y sus labios
Suficientes á dar tantas respuestas
A tantas lenguas á la suya opuestas,
Porque de su valor no se presume
Que cede, ó que le faltan las razones,
Para evitar tumulto y discusiones
Ató la lengua y desató la pluma.
Abandonó deber y obligaciones,
Encomendó su hacienda á su familia,
Y encerrado entre libros y centones
Leyó, estudió, indagó, puso en el peso
De la ecsacta razon las objeciones
Que le hicieron y en fin hilóse el soso
En perpétua vigilia
Analizando escritos á montones,
Hasta que del estudio en el esceso,
Y en el afan de sostener la lucha
En pró de su razon, su fé y su fama,
La carga grave, y su salud no mucha,
La apoplegía le postró en la cama.
No hay en la ciencia humana, aunque radique
En la esperiencia y conviccion mas puras,
Razon que mas á fondo modifique
La del hombre, que cambie y rectifique
De vez sus opiniones mas seguras,
Como una enfermedad. Allá en su lecho,
En sus noches de insomnio, en ese estado
De postracion que queda tras la fiebre,

Suele, de tiempo viéndose sobrado,
 Registrar los rincones de su pecho
 El enfermo á sus solas, sin cuidado
 De que el torzal de sus ideas quiebre,
 Ni en la opinion de su conciencia influya,
 Ni sus buenos propósitos destruya,
 El mezquino interés no satisfecho,
 La no saciada sed de las pasiones,
 O el engaño de locas ilusiones.

Y ¡cuántos sábios de opinion cambiaron,
 Y su modo de ver rectificaron,
 Tan solo con dejar que les arguya
 Su conciencia en el tiempo que pasaron
 En una enfermedad! Tuvo en la suya
 El Doctor de mi cuento tiempo largo
 Para juzgar su posicion á solas;
 Y aunque se le hizo de tragar amargo,
 Y fluctuó mucho tiempo entre las olas
 Del mar de su amor propio, al fin, vencido
 Por la fria razon, se hizo este cargo:

“Yo no podré, por mas que invente modos,

“Oponer mi razon á la de todos.

“No he de poder en mi existencia breve

“Profesar á la vez todas las ciencias,

“Ni reformar el mundo. El hombre debe

“Profesar una sola, y que se cebe

“Dejar á su talento en ella solo;

“En ella procurar ser eminente,

“Y estenderla con fé de polo á polo;

“Y ser útil con ella,

“Si á su centuria nó (porque atropella

“Al que intenta oponerse á su corriente)

“A los que busquen del saber la huella

“De la pasada edad en la siguiente.

“Disputar contra todos será bravo;

“Mas aunque sean por mí todos vencidos,
 “Y me los traiga atados por los codos,
 “Ni habré hecho mas que disputar al cabo,
 “Ni pasaré de ser un buscaruidos;
 “Mi ciencia será inútil para todos,
 “Y solo me tendrán mis semejantes
 “Por uno mas de tantos disputantés.
 “De tantas controversias ¿qué he sacado?
 “La cabeza caliente y los piés frios.
 “Doy que he triunfado: ¿con los triunfos mie s
 “La sociedad humana ¿que ha ganado?
 “Reirse en nuestras barbas de nosotros,
 “Creyendo al de mas voz y de mas brios
 “Con la mejor razon: por de contado
 “Sin comprender la de unos ni lá de otros.
 „Dejemos pues de discutir: la clave
 “De la ciencia y virtud de los cristianos
 “Es que con lo que puede y lo que sabe
 “Sea útil cada cual á sus hermanos.”

Y este cálculo sabio á tiempo hecho
 Determinóse á profesar la ciencia
 Que mas útil creyó al género humano:
 Y conceptuando la de mas provecho
 La de la medicina, su existencia
 Decidió consagrarle cuando sano
 Pudiera al fin abandonar el lecho.
 Sanó; y le consagró su vida entera:
 Y lleno del desprecio mas profundo
 Por todos los sofistas de su era
 Juró no discutir aunque viviera
 Un dia mas que en el mundo:
 Y con el noble afan de hacer del hombre
 De todas condiciones y parajes
 Un estudio profundo y verdadero
 Se propuso correr el mundo entero,

Y atesorar el fruto de sus viajes,
 Visitó pues las cortes de la Europa,
 Y las tribus del Africa salvajes,
 La América; y con suerte viento en popa
 Acumulando ciencia y experiencia
 Se encaminó al Oriente,
 Cuna del hombre: enriqueció su ciencia
 Tratando con honor la medicina
 En Siria, en el Egipto, en Palestina:
 Y despues de vivir con opulencia,
 Descansando en Alepo algunos meses,
 Salió en union de una familia indiana,
 Que él mismo convirtió á la fé cristiana,
 Con direccion á la India, donde ha dias
 Recogen los audaces portugueses
 Gran cosecha de gloria y de intereses,
 Sembrándola de sangre y de falsías.
 Llegó á Byr, embarcóse en el Eufrátes,
 Bajó á Bagdad, que es la Babel de ahora,
 Descendió por el Tigris á Bassora,
 Detúvose en Ormuz, que es el mercado
 Mas rico del Oriente; fué las perlas
 De mayor magnitud, y mas quilates
 Que joyeros jamás han apreciado,
 A pescar en Bahrain, donde el cogerlas
 Tantas vidas de buzos ha costado,
 Logrando al fin desembarcar en Gõa,
 Hoy llave del tesoro de Lisbõa.
 Allí tenia ya la ley de Cristo
 Estendidas raíces: la memoria
 De Francisco Javier embalsamaba
 Aquella rica costa, do bien quisto
 Era el cristiano que á su eden llegaba.
 La santa cruz, el lábaro cristiano,
 Se alzaba allí como pendon de gloria,

Sellando la victoria
 La audacia y la piedad del lusitano.
 Gõa era del comercio y la fé centro;
 Pero el tenaz doctor de mi leyenda,
 Ganoso de otros triunfos, fué su tienda
 Plantando cada noche mas adentro
 De esas tierras espléndidas y estrañas,
 De suelo ardiente y áureas entrañas:
 Y curando al enfermo, y consolando
 Al triste, y amparando al desvalido,
 La luz del Evangelio propagando,
 Un paso cada dia fué avanzando
 Dentro de aquel país desconocido.

Y sucedió que un rey de una comarca
 Llamada Arungábad, que en sus fronteras
 Un opulento territorio abarca
 Del Golfo de Cambay á las riberas,
 Tenia á su país de afliccion lleno
 Porque de tiempo atrás adolecia
 De enfermedad que le causó un veneno
 Que por irreflexion tragado habia.
 Y este rey, Idalkan, el cual era hombre
 De ley tan justa y corazon tan bueno
 Como sonoro y bárbaro su nombre,
 Oyendo de aquel médico extranjero
 Hablar como de un ser maravilloso
 (Porque es muy hiperbólico, ampuloso
 Y enfático el hablar del pueblo indiano)
 Quiso ver por sí mismo el soberano
 Si era el hablar del vulgo verdadero,
 Y si el doctor de quien hablar oía
 Tanto bien, de su mal le curaría.
 Al enunciar deseo semejante
 Salió á buscarle un cortesano: hallóle
 Y á la presencia de Idalkan le trajo.

El monarca, al hallársele delante,
Con sonrisa benévola acogióle,
Serenó humor y plácido semblante.
El doctor conoció que su futura
Suerte iba á depender de aquel instante,
Y fué con diplomática mesura,
Con la mayor dulzura,
De su mal los detalles preguntándole;
Y el buen rey Idalkan iba explicándole
Sus síntomas, sus causas, sus períodos:
Y el atento doctor se iba de todos
Haciendo cargo, y esperanzas dándole.
Y arreglóse tan bien que en la primera
Consulta sin trabajo
La simpatía de Idalkan se atrajo;
Y el rey se pagó de él de tal manera
Que aposento en su alcázar ofrecióle
Mientras durara de su mal la cura;
Y el doctor aceptó; y el rey tratóle
Con liberal y espléndido agasajo;
Y el sincero doctor por cuantos medios
Pudo idear solícito cuidóle;
Y á fuerza de cuidado y de remedios
Del veneno los gérmenes le estrajo.
El rey sanó por fin, y cuando un día
Oficialmente el médico lo dijo
A la corte y al pueblo la alegría
Fué universal: y el pueblo, que quería
Bien á su rey, al médico bendijo.
Entonces Idalkan, en cuyo pecho
Se germinó, con el afan prolijo
Del médico por él, una sincera
Amistad, que á su trato se habia hecho,
Y que sintió que necesaria le era
La amistad del Doctor mas cada día,

Mas grata cada vez su compañía,
Se empeñó en detenerle al lado suyo
Y le hizo las mas pródigas ofertas
Para ganar su voluntad: y ciertas
Debieron de salir, segun arguyo,
Porque el Doctor las aceptó; y las puertas
Del alcázar á abrirse ante las plantas
Del Doctor para irse no volvieron,
Ni hacía él por el monarca se infringieron
De la hospitalidad las leyes santas.
Quedóse pues el médico contento
De Arungabad en el palacio indiano,
Y debió de tener algun intento
Secreto tal favor del soberano
Para aceptar así; porque yo siento
Que fuera pensamiento muy villano,
Y hacer á su carácter injusticia,
Pensar que se quedara por codicia.
Ello es que se quedó: y en el palacio
Del buen rey Idalkan establecido
De él no se separaba ni un momento:
Y como el rey le estaba agradecido,
Y tenia alta idea de su ciencia,
Y para hablar con él sobrado espacio,
Comenzó mi Doctor con mucho tiento
Mano á poner á su secreto intento.
Primero unas palabras fué soltando;
Despues estableció proposiciones;
Con ejemplos despues las fué afirmando;
Mas tarde fué leyendas, tradiciones,
Historias y parábolas narrando:
Bíblicas y evangélicas lecciones
Se arriesgó al fin á hacer, con el objeto
De ir minando su espíritu en secreto.
El rey á sus palabras prestó oído,

Al principio por pura deferencia.
 A sus proposiciones sorprendido,
 A sus historias ya con complacencia;
 Al fin su mismo espíritu atraído
 Las pedía; y entonces dulcemente
 Iba el sagaz Doctor con gran paciencia,
 Con interés y método prudente,
 Inculcando en su alma la creencia
 De la cristiana fé, que siempre ha ido
 Recta á alumbrar la sana inteligencia,
 Y á hablar al corazon y al buen sentido.
 Y al fin de mucho tiempo y muchos dias
 De afanes, Idalkan, el rey Indiano,
 Renegando por fin de las impías
 Creencias de su fé, se hizo cristiano;
 Y el médico por fin logró el objeto
 Que con cristiano afán labró en secreto.

Sus pueblos, que á su vez al rey amaban
 Por su justicia y corazon benigno,
 Y que el saber del médico juzgaban
 Por el bien que les hace de fé digno,
 Imitaron al rey. A su demanda
 Envió al punto de Gôa misioneros
 La asociacion de *fide propaganda*,
 Y á su predicacion pueblos enteros
 De Marabuts y Brackmas energúmenos
 Desengañados de su fé nefanda
 Pidieron la pelliz de catecúmenos.

Y hé aquí como el Doctor, por raro modo,
 Los caminos por Dios encontró abiertos
 Para elevar su ciencia á grande estado,
 Para franquear el cielo á un pueblo todo,
 Y á nuestra Europa comercial sus puertos,
 Dó nunca su marina habia fondeado:

Pues cuando el bien el hombre se propone
Dios todo para el bien se lo dispone.”

Aquí el Doctor, que á su historia,

Ya de suyo algo confusa,

Introduccion tan difusa

No puso sin su razon,

Cortóla: y quedó en silencio

Considerando un instante

De D. Cárlos el semblante

Con la mayor atencion.

Y sin comprender D. Cárlos

Su interrupcion proseguia

Eseuchando todavía,

Contemplándole á su vez

Con tan segura mirada

Que de dudar no habia modo

De que estaba en el periodo

De su mayor lucidez:

Doc.—Si os canso lo dejaremos:

Dijo el Doctor frente á frente

Mirándole: y el demente

Replicó: “No me cansais.”

Doc.—¿Comprendeis bien?

D. CAR. —Os comprendo

Perfectamente.

Doc. —¿Os agrada

Mi cuento?

D. CAR —No pierdo nada

De él: ¿porqué no continuais?

Doc.—Porque temia que el hilo

De mi cuento estrafalario

Habíais perdido.

D. CAR. —Al contrario:

Le sigo con interés.

Doc.—¿Y en verdad os entretiene?

D. CAR.—¡Sí, á fé mia!

Doc. —En eso caso

Sigamos, porque ahora viene

Lo mejor.

D. CAR. —Pues proseguid

Quedó el Doctor aun un punto

Con íntima complacencia,

Mirándole; y su experiencia

Percibir en él debió

Sin duda los buenos síntomas

Que espiaba en su semblante,

Porque al cabo de un instante

Sonriendo prosiguió:

Bautizado Idalkan fué buen cristiano:

Y atento al bien del pueblo y de su alma

A cuanto creyó bien tendió su mano:

Protegió á los cristianos misioneros,

Que al abrir á la fé nuevos senderos

Iban de luz, prosperidad y calma

Abriendo en el país hondos veneros:

Y atento á sus terrenos intereses,

Y aconsejado del Doctor, su amigo,

Sus puertas franqueó á los portugueses,

Y dió en sus plazas al comercio abrigo.

Dió proteccion al arte y á la ciencia,

Adelantos planteando y novedades,

Y derramó la paz y la opulencia

Y el placer por sus campos y ciudades.

Iba en suma su reino viento en popa

Elevando al nivel de los de Europa.

Pero nadie es feliz sobre la tierra:

No hay bien que de algun mal no se acompañe;

No hay horizonte que vapor no empañe.

Y un gérmen siempre de pesar encierra.
Y á algun secreto torcedor da asilo
El corazon mas recto y mas tranquilo.
Al tomar Idalkan-nuestra creéncia
Dió á las costumbres de la vida indiana
El sello casto de la ley cristiana,
Y comenzó á llevar otra existencia
De mas virtud, y de moral mas sana.
Abandonó la corte y su palacio
De Arungabad, y dando nuevo giro
A su gobierno se labró un retiro
En la ciudad de Ahmednaggur, situada
De una vega feraz en el espacio,
Que de huertos y bosques alfombrada,
Regada por dos rios, y por montes
De límpidos y azules horizontes
En torno circundada,
Se parece á la vega de Granada.
Y abandonando á Arungabad en ella
Dejó los sibaríticos placeres
De la vida oriental, siguió la huella
Cristiana, y adoptó los pareceres
De su Doctor, á quien consulta á solas;
Y dió la libertad á sus mugeres,
Y al abrirlas su harén enriqueciólas.
Una entre ellas habia
De estremada beldad y gallardía
A quien amaba el rey: la soberana
Del Serrallo: judía
De fé y de raza: se llamaba Lía;
Pero que, asaz esquivá ó virtuosa,
Jamás correspondió de buena gana
A las caricias de Idalkan. A aquella
La dijo al despedirla: "Sé cristiana:
"Quédate, y serás tú mi única esposa."

Mas Lía contestó con aire fiero
Y laconismo bárbaro: "No quiero:"
Y le volvió la cara desdeñosa
Sin recoger su parte de dinero.
Arrasáronse en lágrimas los ojos
Del rey amante al verla que partía;
Y por si fueran de mujer antojos
Lo que desden ó saña parecía
A un eunuco mandó seguir su paso;
Y cuando en sombra se cerraba el día
Envió al Doctor á verla, todavía
Con la esperanza de que el sábio acaso
La convenciera, y á su amor volvía.
El Doctor la buscó del rey dolido:
Mas ya de Ahmednaggur habia partido.
Tomó un caballo rápido y siguióla
Las huellas el Doctor, y la vió al cabo
Cruzar los arrabales: iba sola,
A caballo, y seguida de un esclavo.
Alcanzóla el Doctor, y sin dureza,
Antes bien con cariño:—"Al fin os hallo,
La dijo: al rey volved, que su corona
Os da y su amor;"—mas ella su caballo
Parando replicóle con fiereza:
"Yo desprecio su reino y su persona
"Porque amo á otro: se lo dije un dia,
"Y en lugar de apreciar como debia
"De mi amor y carácter la entereza
"En el haren espuso mi belleza
"Desnuda, y ordenó que me azotara
"A un eunuco: en mi espalda todavía
"Están rojas las marcas de la vara:
"Mi sangre no se paga con riqueza,
"Y un ultraje tan vil su amor no abona:
"Decidle pues que acepto su corona,

"Pero es si me la dan con su cabeza."
 Tal dijo: y con un salto repentino
 Partiendo á escape la feroz judía
 Dejó al doctor plantado en el camino.
 Volvió á palacio al despuntar el dia:
 Por ella el rey á preguntarle vino;
 Mas cuando el rey le dijo: "Qué es de Lía?"
 Dijo el Doctor: "Partió; ¡y al cielo plegue
 "Que no vuelva jamás y hasta tí llegue!"
 Costó olvidarla al rey tiempo y trabajo,
 Y muchas veces distraído anduvo,
 Melancólico, triste y cabizbajo,
 Porque un amor hondísimo la tuvo.
 Mas con el tiempo de olvidársele hubo:
 Pues de uno ú otro modo
 En esta ruin y deleznable vida
 Con el tiempo á la fin todo se olvida;
 Porque el tiempo voraz lo acaba todo.
 Y corrieron los años tras los años,
 Y siete ya que gobernaba hacía
 Idalkan; y feliz se mantenía
 Con los suyos en paz, y los estraños,
 Sin acordarse ya de la judía,
 Cuando un rey de Guzárate á quien guerra
 Hacia Guir, adorador iluso
 Del fuego, una alianza le propuso
 Por salvar del idolátra su tierra,
 Y de lograr su fin con la esperanza
 Su apurado vecino proponía
 Dar á Idalkan en prenda de alianza
 Una hija muy hermosa que tenía.
 De oro y de tropas Idalkan sobrado,
 Sin hijos, pues su haren ha suprimido,
 Y acaso á un presa del amor pasado,
 Echó sus cuentas y aceptó el partido

Al fin, por el Doctor aconsejado.
Envió al rey de Guzárate al instante
Gran tren de guerra y numerosa gente,
Y al Doctor del ejército delante
Mandó con un magnífico presente
Para su hija; y mientras él pujante
Del idolátra Guir la buena estrella
Hace cambiar en su favor, y bravo
Con el refuerzo aliado le atropella,
Y le alcanza en la fuga, y le hace esclavo,
Vuelto el Doctor á Arungabad, triunfante
Entró en Ahmednaggur con la doncella.
Y á fé que incomparable en hermosura
Es la mujer que la alianza sella:
De mirada tan dulce y espresiva,
De sonrisa y de voz de tal dulzura,
Que á quien habla, sonrie y vé, cautiva;
Tan ágil y flexible de cintura
Cual rama nueva de jugosa oliva,
Y con un nombre que la cuadra tanto
Como si fuera cifra del encanto
Que produce: se llama SENSITIVA.

La vió Idalkan y la adoró: el cariño
Del rey encendió pronto el amor de ella,
Y al verla tan sensible como bella
La rodeó de halagos como á un niño.
Su amor sencillo y virginal en la alma
Del rey echó raíces, como fresco
Tallo de nardos en jarron chinesco,
O en un oásis solitaria palma.
En vez de aposentarla en un palacio,
En medio de un jardín, como conviene
A la flor casta cuyo nombre tierra,
La puso, y la dió luz, aire y espacio
Para vivir en libertad y holgura

Entre flores, rival de su hermosura.
 Tenía allí en lugar de una áurea sala
 Un Kiosko que entoldaba, y que ceñía
 Un tejido rosal de Alejandría
 Y un cerco de rosales de Bengala:
 Que en árabe (al que son tan naturales
 Las palabras compuestas, especiales
 Para la propiedad y alegoría)
 Se llamaba este Kiosko Iwan-a-urdales,
 Es decir: *camarin de los rosales*,
 Voz llena de espresion y poésia.
 Pronto de aquel amor, de pasion lleno,
 Boton de aquella flor de sávia rica,
 Un capullo crecer sintió en su seno
 Que el amor de Idalkan solidifica.
 Al acercarse el crítico momento
 De brotar de su amor aquel retoño,
 Cual la flor de su nombre en el otoño
 Dobla sus tallos al sentir el viento,
 Las castas hojas de sus ramas plega
 Y se estremece cuando á herirlas llega,
 La SENSITIVA real del modo mismo
 Al peso del dolor dobló su frente
 Y del sepulcro se asomó al abismo:
 Y en aquel punto de su amor ardiente
 La fé se abrió á la fé del cristianismo;
 Pues comprendiendo al fin que su fé indiana
 Será forzoso que al dejar la vida
 De ella y el rey la eternidad divida,
 Su alma para seguir se hizo cristiana.
 Y Dios, que del amor por complemento
 A la virtud de la mujer dar quiso
 El amor maternal, y al sufrimiento
 De la maternidad un paraíso
 De sus hijos abrió en el nacimiento,

No la quiso negar placer tamaño;
Y de nacer la hija en el momento
Pasó el peligro al disiparse el daño;
Y al primer ¡ay! de la recién nacida
Volvió la madre á recobrar la vida.
Y crecieron al par de salud llenas,
Vigor al par cobrando, sus dos vidas,
Como dos olorosas azucenas
En un tallo no mas al par nacidas.
Creció en edad la niña, y en belleza,
Y así por el lugar dó habia nacido
Como por heredar la gentileza
Del tallo de la flor de que ha salido,
Pues tenía su tez alabastrina,
Su faz serena y su mirada franca,
La pusieron por nombre NASARINA,
Nombre que significa ROSA-BLANCA.
¡Cuán felices vivieron ambos reyes
Con la princesa y el Doctor tres años,
En tan bello país, con sábias leyes,
Con los suyos en paz y los estraños!
Mas como dice el árabe "*Está escrito:*
"Nadie será feliz sobre la tierra,"
Un dia fatal de la discordia al grito
En medio de este edén surgió la guerra.

Fuertes ya los avaros portugueses
Dentro de aquella tierra hospitalaria,
Su ley, en pró de viles intereses,
Tornaron tiranía sanguinaria;
Desde las minas de oro hasta las mieses,
Desde el templo á la choza solitaria,
De todo contra ley se apoderaron,
Y hasta el honor de la mujer hollaron.
Mas tiranía tál siendo insufrible
Hízose el portugués aborrecible

Para el pueblo Indostan; y ardiendo en ira,
Mas con la calma de su raza astuta,
Desde Coromandel á Cachemira,
Desde Cutch y Guzárate á Calcuta,
Sagaces en silencio conspiraron
Y maduro su plan se rebelaron.
Cinco reyes entraron en la liga
Con oro y tropas y á Idalkan pusieron
Por adalid: sin perdonar fatiga
El la campaña dirigió: rindieron
En combate ó asalto veces muchas
Plazas y guarniciones portuguesas;
Y vencedor en repetidas luchas
Estendió velozmente sus empresas
Idalkan, por dó quier teniendo escuchas,
Y por dó quier haciéndoles sorpresas,
Hasta sitiarles en la misma Gõa
A pesar del refuerzo que les trajo,
Y que en Gõa metió con gran trabajo,
El caballero Atáide de Lisbõa.
Y tras un año de valor y afanes,
Y despues de un bloqueo de tres meses,
A punto estaban de lograr sus planes,
E iban de la India ya los Indostanes
A echar á los rapaces portugueses,
Cuando á Dios plugo, ordenador de todo,
Concluir esta guerra de otro modo.
Nezim, rey de Lahor, y de los cinco
Que en la liga pusieron oro y gente,
Que por ser de Idalkan deudo y pariente
Fué el que mostró en la guerra mas ahineo,
A ir una noche le invitó á su tienda
A cenar, cortesía inescusable
En un país donde un convite es prenda
De fé leal y de amistad estable.

Fué Idalkan; y al cruzar el campamento
Del rey Nezim, en nombre de su amo,
Sin decir quién, con grande acatamiento
Una esclava gentil le ofreció un ramo
De flores: Idalkan iba al momento
A compensar su ofrenda generoso,
Cuando rápida y ágil como un gamo
Huyó en la sombra y se perdió la esclava.
Dió Idalkan á un wazir el oloroso.
Ramillete á guardar mientras cenaba.
Cenó, y á media noche satisfecho
A su tienda volvió, pidió sus flores,
Las puso en un jarron junto á su lecho
De campo, y despidió á sus servidores.
Entónces penetró, segun costumbre
De tiempo atrás, el médico cristiano
En la tienda del rey, quien mano á mano
Consultaba con él la muchedumbre
De negocios que á un rey sin tregua abruman.
Cuando Idalkan con él se encontró á solas
Le mostró aquellas flores que perfuman
Su pabellon: el médico tomólas
Y á la luz admirando sus colores
Preguntó al rey: "¿leísteis el billete
Que os enviaron en este ramillete?"
Y sacando un papel de entre las flores
Se le fué á presentar: mas en el punto
De leerlo Idalkan, de espanto lleno,
De horror ahogando en su garganta un grito,
Tembló y palidegió como un difunto:
Y el Doctor colocándosele junto,
Sin respeto á Idalkan, por sobre su hombro
Sin poder resistir leyó lo escrito,
Quedándose al leer yerto de asombro.
Decía: "Huid, señor: os han vendido."

"Nezim de las tinieblas en el seno
 "En Gõa ha entrado ayer y prometido
 "Vivo ó muerto entregaros: dar por bueno
 "Todo y alzar el sitio, si en partido
 "Vuestro reino le dan; y han admitido.
 "Nezim para mataros os convida,
 "De fé, de honor y lealtad ageno:
 "No comais ni bebais: os va la vida:
 "Cuanto os van á servir lleva veneno."

DOCT.—¿Y habeis comido?

IDALKAN. —Sí; pero ¡Dios Santo!
 Ahora que lo recuerdo...!

DOCT. —¿Qué?

IDALKAN. —Ella era!

Yo la miraba y ella sonreía,
 Pero reconocerla no podia
 Bajo de su disfraz, tras tiempo tanto.

DOCT.—¿A quién?

IDALKAN. —A la que el vino me servía.

Es ella; sí.

DOCT. —¿Mas quién es ella?

IDALKAN. —¡Lía!

Quedóse al recordar á la judía
 El Doctor como herido por un rayo,
 E Idalkan apoyándose en la mesa
 Dijo con débil voz: "¡Yo me desmayo!"
 Acudióle el Doctor; mas ya la marca
 De la ponzoña rápida, patente
 Vió en su faz descompuesta: hízole apriesa
 Acostar; mas el rey sobre su lecho
 Esclamó revolcándose: "¡Esto es hecho!"
 —Aun no: dijo el Doctor.

—Sí: es evidente

Que es la segunda vez que me envenena
 (Repuso cadavérico el monarca).

—Yo os salvé la primera. Voy

—Detente:

Todo es inútil hoy: mi muerte es fija.
 Entre Lía y Nezim . . . fuerza es que muera.
 Mas ¿quién sabe su plan á cuánto abarca?
 Abandóname á mí. ¡Salva á mi hija!
 Toma mi anillo real, coje la gente
 Que te parezca mas leal y corre
 A escape á Ahmednaggur: abre la torre
 Del Norte, descerraja mi tesoro,
 Cárgalo en mis camellos,
 Y huye con NASARINA Y SENSITIVA.
 Si te persiguen, y lidiar con ellos
 No puedes, y salvarlas con su oro,
 Mátalas; que ni pobre ni cautiva
 Sea ninguna de las dos: ninguna
 Caiga jamás entre sus manos viva.
 —¡Mas dejáros, Señor!

—Es importuna

Tenacidad. A Dios mi alma fia;
 Corre, y no dejes ir la hora oportuna,
 Porque siento llegar la última mia;
 Corre: no se te vuelva la fortuna,
 Y corran mas que tú Nezim y Lía.”

Dijo Idalkan, y dando un gran suspiro
 Se retorció como un reptil: sus ojos
 La luz perdieron, y sus miembros flojos
 Dejando murmuró: “Corre . . . yo espiro!”
 Vió el Doctor que remedio no tenia,
 Y que su reflexión era oportuna,
 Y que la astucia y rapidez urgía:
 Y abandonando al rey á su destino
 Montó de su mejor caballería
 El mejor escuadron, hecho ya á empresas
 Tales, y el alba al despuntar corria

Con él de Ahmednaggur por el camino.

Salvó á tiempo el tesoro y las princesas,

Y cuando detrás de él Nezim y Lía

Llegaron, figurándose en sus manos

Tenerlos, de las armas portuguesas

Y de ellos libre, con las dos partia

A bordo de un bajel de Venecianos.

Más nunca un mal va solo: los pesares

Los eslabones son de una cadena;

Y siempre que se rompen son por pares

Lo menos. Habia hecho á vela llena

Una navegacion libre de azares

El Doctor, con buen viento y mar serena,

Y ya, traspuesto Suez, iba tranquilo

Del Cairo á vista descendiendo el Nilo,

Cuando cual ruiñeñor que en la estrechez

De una jaula echa menos la nativa

Selva dó la crió naturaleza

Con aire, amor y libertad, esquivá

El halago y espira de tristeza

Sin dar un vuelo ni exhalar un pío,

Así la bella reina SENSITIVA

Espiró de pesar en el navío.

NASARINA asistió á sus funerales

Como á una fiesta, porque aun no podia

Comprender ella ceremonias tales:

Y el Doctor encontrando á Alejandría

Centro de los negocios comerciales,

Dó emplear con ventaja lograria

De su tesoro real los capitales,

Allí se estableció: ó inteligente

Enviando á un tiempo á la India y á Venecia,

A Egipto, á las Américas y á Grecia,

Allí un corresponsal, allá un agente

Activo, realizar logró en diez años,

A fuerza de cuidados y de afanes,
 Con la ayuda de Dios, y por extraños
 Medios y hado feliz, todos sus planes.
 Y su cariño paternal, su fina
 Penetracion, su prevision esperta,
 Su fé, su ciencia y su virtud lograron,
 Sobre su juventud viviendo alerta,
 Hacer de la princesa Nasarina,
 Instruida, opulenta y virtuosa
 Cuanto sana y hermosa,
 Una muger perfecta y peregrina;
 De modo que á la vega Granadina
 Al trasplantar despues aquella rosa
 Era una rosa sin ninguna espina."

Volvióse á interrumpir por un momento
 El Doctor, y á observar á su demente:
 Y encontrándole atento
 Volvió á tomar el hilo de su cuento,
 Llamando su atencion espresamente
 Con la mudanza estraña y repentina
 Con que le dijo con marcado acento:
 "Atended ahora bien, porque mi historia
 Concluye, y de su fin se me imagina
 Que debeis guardar algo en la memoria.

Cuando el Doctor su princesa
 Trajo á tierra granadina,
 Al nombre de Nasarina
 Dar creyó que era esencial
 Su traduccion europea:
 Así es que la niña hermosa
 Cambió en el nombre de Rosa
 Su bello nombre oriental.

Dióse el Doctor por su padre,
 Y en vez de abrirla la vida

De la Corte corrompida,
 La abrió una vida de paz
 En una casa opulenta
 Por dentro, humilde y modesta
 Por fuera, y situada en esta
 Vega espléndida y feraz.

Y aquí en la cima de un cerro,
 A cuyo pié un río corre,
 Tenia un baron su torre,
 Y un hijo en la mocedad.
 Vió el mozo á Rosa: acercóse la
 Juzgándola campesina,
 Y ella le clavó una espina
 Del corazon en mitad.

Y amó á Rosa entonces Cárlos
 Con un amor tan profundo,
 Que Rosa formaba el mundo
 Para Cárlos.

D. CARLOS. Es verdad.

DOCTOR. Y á Cárlos llegó á amar Rosa
 Con pasion tan verdadera,
 Que el mundo de Rosa era
 Sólo Cárlos.

D. CARLOS. Es verdad.

DOCTOR. Mas pronto los separaron
 Sus padres: á Italia enviaron
 A Cárlos, y se quedaron,
 Aquí con Rosa.

D. CARLOS. Es verdad.

DOCTOR. Y como igual su constancia
 Resistió á tiempo y distancia,
 Cárlos en Italia y Francia
 Se hizo hombre de arte.

D. CARLOS. Es verdad.
 DOCTOR. Fué á la escuela de Cellini,
 Y llegando á ser tan diestro
 Como su mismo maestro,
 Trabajó, en la soledad
 De su amor, una escultura
 De su saber para muestra:
 Una rosa, obra maestra
 De su cincel.

D. CARLOS. Es verdad.

DOCTOR. Volvió y se la dió á su amada
 Con una carta: ella al punto
 Carta y rosa todo junto
 Mostró al Doctor. Escuchad.
 El Doctor, que amaba á Rosa
 Mas que á sí, pues no podia
 Darla un príncipe queria
 Darla la felicidad.

Y como se habia propuesto
 No dársela por esposa
 Sino á aquel que amara á Rosa
 A par de su eternidad,
 Espuso al mozo á una prueba
 Tan fuerte, á un choque tan rudo,
 Que resistirlo no pudo
 La frágil humanidad.

El, con su ciencia, hizo á Rosa
 En una muerte aparente
 Caer ¡El Omnipotente
 Castigó su vanidad!
 Porque al llegar á ella Cárlos,
 Creyó verdad la apariencia;

Perdió el juicio y....de su ciencia
Vió el Doctor la ceguedad.

¡Sabeis en lo que dió el loco,
Don Cárlos? En su castillo
Con el cincel y el martillo
Hizo otra Rosa.

D. CARLOS: Es verdad.

Doctor. Y ¡sabeis lo que hizo el médico
Para curar su locura?
Pues le robó su escultura
Y le dió á Rosa. Mirad."

A esta palabra su mano
Del salon hácia la puerta
Tendiendo el Doctor, abierta
Cual de un conjuro al poder
Fué de repente, y D. Cárlos
Dió un grito al mirar por ella
A Rosa cual nunca bella
Sonriendo aparecer.

Era Rosa en cuerpo y alma:
Era Rosa, el complemento
Del maravilloso cuento
De Idalkan y del Doctor:
Rosa, que al pecho prendida
Trae la Rosa hecha por Cárlos,
Y su alba mano tendida
Al espantado escultor.

En pié y convulso en sí mismo
Sintió este un cambio violento
Viéndola que á paso lento
Acercándosele va;
Llegóse á él, y al contacto

De su mano como herido
 Del rayo dió sin sentido
 De espaldas en el sofá.

Rosa, aterrada, á su lado
 Precipitóse de hinojos,
 Con el llanto de sus ojos
 Queriendo darle calor:
 Y el baron, que lo comprende
 Todo al fin, muerto creyéndole
 Quiso acudir: mas asiéndole
 Del brazo á tiempo el Doctor

Le dijo: "No deis un paso:
 "No le toqueis: su cerebro
 "Puede estallar, como un vaso
 "Sobre el fuego, á otra emocion
 "Violenta: en breves instantes
 "Volverá en sí; mas no hay medio:
 "O vuelve en juicio, ó remedio
 "Su mal no tiene, baron."

Hubo un momento solemne
 De angustiosa expectativa
 Al oir tal disyuntiva,
 Que infalible saben que es:
 Y en tal momento, á escucharse,
 Oirse hubiera podido
 El irregular latido
 Del corazon de los tres.

Pasó la crisis: D. Carlos
 Va á volver á abrir los ojos:
 Mas si vuelve en los antojos
 De su locura á caer
 No habrá remedio: demente

Morirá. Tras un suspiro
Los abrió al fin lentamente
Y en sí comenzó á volver.

Poco á poco fué cobrando
Seguridad su mirada,
Y segun la fué posando
Poco á poco en su redor
Fué en su boca una sonrisa
Inefable apareciendo:
Y al fin rompió á hablar, diciendo:
"Rosa . . . ¡Mi padre!..El Doctor!"

Prosternóse este de hinojos
Al reconocerle en juicio,
Reconociendo propicio
A su fé el favor de Dios;
Y al viejo baron llevándose
Al inmediato aposento
Dijo: "Solos un momento
Dejémosles á los dos."

De estos supremos instantes
De felicidad completa
No podrá ningun poeta
Hacer jamás descripcion.
Yo ceso aquí: hay situaciones
Que por muy alto que pique
No hay pluma que las explique
Cual las siente el corazon.

Lector, si amas como yo amo,
Si vives como yo vivo
Para un amor esclusivo,
Tirano, avasallador,
A obligarme á pintarte esta

Injusto será que lleves
 Tu empeño, porque tú debes
 Figurártela mejor.

Mas, si por desdicha tuya,
 O maldicion de Dios, eres
 Uno de esos ruines seres
 Que no creen en el amor,
 Cual lo siento te lo digo:
 Aquí rompo y no prosigo,
 Porque no quiero contigo
 Perder mi tiempo, lector.

EPILOGO.

I.

Diez semanas despues eran esposos
 Rosa y Don Carlos. El baron habita
 Con ellos la pacífica casita
 De campo del Doctor, miéntras los fosos,
 Las torres, las murallas y salones
 De su hendido y decrépito castillo
 Vuelven à recobrar su antiguo brillo
 Gracias de Nasarina á los millones,
 Y no se harta el baron de pavonearse
 De uno en otro aposento,
 Desde cada ventana sin cansarse
 De mirar su castillo remozarse,
 Volverse blanco y ostentar al viento,
 En vez del esqueleto carcomido
 Que infundía pavor al pasagero,
 Un frontispicio cándido y pulido
 Cuya vista hace alegre el valle entero.
 Dos veces cada dia sube y baja
 Con su arquitecto á él, y cada dia
 En su vieja mansion deja cambiado
 En gracioso balcon lo que fué raja,
 Tornado en firme lo que ayer se hundía,
 Limpio, gentil, esbelto y acabado

Lo roído, lo roto y lo combado.
Los casados no se hartan de jurarse
Un amor tan eterno
Como apacible y tierno,
De estar en soledad y acariciarse,
Y gozar del placer de verse unidos
Tras de tantos obstáculos vencidos.
Cárlos, del todo de su mal curado,
Sano del corazon cual de la mente,
Comprende con delicia lo pasado,
Porque su amante Rosa le ha explicado
Del Doctor el escéntrico espediente,
Que para realizar su amor ardiente
Y la salud de su ánimo ha empleado.
Y ya mil veces el baron ha oido
De su risueña y sonrosada boca
La explicacion, que nunca habria podido
Comprender solo, de su historia loca.
La vuelta de Don Cárlos una noche
A la casita del Doctor, dejando
En el camino servidumbre y coche,
Y su llegada al mirador de Rosa,
Y el rico don que la ofreció, pasando,
De una flor, escultura primorosa
Trabajada por él, gracioso emblema
De su fidelidad, gentil alarde
De su saber y amor; su doble vuelta
La misma noche al mirador mas tarde,
Y del Doctor la osada estratagema
De mostrarle á su amada sumergida
En un sueño letal: cuya esperiencia,
Del mozo ocasionando la demencia,
Le puso en riesgo de perder la vida.
Este misterio al fin esclarecido
No fué difícil cosa

Para la amable y seductora Rosa
 Hacer al buen baron que comprendiera
 Cómo ha permanecido
 Oculta en su mansion; cómo lijera,
 Crédula, y fácil de engañar con poco
 La muchedumbre, muerta la ha creído,
 Y por un crimen á Don Carlos loco:
 En tanto que el Doctor pudo segura
 De su demencia preparar la cura.
 En el espacio así de los dos meses
 Que desde aquel suceso han trascurrido,
 Todos tres ocupados,
 Carlos y Rosa en su pasion constante,
 Y el baron en su orgullo é intereses,
 Esentos han vivido de cuidados,
 A un porvenir feliz en adelante
 Juzgándose por Dios predestinados.
 Del Doctor solamente no parece
 El alma en armonía
 Con la dicha comun y la alegría:
 Y él solo con su faz las entristece,
 Andando cabizbajo,
 Silencioso, ceñudo y macilento,
 Y sin obvia razon de mal talante;
 Y entregado sin duda á algun trabajo
 Difícil, pasa el dia en su aposento,
 Del cual no sale mas que lo preciso;
 Y le anubla el semblante
 El afan de algun hondo sentimiento
 Que le trae pesaroso é indeciso.
 Nadie da en la razon de la sombría
 Pesadumbre que el alma le desola,
 De los demás turbando la alegría;
 Mas una noche se esplicó ella sola.
 Al despuntar el alba de aquel día,

Con el negro que tiene á su servicio
Personal, el Doctor salido habia.
Nadie estrañó su ausencia,
Pues por su profesion tal vez se pasa
Dias de sol á sol fuera de casa,
Haciendo un ignorado beneficio,
O aliviando del pobre la dolencia.
Rosa y Cárlos tal vez placer sintieron,
Pues del amor llevado de su ciencia
Que iba á volver á comenzar creyeron
De sus visitas la escursion diaria,
Saliendo de la vida solitaria
En que sumido con pesar lo vieron.
Mas ocultóse el sol, espiró el dia,
Y se cerró la noche, y avanzada
La hora de la queda iba pasada,
Y el Doctor no volvía;
Y empezó la inquietud de su morada
A apoderarse; y la azorada Rosa
De uno en otro balcon iba y venia,
Mirando sin cesar sobresaltada
Y á través de la sombra tenebrosa
Escuchando, sin ver ni sentir nada:
Y en una de las veces que afligida,
Azares mil á bulto recelando
Y del Doctor temiendo por la vida,
Iba el estrecho corredor cruzando
A salir á buscarle decidida,
Acertando á pasar ante la puerta
Del gabinete del Doctor, abierta
Vió que estaba su cámara y metida
Dentro la cerradura vió la llave:
Y como siempre de llevarla euida
Consigno, y tal descuido en él no cabe,
De una nueva sospecha acometida,

Del Doctor en la ausencia que no acierta,
 A esplicar, receló causa muy grave.
 Conque en investigarla ya empeñada,
 Y obstáculo no hallando que la entrada
 De la secreta cámara le impida,
 Entró en su estancia; mas la halló desierta:
 Y hallando franco al par aquel retrete
 Donde á solas el médico se mete,
 Donde tal vez encierra su tesoro,
 Y ante un altar y crucifijo de oro
 Arde una luz que aroma el gabinete,
 Rosa por él resuelta se adelanta;
 Mas en el misterioso y solitario
 Camarin al fijar su osada planta
 Aquel lúgubre aspecto de santuario
 Que le da de Jesus la imágen santa,
 Que sobre el ara del altar bendito
 En frente de la puerta se levanta,
 En su febril ecsaltacion la espanta
 Y en su terror fantástico dió un grito.
 Don Carlos y el baron que á él acudieron,
 Pálida de terror allí la hallaron,
 Y cuando á Rosa su valor volvieron
 Y el camarin estraño registraron,
 Al que buscaban con afan no vieron,
 Mas esta carta del Doctor hallaron.

II.

DESPEDIDA DEL DOCTOR.

“Rosa, más que hija para mí querida,
 Mi mansion en Europa está acabada:
 Mi mision á tu lado está cumplida.

Pues te dejo feliz, rica y casada;
 Mas el punto al llegar de mi partida
 No ha de poder mi voz atribulada
 En el hondo pesar de mi alma tierna
 Darte un ¡adios! de despedida eterna
 Cárlos, yo te he mirado desde niño
 Con un sincero y paternal cariño.
 Solo yo comprendí desde tu infancia
 Y aprecié en su valor tus sentimientos:
 Yo supe con política y constancia
 Conducir á buen cabo mis intentos
 Sobre tí y logré hacer campo mas vasto
 Dar á tu educación, á tus pasiones
 Pronta experiencia, á tu alma mejor pasto
 De los que en sus oscuros torreones
 Te diera de tu padre la arrogancia,
 Basada solo en la nobleza rancia
 Y el vacío esplendor de sus blasones.
 Porque yo al fin con pertinacia artera
 Trabajando mi plan, le obligué á enviarte
 Joven á visitar tierra estrangera,
 Dó entre el bullicio del sangriento Marte
 Supiste hacerte profesor de un arte
 Que en cualquier tiempo y en país cualquiera,
 Podria en vida independencia darte
 Y gloria entre la gente venidera.
 Yo te he seguido por la inquieta Gália
 Y la clásica Italia
 Con paternal solicitud: mi mano
 Iba dando dó quier á tu destino
 Protección invisible, y veces hartas
 Debiste el encontrar en tu camino
 Oro, favor y amigos á mis cartas;
 Hasta que digno hallándote de Rosa
 Te la dí satisfecho por esposa.

Mas no miento hoy el bien que ayer te hice,
Para que de él me estés agradecido,
Ni porque tú no le hayas merecido;
Pues yo propio con él me satisfice.
Lleva en sí mismo el bien su recompensa
En el placer de hacerle, y solo el necio
Que es necesario que le muestren piensa
Por el bien que hace inestinguible aprecio.
Lo he mentado no mas para probarte
Que desde tu niñez al par de Rosa
No he cesado como hijo de mirarte
En el fondo de mi alma cariñosa.
El velar por los dos se hizo costumbre
En mí: esta ocupacion llenó mi vida:
No me atrevo á arrostrar la pesadumbre
De anunciaros yo mismo mi partida.
Y por eso escribíroslo prefiero.
Leed: lo que al partir que sepáis quiero
Mucho más fácil ha de ser en suma
A vosotros oír y á mí deciros
Con las inertes cifras de la pluma,
Que con la voz ahogada entre suspiros.

Veinte y tres años ha que encomendados
Me fueron Nasarina, Sensitiva
Y los montones de oro atesorados
Por el rey Idalkan. Como no es viva
La reina, y ya es casada la princesa,
Aquí mi encargo y mi tutela cesa:
Sin esperar á que él me las eesija
Las cuentas de su hacienda me interesa
Presentar al marido de mi hija.
He sido su tutor: este es el giro
De los negocios: esta mi conciencia:
Yo de vuestros negocios me retiro:

No mireis á la forma de mi ausencia.
 Yo, así al obrar, á mi conciencia miro.
 Yo que pasé por todos los estados,
 Sé lo que en todos los estados pasa:
 Quiero que vivais solos: los casados
 Quieren la independenciam de su casa:

En el primer cajon de mi bufete
 Están todas las llaves de las cajas
 Y armarios de mi oculto gabinete,
 Donde hallareis completas las alhajas
 De Idalkan y su esposa. En un secreto,
 Cuyo modo de abrir os dejo escrito
 De mi pupitre en el cajon chiquito,
 Abierto en el altar con tal objeto,
 Encontrareis los títulos legales
 Que por dueños os dan de posesiones,
 Y acreditan por vuestros capitales
 Impuestos sobre casas y en naciones
 Distintas: con sus créditos y vales
 Mi exactitud os deja previsor.
 Las cuentas de sus réditos anuales,
 Que administré hasta hoy. Obrad ahora
 Como querais; mudad de imposiciones:
 Retirad ó dejad vuestros caudales
 En las manos que están, que son leales.
 Si quereis realizar, teneis millones,
 Pues todos vuestros fondos están prestos,
 Y los banqueros á entregar dispuestos.

Yo parto. Está resuelto. Dios derramo
 Sobre vosotros el placer sin tasa.
 ¡Adios! Mas permitidme que os reclamo
 Un favor al partir. En vuestra casa
 Dad un asilo á Inés su vida escasa

Hasta que corte Dios, y á sí la llame.
 Rosa. Inés es la esclava que dió aviso
 A tu padre Idalkan que de un veneno
 Iba cada manjar de Nezim lleno
 Cuando con él bajo su tienda quiso
 Ir á cenar de su traicion ageno.
 Yo la compré despues á fuerza de oro,
 Y la di libertad: agradecida
 A tu servicio consagró su vida,
 Y te amó y te veló como una madre
 El casto sueño de tu edad temprana.
 Dála tu estimacion; dála decoro
 En tu casa, y el oro que la dejó
 Deja que emplée cual mejor la cuadro.
 Fía en ella, sin miedo á un mal consejo:
 Un alma tiene de virtud tesoro
 Y un grande corazon: nació Romana:
 Fué robada en las costas de Sicilia,
 Y hoy, que ya no la tiene, en tu familia
 Quiero que la recibas como hermana:
 Pues, si conmigo donde voy viniera,
 Por ir conmigo deshonrada fuera
 Por la social murmuracion villana.

Otra súplica aun. Contar la historia
 De Rosa fuera hacer una imprudencia,
 De su stirpe una inútil vanagloria.
 Al casarse empezó nueva existencia,
 Y á la mujer la basta el apellido,
 La fama, los recuerdos y la gloria
 De la raza y honor de su marido.
 Descubrir su pasado á la malicia,
 A la curiosidad ó á la codicia
 Europea, sandez fuera notoria,
 Dar con la Inquisicion ó la justicia.

¡A qué de admiracion hacerse objetos!
 La fama trae disgustos muy prolijos:
 En vuestra alma están bien vuestros secretos.
 Dadme pues un plácer; si teneis hijos,
 Dad al uno aunque sea una alquería
 No mas con cuatro tierras, á las cuales
 Poned por nombre y en memoria mia
 Mi apellido paterno, que es ROSALES.
 Viniste entre ellos á la luz del dia:
 A tus hijos por mí pónsele, Rosa,
 Cual si apellido de su madre fuera:
 Y pues te consagré mi vida entera
 Quede de mí en tu sangre alguna cosa:
 Viva en tí algo de mí cuando yo muera.
 Hijos míos ¡adios! Vivid y amaos.
 ¡En lágrimas la vista se me arrasa
 Al daros este adios! De mí acordaos
 Siempre como de un padre: mas, que pena
 No os dé pensar lo que sin vos me pasa:
 Aun tengo un capital, y en tierra amena
 Una tranquila y cómoda alquería,
 Donde esperar en paz mi último dia
 Sin deber nada á la merced agena.

Baron, puesto que sois, por vuestra raza
 Antigua, generoso y caballero,
 Daros satisfaccion no me embaraza
 Por lo pasado: que olvideis espero
 Mi conducta con vos. ¡Es necesario
 Que os la esplique, baron? No es árdua empresa
 Yo ví que vuestro humor atrabiliario
 Y pertinaz carácter altanero
 Al consejo mejor no harían plaza,
 Y de hurtaros á Cárlos me dí traza,
 Y de vos á alejarle me dí priesa.

Su educacion me interesaba tanto
Entonces cual su dicha hoy me interesa;
Pues por su genio y alma generosa
Le juzgué digno del amor de Rosa.
Yo os obligué irritándoos á mandarle
A estrangero país, donde se hizo hombre:
Y, escusadme, y saberlo no os asombre,
Baron, yo en nombre vuestro hice velarlo.
Y nada le faltó: perdon sí he errado:
Mas espero, baron, que al recobrarle
Ni os he su corazon enagenado,
Ni le hallareis indigno de su nombre.
Una palabra mas, baron. Un dia
En que á verme vinisteis, arrastrado
De mi bilioso humor creo que os dije
Algo que haberos dicho no querría,
Algo que ahora el corazon me afligé;
Porque me temo que la lengua mia
Fué tal vez descortés, tal vez impía.
Escuchadme, baron: yo me he criado
Entre gente mas ruda y primitiva,
Cuya sencilla raza ha conservado
Corazon mas sincero y fé mas viva
Que vuestra sociedad civilizada;
La cual, su prez divinizando altiva,
Y sus laureles de la edad pasada,
La esperiencia del siglo progresiva
Y sus impulsos rechazando esquivá,
Por teorías falsas descarriada,
A sus viejos errores aferrada,
Por la ley absoluta y abusiva
De sus viejos gobiernos humillada,
Por sus vicios sociales gangrenada,
Y á todas las reformas agresiva,
Hoy bajo el nombre de derechos, de usos,

De moral, de principios inconcusos,
 Y de razon de estado, en las naciones
 Diviniza tal vez supersticiones,
 Respeta infamias y establece abusos.
 Baron, por lo que de ella llevo visto
 Mientras hice en Europa residencia
 Temo que su saber y su existencia,
 De luz y error inconcebible misto,
 En su forma de ser, si no en su esencia,
 De la virtud difieren y la ciencia
 De la sencilla ley de Jesucristo.
 Su sociedad actual tiene verdades
 Y leyes de purísima justicia
 Y alta necesidad; mas que de edades
 Mas atrasadas son: y ella las vicia
 Con la doblez y error que las inicia
 Para satisfacer necesidades
 Nuevas; y por su error ó su malicia
 En pró particular las beneficia.
 Y cuando una verdad, ya así viciada,
 Imponer á la tierra se propone
 Por ley, á sombra de la fé sagrada
 La ampara, y á la tierra se la impone
 A la luz del cañon y de la espada.
 Mas Dios es uno: es una su creencia:
 Una son la verdad y la justicia:
 Cosas que, como solas en esencia,
 Puestas por Dios del hombre en la conciencia,
 Jamás pueden unir con la avaricia,
 Con la supersticion, con la injusticia,
 Y con la fuerza bruta su existencia.
 Y todos los ejércitos del mundo,
 Y todos los sofistas de la tierra,
 No arrancarán con discusion ni guerra
 La fé y la conviccion de lo profundo.

Del alma, donde Dios nos las encierra.
 El sofisma, el error, la fuerza armada
 Contra la convicción que el centro llena
 De nuestra alma inmortal no pueden nada:
 Contra la fé por Cristo predicada
 Son humo de vapor, polvo de arena:
 Y la sangre en batallas derramada
 La fé no purifica: la envenena:
 Cristo vino á sellar su ley sagrada
 Derramando la suya, no la agena.
 Mas ¡á qué traer aquí disertaciones
 Escéntricas, ni utopias peregrinas?
 En el olvido echad mis opiniones,
 A la actual sociedad tal vez dañinas:
 Juzgadme, nada mas, por mis acciones:
 No me juzgueis, baron, por mis doctrinas.
 Porque tal vez soy yo quien está loco,
 Yo tal vez quien no entiende á Jesucristo:
 Y acatando su ley como la sola
 Buena, tal vez en la heregía toco
 Cuando en hacer del Evangelio insisto
 La única del mundo, á quien provocho
 De mi fé en el error. Y me desola.
 Tal duda el corazon desde que ecsisto.

Como quiera que sea me despido
 De vos aquí, baron, y á Dios le pido
 Que os haga muy feliz. Si es que se aferra
 Mi alma en el error, mientras decide
 El tiempo si mi juicio acierta ó yerra,
 Cual mi cristiana caridad lo pide,
 Pienso ir haciendo el bien sobre la tierra.
 ¡Adios! Vuestro país no me conviene,
 Pues mi fé con la suya no se aviene.
 En vuestra sociedad la moral mía

De ser no pasará una teoría:
 Que gérmenes de mal para ella encierra:
 La sociedad al fin me hará la guerra:
 Y, como yo colgada no la deje,
 La inquisición me colgará algún día
 Si para convencerme de herejía
 No me quema en la plaza por hereje.

Dios os libre, baron, de manos tales;
 Y pues que me debeis, con sus caudales,
 Que padre de una infanta os haya hecho,
 Guardad mientras vivais en vuestro pecho
 Buena memoria del Doctor Rosales."

FIN DE LA HISTORIA DE LA PRIMERA ROSA. Y

LAS ALMAS ENAMORADAS.
HISTORIA DE LA SEGUNDA ROSA.
DRAMA-LEYENDA.

SEGUNDA PARTE
DE LA
HISTORIA DE DOS ROSAS Y DOS ROSALES,
POR
D. José Zorrilla.

LAS ALMAS EMIGRADAS.

HISTORIA DE LA SEGUNDA ROSA.

DE ANTONIO GONZALEZ.

SEGUNDA PARTE.

HISTORIA DE DOS ROSAS Y DOS ROSALES.

DE DON JOSE GONZALEZ.

Al Sr. D. Antonio X. de San Martín:

Nos hemos estimado antes de cono-
cernos: permítame U. que una su nombre
á la obra que me ocupaba en escribir cuando
nos conocimos.

Habana, febrero 7 de 1850.

Jose Zorrina.

Al Sr. D. Antonio J. de San Martín:

Yo he hecho algunas cosas de las que
ustedes se acuerdan. Pero me acordé
de lo que me acordaba en ciertos momentos
de los momentos.

De la Habana, febrero 1 de 1830.

Don Juan

CAPITULO I.

INTRODUCCION DE LA LEYENDA Y ESPOSICION DEL DRAMA.

En un bello lugar de Andalucía,
 Cuyo nombre saber no importa nada,
 Pero que está entre Córdoba y Granada,
 Hace muy pocos años existía
 Una antigua familia de Rosales,
 Hacendados y nobles, de los cuales
 Mucho crecido la progenie había.
 Algunos en negocios comerciales
 Habian engrosado sus caudales;
 Y otros, per ostentar bizarro porte,
 Cercenado los suyos en la Corte;
 Todos eran no obstante caballeros;
 Y aunque unos eran pobres y otros ricos,
 De una familia histórica herederos,
 Los grandes y los ricos á banqueros
 Llegaron, y los pobres y los chicos,
 No tenían su hacienda entre usureros,
 Ni debian á sastres ni á tenderos
 Ruin cantidad en vergonzosos picos.
 Era, pues, la familia de Rosales,
 Partida en dos ramales

De ricos y de pobres, una raza
Cuya firma con crédito en la plaza
Corría, y en los círculos sociales
Eran bien recibidos en persona:
Porque al que de ellos no le abona el oro
En el mercado, en sociedad le abona
Su digna rectitud y su decoro.
La historia de esta raza era un misterio:
La tradicion entre ellos suponía
Que fundado la había
Una Rosa, heredera de un imperio:
Mas la verdad de semejante evento
Bien ni por ellos mismos se sabía;
Historia ó tradicion, era ya un cuento
Que amparó en su region la poesía.
Y como de esta tradicion ó historia
La narracion tiempo há que llevo escrita,
No hay para que traerla á la memoria,
Porque de ella la de hoy no necesita.
Mas de su historia ó tradicion quedaba
En aquella familia una costumbre,
Que de esta descendencia
Cada rama en las suyas conservaba
A la pasada edad por deferencia,
Lo mismo la que había hasta la cumbre
Llegado del poder y la riqueza,
Que la que vegetaba en la pobreza:
Y hé aquí la costumbre que tenían:
Por yo no se qué votos, ó qué leyes,
Que ya de atrás impuestas les venían
Por su generacion, como los reyes
Unos con otros siempre contraían
Lazo matrimonial: y al bautizarlos,
Por una pertinacia caprichosa
Todas las hembras se llamaban Rosa,

Y todos los varones eran Cárlos.
Mientras que fué su descendencia escasa,
No fué difícil cosa
Nombrar y distinguir personalmente
Los Cárlos y las Rosas, entre gentes
Que de pequeño número no pasa:
Mas cuando la familia se fué haciendo
Cada generacion mas numerosa,
Y se fueron sin fin subdividiendo,
Y con nueva familia en nueva casa
Separando á su vez y estableciendo
Se fueron uno y otro matrimonio,
Imposible fué ya diferenciarlos;
Y cuando era preciso,
Para cualquier negociacion citarles,
Era una algarabía del demonio
Y se hallaba el mas diestro en compromiso
Metido entre las Rosas y los Cárlos.
Esta costumbre, que por ley, ó voto,
Se les impuso en tiempo muy remoto,
No falta quien pretenda
Que por razon de sucesion y hacienda,
Al fin se habia atropellado y roto
Por algunos Rosales
De la generacion de esta leyenda:
Y entre los individuos de ella actuales
Habia ya un Don Juan, cuya fortuna
Estaba con grande écsito empeñada
En brillantes negocios comerciales,
Y un Don Gil, maestrante de Granada
En el pueblo de que eran naturales,
Cuyo nombre saber no importa nada.
Y aquí cree, lector, que es oportuna
La ocasion para darte unos precisos
Detalles personales,

Claros como concisos
 De los Cárlos y Rosas principales,
 Mis héroes actuales,
 Para evitarnos luego compromisos
 Con personajes tales,
 Y no perdernos hoy, por mi torpeza
 En este laberinto de Rosales.

El Don Gil era viejo, y la cabeza
 De la familia: por lo cual moraba
 En el palacio antiguo en que arraigaba
 El antiguo solar de su nobleza:
 Mas, aunque su palacio conservaba,
 Empezaba á caer en la pobreza.
 Por una de esas muchas bizarrías
 Que se han visto y verán todos los días,
 Este Don Gil, admirador sincero
 Del capricho tenaz de su prosapia
 Y de su nombre y timbres heredero,
 De todos los Rosales fué el primero
 Que se echó al otro lado de la tapia:
 Y encontrando estrambótica y molesta
 Esta costumbre á su familia impuesta
 De usar sin variedad nombres iguales,
 Con mengua manifiesta
 Y desprecio de todos los Rosales,
 Sin dársele un ardite de enojarlos,
 Por el nombre de Gil cambió el de Cárlos.
 Es verdad que entre todos
 Los de familia tal no hubo ninguno
 De carácter mas hosco é importuno,
 De peor genio ni peores modos,
 Aunque noble en el fondo y caballero,
 Falto de educacion y mal criado,
 No habiendo sido nunca coartado,
 Era en su forma bárbaro y grosero.

Tuvo en su juventud muchos amigos
 Con quienes malgastó tiempo y dinero;
 Mas, tenaz, agresivo y altanero
 Se les cambió uno á uno en enemigos;
 Y colérico al fin y pendenciero,
 Por las causas mas leves,
 Paró con todos en cruzar su acero.
 Dos de ellos con razon, mas cen villanos
 Procederes alevés,
 Una noche por celos femeniles
 Ambos con él vinieron á las manos;
 Mas no fué el ser hermanos
 Razon bastante para ser tan viles.
 El que iba detrás de él, desprevenido
 Le cogió por la espalda, y por el talle
 La espada atravesándole, tendido
 Le dejaron y escánime en la calle.
 Don Gil por la justicia recogido
 Logró sanar: pero quedó impedido
 Para usar las armas. En su abono
 Tuvo D. Gil notable circunstancia,
 Y fué que al agresor no guardó encono;
 Y porque aquel traidor jamás se halle,
 Se negó con estóica arrogancia
 A dar sobre él ni seña ni detalle.
 "Si manos y poder Dios me dejara,
 (Dijo en una ocasion con aire fiero)
 "Yo le hubiera obligado cara á cara
 "A batirse y morir qual caballero;
 "Mas pues Dios me lo veda y lo prohíbe,
 "La venganza que mi alma á Dios le cede
 "A juez humano encomendar no quiero;
 "Que viva con su crimen, si es que vive,
 "Y que muera tranquilo, si es que puede."
 Don Gil casó con hembra de su raza

Siguiendo de su estirpe la costumbre:
Mas para ser feliz, no se dió traza
Soltero ni casado;
El vivió renegando de su estado,
Y henchida su muger de pesadumbre
Llorando á solas su menguada suerte,
Al cabo de diez años de pesares
Entró en su alcoba á desatar la muerte
El lazo que ató Dios en los altares.
Quedó viudo Don Gil con una niña,
Y su mansion encomendó á una hermana
Que, tan hosca como él, la casa aliña,
Pero jamás se atrae ni se encariña
Con ser alguno de la raza humana.
Don Gil, que cada vez mas caprichudo
Y mas en sus caprichos testarudo,
De alma á la vez incrédula y devota.
A veces reza y á las veces vota
Y la paciencia universal agota
Con la impaciencia de su humor sañudo,
Mas se malkumoraba cada dia,
Porque á veces sufría
Rudos ataques de emperrada gota;
Y como en sus adentros preveía,
Viendo á ménos venir su hacienda escasa,
La época cada vez ménos remota
De la ruina completa de su casa,
Se despertaba á veces insufrible
En su genio violento é irascible.
Su hija, que era una niña muy graciosa,
Que por supuesto se llamaba Rosa,
Se fué desarrollando gradualmente
Y haciéndose mujer, no muy hermosa
Como hasta aquí lo han sido eternamente
Todas las heroínas de novela,

Sino de mucha gracia y atractivo,
De genio dulce y de talento vivo:
Cuya alma cariñosa se revela
En su semblante móvil y espresivo.
No podía aplicarse á su persona
El título de bella: su hermosura
Consistía en su gracia, en la dulzura
Y en el decore casto que la abona,
En un aire celeste en que la inunda
Su virtud, y que nunca la abandona:
De sí misma exalado, la circunda
Cual la luz que los ángeles corona.
Mas al citar su gracia, no se crea
Que es decir por decir, porque era fea,
Y que al decir de Rosa
Que es buena y es graciosa,
Es porque fea no hay quien no lo sea:
Al contrario, de Rosa la figura
Atraía la vista como hermosa;
Mas, bien vista, era escasa de hermosura:
Sus ojos eran grandes, cristalinos,
Como los de la corza y la gazela;
Su frente tersa, sus cabellos finos,
Su piel sin pecas, nacarada y lisa;
Su dentadura igual, limpia y enana,
Su voz plateada, dulce su sonrisa,
Sus labios de carmin, su boca sana,
Pequeña y suave su rosada mano,
Y su pié tan pequeño
Que, á no ser andaluz, por su paisano
Le pudiera tomar un mejicano.
Y sin embargo Rosa,
A pesar de estas gracias y estos dones,
No podia decirse que era hermosa.
Faltaba á su figura

Desarrollo y vigor, á su estatura
 Tamaño, y perfeccion á sus facciones.
 Tales eran las gracias corporales
 De la segunda Rosa,
 De mis dos Rosas y mis dos Rosales:
 De sus dotes morales.
 Nos resta prevenir muy poca cosa:
 La narracion las dejará cabales.
 Su alma sin hiel, su corazon ardiente
 Percibe que en su centro
 Se desarrolla una pasion naciente,
 Cuyo fecundo gérmen lleva dentro:
 Su corazon por eso, de ella herido,
 Siente tan susceptible
 de impresiones que hasta hoy nunca ha sentido
 Y está tan exaltado, tan sensible,
 Que á la emocion mas leve comprimido,
 Sube desde él á helar sus labios rojos.
 Un frío que jamás se le ha invadido,
 Y una caliente lágrima á sus ojos.
 Sensible, apasionada, fiel, paciente,
 Nació la triste Rosa de mi cuento
 Para ser infeliz perpetuamente.
 Dios al mundo la envió por un momento
 Para dar á la tierra corrompida
 Su cuerpo débil, al amor su vida,
 Su fé á Dios, y su alma al firmamento.
 Rosa era con su padre complaciente,
 Cariñosa, sumisa y obediente;
 Le servia ligera como el viento,
 Y le cogia al vuelo el pensamiento:
 Don Gil, aunque la amaba ciegamente,
 La daba con su amor siempre tormento;
 Ella era quien pagaba sus enojos,
 La que aguantaba sus amargos dichos.

La que satisfacía sus antojos:
 La víctima infeliz de sus caprichos.
 Esta Rosa era en fin, rosa entre abrojos;
 Mas la espina mas honda que esta Rosa
 En su apenado corazón tenia
 Lavada, era una tía
 Vieja, fea, soltera y envidiosa,
 Que la queria mal porque era hermosa,
 O al menos todo el mundo lo decia,
 Y porque con afán poco cristiano
 Deseaba la hacienda de su hermano.
 De esto se vé en el mundo cada dia.
 La tía se llamó en sus verdes años
 Rosa tambien: más viéndose ya vieja,
 Y lleno el corazón de desengaños,
 Se llegó á convencer de que no hacia
 Con su virginidad un poco añeja
 Un nombre tan gentil buena pareja:
 Y de don Gil siguiendo los extraños
 Modos cambió de Rosa en Rosalía.
 Mas como nunca en los lugares faltan
 Murmuracion y critica, y en todos
 Por diferentes modos
 Desde la mas humilde á la mas alta
 Persona del lugar recibe apodos,
 Al verla tan esuálida y tan lacia,
 Tan flaca y tan enteca,
 La dieron en llamar, y no sin gracia,
 Ni sin exactitud, la Rosa-seca.
 La verdad en su punto: de la tía
 El oportuno aunque ofensivo apodo
 No era aberto del vulgo: otro tenia,
 De quien no hemos hablado todavía,
 La mayor parte en él, cuando no el todo.
 Sabrás pues ¡oh lector! que su autor era

Un mozo muy galan y de talento;
Pues de no ser así nunca pudiera
Ser, como lo es, el héroe de mi cuento.
Como en la historia de él la mia estriba
Bueno será que yo te le presente,
Y que en seguida de la de él te cuente
La mia; ó, mejor dicho, te la escriba.
Y como este mancebo no es un hongo
Que nace de por sí, y es evidente
Que aunque sea en las pampas, ó en el Congo,
Ha debido tener padre, ó pariente,
Es justo que subamos mas arriba,
Y que sepamos algo de la gente
Noble ó plebeya de la cual deriva.
Preciso es confesar de cualquier modo
Que esta manera clásica y pesada
De contar es, lector, la verdadera,
Que todas las demás ne alzan un codo
De esta en comparacion, ni valen nada;
Porque aunque es infantil, impertinente,
Y soñolienta, al fin es la manera
Que está por la Academia sancionada;
Y la Academia al fin lo sab otodo
Porque es sin duda alguna omnisapiente.
Así que yo, que en su saber me fundo,
Y que debo tener por la Academia
Un respeto muy cándido y profundo,
Pues no temo decir una blasfemia
Que en el reino de Dios entrar me impida
Diciendo que por ser un vagabundo
He tenido el placer de ser en vida
El solo ex-académico del mundo,
Me he resuelto á tomar sus buenos modos
Para escribir desde hoy mis libros todos.
¿Donde hay cosa mas lógica, y que pruebe

Mejor educacion, ya que no sea
 La de mas interés, ni la mas breve,
 Que empezar una historia, ante quien lea
 Presentando por orden, uno á uno,
 Los personajes de ella, y á su vista,
 Haciéndoles formar como en revista,
 Irlos citando sin dejar ninguno?
 No hay método mejor: á él me acomodo:
 Y desde hoy á partir á él me suscribo.
 ¡Mal año para mí si de otro modo
 Lo que haya de escribir jamás escribo!
 Adoptado ya, pues, tan buen estilo,
 En la clásica forma, de mi cuento
 Vuelvo á anudar, lector, el roto hilo,
 Y á Don Carlos Rosales te presento.

Era su padre de Don Gil hermano:

Mas como no tenia muchos reales
 A dinero redujo sus caudales
 Y pasó al Continente Americano.
 Dió en Lima, y en negocios comerciales
 Haciendo asociacion con un Limeño
 Les sopló la fortuna muy en breve.
 Trabajando con honra y con empeño
 De un rico capital se encontró dueño:
 Mas nadie en la fortuna fiar debe.
 Tenia aquel Rosales solo un hijo:
 Al verse con dinero
 Se acordó de su estirpe, y como noble
 Quiso tener un hijo caballero.
 En educarle puso afan prolijo
 Y por lograr su afan sobre un velero
 Bergantin le envió á Europa: privilegio
 Del gobierno sacó, como estrangero,
 Y de la corte de la culta Francia
 Obtuvo plaza en el mejor colegio:

Con que pudo decir con la arrogancia
 Del hombre rico y de nobleza rancia
 Que de París y su instituto regio
 Saldria su hijo un hombre de importancia.
 Su esperanza era justa; porque el hijo,
 Que se llamaba Cárlos, por supuesto,
 En los principios de su padre fijo,
 Y de su padre á secundar dispuesto
 La noble y justa pretension, se dijo:
 "Salir de este país sin hacerme hombre
 "De importancia en el mio, y de provecho,
 "Será, además de mancillar mi nombre,
 "No tener corazon dentro del pecho."

El mozo era tenaz, y el que con brío,
 Con fé, constancia y juventud se empeña
 En la empresa mas árdua, la domeña:
 Y así lo hizo el galan del cuento mio.
 Estudió con fervor y con constancia,
 Y en siete años que allí duró su estancia,
 Cercenando horas del placer y el sueño,
 En el colegio principal de Francia
 Dejó con honra el pabellon Limeño.
 Mas hé aquí de la suerte la inconstancia:
 Cuando faltaban, nada mas, dos años
 Para tener su educacion completa,
 Y salir hombre al mundo, por estraños
 Sucesos vino á desatarse el nudo
 Con que tenia al parecer sujeta
 De la fortuna ruin la rueda inquieta.
 ¡Para la suya fué golpe muy rudo!

Su padre por desfalcos mercantiles
 Causados en su hacienda
 Por las guerras civiles
 Del Perú, en la política contienda
 Víctima inerme de enemigos viles,

Tuvo su haber que presentar en prenda
De un capital no habido, y reclamado
Por un amigo infiel como prestado:
Metido al fin por él en un litigio,
Aunque salió el contrario condenado,
El no halló entre las cuentas del juzgado
De capital ni réditos vestigio:
Todo la hambrienta ley lo había tragado.
El infeliz murió desesperado
En el Callao de Lima sin herencia
Que dejar á su hijo, el cual en Francia
Se creía los frutos de la ciencia
Pronto á alcanzar, saliendo á la existencia
De hombre con mucho honor casi en la infancia;
Pues cuando sucedía
Esta legal tragedia allá en su casa
La edad del jóven Cárlos rayaría
En su veintiuna primavera escasa.
Don Gil, que á la verdad lo que tenía
No era mal corazon, sino mal genio,
Lloró la muerte de su hermano en Lima
Porque era él á quien tuvo en más estima,
Y al saber que del huérfano el ingenio
Dar ofrecía una cosecha opima,
Como supo mejor tendió la mano
Al hijo de su hermano,
Y el cargo del sobrino se echó encima.
No le pesó: Don Cárlos era un mozo
A quien apénas apuntaba el bozo,
Mas le hizo Dios de suyo caballero,
De recto juicio y corazon entero;
Y contra lo que justo créé no hay fuerza
Que la indomable voluntad le fuerza.
Vió que su dignidad no permitía
Que en el colegio continuara un día.

Más, sin haber sus cuotas satisfecho;
Y aunque favor al rey pedir podía,
Seguro de que airoso quedaria,
No quiso: y renunciando á su derecho,
Y al porvenir brillante que tenia,
Su profundo pesar guardó en el pecho
Y se vino en silencio á Andalucía.
Rudo fué el cambio, mas con bien fué hecho.
El mozo al encontrarse con su tío
Ganó su voluntad con su despejo.
Cárlos en su exterior era algo frío;
Mas al pasar desde París del viejo
Gotoso al destruido castillejo,
Solitario y sombrío,
Se portó como un hombre de talento
Siempre á su tío á complacer atento,
Y siempre procurando
Manifestarse á sus antojos blando,
Y mostrar al favor que de él recibe
Noble agradecimiento;
No servil sus caprichos adulando,
Sino con digna lealtad probando
Que sabe bien que por su tío vive.
Desde el primer momento
En que llegó á su casa se hizo cargo
De su difícil posicion en ella:
Mas no necesitó tiempo muy largo
Para sondar los vários caractéres:
El tío regañon, la prima bella,
La tía avara . . . se orientó de todo,
Y resolvió estudiar el mejor modo
De conjurar allí su mala estrella
Con aquel ogro y con las dos mujeres;
No le costó en verdad mucho trabajo
Con la brillante edneacion que trajo

De Francia: su instruccion, su alma severa,
La simpatía universal captáronle
Muy pronto, y todos necesario halláronle
Para alegrar su soledad y pena:
Y pronto la mansion cambió de escena,
Pues pronto, como dicen vulgarmente,
Don Cárlos la volvió de arriba abajo:
Del viejo tío la atencion se atrajo
Con su social conversacion amena:
Compañía le dió continuamente,
Sus enojos continuos evitando
Con su continúa distraccion: la tía
Se pagó de la atenta deferencia
De su galante y liberal sobrino,
Y moderó su avara impertinencia
Ante la gravédad y la decencia
Del noble mozo que de Francia vino.
Rosa, en su compañero de paciencia
Hallando un auxiliar tan poderoso,
Vió ya lucir mas claro su destino:
Todo en fin en la casa del gotoso
Comenzó á entrar en calma y en réposo,
Entrando todos en mejor camino.
Cárlos compró un mediano
Y barato piano
Que al irse del lugar vendió un vecino,
Y empezaron las noches á pasarse
Un tanto entretenidas: Rosa-Seca
A Don Cárlos franqueó la biblioteca,
Que diez años pasó sin ventilarse,
Y de cuyos estantes y cajones
Eran únicos dueños los ratones.
Don Cárlos, sus estantes registrando,
Halló infolios y viejos pergaminos
Con algunas curiosas narraciones

De historias del país y tradiciones;
 Y empezaron de noche á deleitarse
 Con lecturas de cuentos peregrinos;
 Y mas tarde empezaron á acostarse,
 Y otra vida á llevar mas apacible
 Que la que procurado les habia
 El humor irascible
 Del tío, y las cuestiones de la tía
 Sobre su miserable economía.
 Tomó pues su ecsistencia un nuevo sesgo
 Que un porvenir tranquilo parecia
 Augurar: solamente se corria
 En tan feliz transformacion un riesgo.

Este Don Cárlos tan gentil, tan grave,
 Amable tan sin par, nacido en Lima,
 Y educado en París, hijo del clima
 Ardiente de la América, y que sabe
 Cuanto en sus años juveniles cabe;
 Tan lleno de entusiasta idealismo,
 A quién tan fiero corazon anima,
 Que con tan honda fé fía en sí mismo,
 Que tiene ya, aunque huérfano y tan jóven,
 Ideas tan seguras y tan latas
 Del mundo; que de Schubert y Beethoven
 De Kálbrenner y Litz toca sonatas,
 Que en siete lenguas habla y en tres rima;
 Que, siendo bachiller en ciencias y artes,
 Y profesor de equitacion y esgrima,
 Puede hablar y lucir en todas partes,
 Y conquistarse universal estima;
 Este intruso sultan que en un estío
 Pudo hacer que en el alma de su tío
 Nuevo carácter su presencia imprima,
 Que se hizo respetar con su aire frío
 De su avarienta tía, y nuevo sesgo

Dando á las cosas de la casa, íntima
 Con todos á la vez, ¿no corre el riesgo
 De deslumbrar el alma de su prima,
 Y de inspirarla una pasión de fuego
 Que puede solo Dios apagar luego?

Yo no lo sé: mas la leyenda mia
 Sin este amor leyenda no sería.

II.

Yo conozco, lector, que otro en mi caso
 Procuraría en la ocasión presente
 Escribirte un capítulo en que acaso
 Luciría su ingenio grandemente,
 Contándote muy bien paso por paso
 Todos los que avanzó su amor naciente.
 Las primeras y extrañas impresiones
 Que sintieron sus tiernos corazones:
 El rubor virginal de la muchacha
 Al percibir tan nuevas sensaciones;
 El reprimido anhelo del mancebo,
 Que esquivaba de amor picar el cebo,
 De Rosa osar, bajo el paterno techo,
 A entrar audaz en el tranquilo pecho:
 Las dudas, el afán, las ocasiones
 Que á comprender su amor les ayudaron:
 Las miradas, las frases, las acciones
 Con que su amor al fin se declararon:
 Todo esto era en verdad lo muy bastante
 Para hacer un capítulo brillante;
 Yo soy, empero, de opinión contraria,

Y esto por dos razones: la primera
Porque esta descripción no es necesaria,
Pues en el día de hoy sabe cualquiera
Cómo naturalmente el amor nace
En dos almas simpáticas, aisladas
Y en continuo contacto colocadas;
Cómo aquel amor niño grande se hace;
Cómo en la soledad se robustece;
Cómo en estas dos almas se entroniza
Y, elevado á pasión, se fortalece,
Las subyuga, y al fin las esclaviza.
Pero estas impresiones se reciben
En el alma, lector: jamás se escriben;
Porque es de Dios la omnipotencia suma
Quién en las almas grandes las inspira,
Y en lo que inspira Dios, á Dios se admira:
Pero no hay alma de tan fuerte pluma
Que se alce al aire donde Dios respira.
Dios dió á los brutos el brutal instinto
De la procreación, el cual ecsiste
En el cuerpo no mas: pero dió al hombre,
Cuyo cuerpo es corteza que reviste
Su alma, un sentimiento muy distinto,
Todo celeste, espiritual, con nombre
"De amor": mas no carnal, vil y grosero,
Como el instinto material del bruto,
Sino de su alma noble noble fruto
Que su divino ser absorbe entero.
Quien por ignobles vicios estragado
En el cieno social viviendo hundido,
Este amor celestial nunca ha abrigado.
En su alma espiritual, jamás ha amado.
Siempre como los brutos ha vivido,
Y es para mí un ser vil y degradado.
Es un hombre sin alma, un ser echado

Del paraíso con Adán, proscrito
Del celestial Eden, que no ha lavado
Su alma de aquel original delito,
Y para quien mi libro no está escrito.
Quien este amor del alma no comprenda,
Quien solo pueda lúbricas pasiones
Comprender . . . al llegar á estos renglones
Que no lea uno mas de mi leyenda.
Una de estas pasiones Dios la enciende,
Dios en dos almas nobles la radica
Y es eterna. ¿Porqué? Lo certifica
La existencia del hecho: lo comprende
El alma: la razón no nos lo explica.
Todo en el hombre es fútil, pasajero:
Cuanto nace con él, perecerá:
Todo es móvil en él: todo varía
En su naturaleza cada día:
Forma, carácter, gusto, afán, instinto,
Todo en él por edades es distinto:
¿Porqué hay á veces hombres y mugeres
Que nacen con un alma destinada
A una pasión voraz, única, eterna?
Si hay alguno á quien esto le concierna,
Que te explique la esencia de estos seres:
Yo de misterio tal no entiendo nada.
La pasión de que trata este relato
Es una de esas únicas: su esencia
No pretendo explicar: tan solo trato
De consignar los hechos, consecuencia
De esta pasión que á lo común escapa.
Por eso de este amor paso por paso
Las situaciones mi talento escaso
Renuncia á describir: porque no puedo.
Rosa y Carlos se amaron: es el hecho.
¿Cómo creció su amor? Dios, que lo hizo,

De su amor la razon puso en su pecho.
No sé causas: efectos garantizo.

La segunda razon que yo he tenido
Para no describirte uno por uno
Los pasos de su amor es que he creido,
Además de ser cuento algo importuno,
Que no debo, lector, sin que te ofenda,
Suponerte tan falto de sentido
Que tu pobre cacúmen no comprenda
Que Don Cárlos y Rosa, al presentarse
Como protagonistas de leyenda,
Tienen en ella precision de amarse.
Porque ¿qué diablo de papel hacian
Si en esta situacion no se querian?
Y sin su amor ¿cuál era el argumento?
Sobre qué iba á girar mi pobre cuento?
Así pues, buen lector, debe bastarte
Saber que al fin de un año
(Que voy á suprimir para no hartarte
De amorosos coloquios,
Y tiernos soliloquios)
No debes de encontrar nada de estraño
En que, en su posicion, Cárlos y Rosa
Una mútua pasion se profesáran
Tanto mas exclusiva y poderosa
Cuanto más cada vez la alimentáran
Su ardiente y juvenil naturaleza,
Su fé, su soledad y su tristeza.
Y un año entero de pasion, nacida
En soledad, y en soledad nutrida,
Puede ser en dos tiernos corazones
Una de esas tiránicas pasiones
Que duran de una vez toda la vida.

III.

Era un año despues. D. Gil, pagado
De la formalidad é inteligencia
De su sobrino Cárlos, habia puesto
A su cargo el arreglo de su hacienda.
Mas la de un viejo descuidado y pródigo
Como él tan fácilmente no se arregla,
Y tardó un mes en ordenar D. Cárlos
La enredada maraña de sus cuentas.
El resultado general fué un *déficit*;
Porque como el cultivo de las tierras
Se da en arrendamiento; como en libros
Las necesarias notas no sé llevan;
Cómo jamás al porvenir se mira,
Y de lo ya pasado se está á ciegas,
Las rentas cada vez son mas escasas
Y empiezan á apuntar algunas deudas.
Cárlos mostró los infalibles números
A la tia económica, pidiéndola
Un cargo y data de los gastos hechos
Por sí misma en la casa que gobierna,
Dándola por razon que era imposible
Que sus guarismos sin sumar se hiciera.
El balance total, ni cuenta exacta
Dar á D. Gil de sus gastadas rentas.
La tia respondió tartamudeando
Que jamás escribía: que el tio era
Quien guardaba el dinero, y que ella nunca
Cuentas daba á D. Gil; cuya respuesta
Hizo palpablemente ver al mozo

Lo de que siempre tuvo una sospecha;
Que en la administracion de Rosalía
No entraban tantas sumas como restas.
La tia era enemiga muy temible
Y era preciso transigir con ella;
Mas no era cosa fácil, porque el mozo
No transigió jamás con su conciencia.
Fué preciso adoptar por buen arbitrio
Hacer un saldo general de cuentas.
Cárlos dijo á D. Gil que lo pasado
Para volver atrás no había fuerza;
Que era preciso entrar en nueva vida,
Empezando á vivir con cuenta nueva;
Con lo cual Rosalía quedó incólume,
Mas á D. Cárlos por temor sujeta.
Cárlos administró desde aquel dia
Los bienes de su tio con severa
Y asídua integridad: é independiente
La tia continuó con la doméstica
Gobernacion: y se empezaron pronto
Del órden á palpar las consecuencias.
Todo marchaba bien, con la esperanza
De que con justa economía interna,
Orden en los negocios esteriore
Y una administracion llevada en regla,
La casa de D. Gil en pocos años
Volvería, no á entrar en la opulencia,
Sino en el bienestar de los que viven
Con sus necesidades satisfechas.
D. Gil comenzó á ver á su sobrino
Como un ser necesario á su ecsistencia
Intelectual y material, mirándose
Libre de pequeñeces y miserias
Enojosas por él: en otro círculo
A girar empezaron sus ideas,

Y en otros pensamientos divertido
Cambió en tranquila calma su impaciencia.
Se acostumbró á ver siempre á Rosa y Carlos
Al lado suyo en familiar franqueza
Y él mismo poco á poco fué animándose
A hacer su union mas íntima y estrecha.
Si alguna vez imaginó que el tiempo
Su amistad en amor cambiar pudiera
Alcanzó en tal hipótesis tan solo
Una esperanza dulce y halagüeña.
La tia empezó á ver á sus sobrinos
Con maternal é insólita indulgencia,
Y Rosa se libró de aquella espina,
Que ya á su corazon no fué molesta.
Estrecharon en fin Carlos y Rosa
Su intimidad en libertad completa,
Y empezaron castillos en el aire
A hacer sobre su suerte venidera.
Carlos pasaba la mitad del día
Metido en la empolvada biblioteca,
Registrando sus libros y legajos,
Y haciendo apuntes mil en sus carteras.
Algunos dias, al rayar el alba,
Recorría la falda de la sierra,
Aplicado á botánicos estudios,
Y haciendo estraña coleccion de yerbas.
Por las tardes un *album* que dió á Rosa
En llenar se ocupaba de acuarelas,
Representando los paisages frescos
Que el castillejo de D. Gil rodean.
D. Carlos, para hacer estas pinturas,
Ponia en frente del balaon la mesa:
Rosa con su labor se colocaba
En frente de él, y en su sillón de ruedas
D. Gil tendido, en la penumbra tibia,

Tranquilo hacía su diaria siesta.
Los primos platicaban por lo bajo,
Del dormido D. Gil con la presencia
Autorizados; mas del todo libres,
Lo mismo que si solos estuvieran.
Despertaba D. Gil: aprocsimaba
Su sillón hacía ellos, y á la escena
Se añadía en verdad un personaje;
Pero la situación quedaba idéntica.
D. Gil gozaba contemplando á Carlos
Avanzar en su artística tarea,
Con infantil placer reconociendo
Los sitios que el dibujo representa.
Rosa se levantaba muchas veces,
Y tras la silla de su primo puesta
Miraba sus pinturas, avanzando
Por encima de su hombro la cabeza.
¿Qué faltaba á este cuadro de familia?
Nadie en palabras su opinion secreta
Había reducido todavía:
Mas su unión parecia cosa hecha.
Todo les sonreía: para todos
Era esperanzá tal muy lisongera;
Corría, pues, su vida, de placeres
Castos colmada, y de esperanzas llena.
Pero no hay dicha alguna que en el mundo
Sea para los hombres duradera,
Bien que por algun mal no sea agriado,
Ni placer que no turbe alguna pena.
D. Juan Rosales, el pariente rico
Que vivía en Madrid en la opulencia,
Llegó un día al castillo, de repente,
Sin anuncio anterior, ni carta prévia.
D. Juan es de una edad mas avanzada
Que D. Carlos; corteses sus maneras,

Gallarda su apostura; es un buen mozo,
 Como suelen decir: mas se revela
 En su mirada suspicaz, y en su aire
 Reflexivo y taimado, la prudencia
 Del que jamás de su interés se olvida,
 Y que con todo con afan comercia.

D. Cárlos es mas bajo: los estudios
 Tuvieron su precoz naturaleza
 Americana en la inaccion, y á todo
 Su desarrollo natural no llega.

D. Juan es un hombre hecho que ha alcanzado
 Ya todo su vigor: flexible, esbelta
 Y aun casi afeminada, su figura
 Es elegante, cortesana y bella.

D. Cárlos tiene un cuello vigoroso,
 Pecho y hombros robustos: su cabeza
 Apoya en él como sobre una base
 Sólida un busto antiguo: no se eleva
 Con flexibilidad y gallardía
 Sino que sobre el pecho se sustenta.

No parece su busto de hombre jóven:
 No revela esbeltez sino firmeza:
 El resto de su ser no corresponde
 Al vigor de su busto: á la primera
 Ojeada se ve que aun tiene creces,
 Que no ha alcanzado aun toda su fuerza.

D. Juan afecta siempre la sonrisa:
 La espresion de D. Cárlos siempre es seria;

D. Juan tiene la voz dulce y sonora;

D. Cárlos bien timbrada, pero seca.

D. Juan es un mancebo calculista,
 Frívolo y comercial, de nuestra época,
 De la incredulidad positivista,
 Hijo de nuestra edad antipoética.

D. Cárlos es un mozo concienzudo

Con todos los defectos y las prendas
 (Salvo la ciencia que aprendió en los libros)
 De un caballero audaz de la edad media.
 Entre D. Cárlos y D. Juan ecsiste
 Una grande y marcada diferencia
 Interior y exterior: son dos figuras
 Que no podrían á la par ser puestas
 Por un mismo pincel del mismo cuadro
 Sobre el lienzo: no cañan: se despegan,
 Son dos figuras de dispar dibujo,
 Distinto siglo y diferente escuela.
 Gallardos son los dos: los dos son mozos
 De buena sociedad; mas de ver se echa
 Que en D. Cárlos se alberga la hidalgúa,
 La ruda lealtad y la fiereza,
 Del caballero; y en D. Juan se oculta
 El cálculo, la calma y la reserva
 Del negociante: esto es: D. Cárlos siente,
 Piensa D. Juan: son dos naturalezas
 Distintas: en D. Cárlos quien domina
 Es siempre el corazon: D. Juan refrena
 Siempre su impulso: en conclusion, no pueden
 Simpatizar dos almas tan opuestas.

D. Cárlos al oír de los caballos
 De D. Juan las pisadas á la puerta
 Del castillejo de D. Gil, curioso
 Al descanso salió de la escalera.
 En elegante trage de camino,
 Y con aplomo familiar subiéndola,
 D. Juan, cuando de Cárlos se halló enfrente,
 Le preguntó con la altivez atenta
 De un hombre superior: ¿D. Gil Rosales
 Está?
 D. CAR.—¿Se puede el nombre del que llega
 Saber?

D. JUAN.—D. Juan Rosales, su sobrino.

D. C.—Está en su cuarto; entrad. Dijo con seca

Civilidad D. Carlos: é hizo paso

A D. Juan, que se entró de pieza en pieza.

Don Carlos se quedó preocupado

Con la visita de Don Juan, las cejas

Fruncidas, la cabeza sobre el pecho

Inclinada, clavado ante la puerta

Unos momentos; trás los cuales Rosa

Saliendo del salon le dijo inquieta:

ROSA.—¿Quién ha venido, Carlos?

D. CAR.—Nuestro primo

Don Juan. La faz de Rosa de la cera

Tomó la palidez: Carlos el frio

Sintió en su corazon de una sospecha

Penetrar, y fijando una mirada

Tenaz sobre la pálida doncella

La preguntó: ¿Conoces á ese primo

De antes?

—Sí, respondió la niña trémula.

D. CAR.—¿Ha venido otras veces á esta casa?

ROSA.—Dos.

D. CAR.—¿A qué?

ROSA.—No lo sé.

D. CAR.—¿Tiene influencia

En la familia?

ROSA.—Sí.

D. CAR.—¿Por qué?

ROSA.—Lo ignoro.

D. CAR.—¿Y sobre tí?

ROSA.—Ninguna.

D. CAR.—¿Con franqueza

Te trata?

ROSA.—Como primo.

D. CAR.—Y tú... ¿lo quieres?

ROSA.—No.

D. CAR. —Mas ¡Nunca?

ROSA. —Jamás.

D. CAR. —¡Bendita seas!

Cárlos estrechó á Rosa entre sus brazos:

Entre ellos escondió su faz modesta

La muchacha, y sus lágrimas mezclaron

Con amante efusion sus almas tiernas.

¡Porqué Cárlos á Rosa estas preguntas

Hizo? ¡Porqué palideció al hacérselas

El, y porqué la palidez de Cárlos

Blanqueó de Rosa las mejillas frescas?

Porque los celos tienen su fluído

Como la vista y voluntad magnéticas,

Con el cual se transmiten los que se aman

De sus almas amantes las ideas;

Porque sin celos no hay amor: porque alza

De ante sus ojos el amor su venda

Y á la luz de los celos lo futuro

Vé, y el cerrado porvenir penetra.

Salió D. Juan del cuarto de su tío

Tras de dos horas de sesion secreta,

Y por él á sus primos presentado

Con humos de galan entró en escena.

Dió á Don Cárlos escusas cortesanias

Sobre su harto impolítica maxera

De tratarle al llegar, no conociéndole:

Le hizo cortés de su amistad la oferta,

Y le tendió la mano. Vió Don Cárlos

Que no corresponderle era una ofensa

Injusta, y dió á D. Juan su mano fria,

Que de fria amistad pareció prenda.

¡Para qué aglomerar versos inútiles

Sobre tal situacion? A comprenderla

Mejor que los detalles engorrosos

Nos servirá el saber las consecuencias.
 Don Juan estuvo de D. Gil en casa
 Diez días: lo que de esta permanencia
 Salió dicen los diálogos siguientes,
 que convierten en drama la leyénda.

IV.

ESCENA PRIMERA.

Al volverse D. Juan al castillejo
 De su tío una tarde, entre unas huertas
 Que forman callejon halló á D. Carlos
 Que aguardaba á propósito su vuelta.

D. CAR.—¿D. Juan?

D. JUAN. —¿Qué hay?

D. CAR. —¿Cuando partís?

D. JUAN.—Mañana.

D. CAR. —Tengo con vos

Que hablar antes.

D. JUAN. —¿Báh! ¿Salís

Del castillo á eso? Los dos

Vivimos allí.

D. CAR. —Ha de ser

A solas.

D. JUAN. —¿No hay aposentos

Arriba?

D. CAR. —Mis pensamientos

Aire libre han menester.

D. JUAN.—¿Tan grandes son?

D. CAR. —No son mucho:

Mas solo para los dos

Son, y debeis selo vos

Escucharlos.

D. JUAN. —Pues ya osoucho.

D. CAR.—Os suplico que dejeis

Ese tono un poco altivo,

Pues tengo el genio algo vivo.

D. JUAN.—¿Qué es lo que en mi tono veis

Que os ofenda?

D. CAR. —Todavía

Nada: mas mi honor desea

Que vuestra palabra sea

Unisona con la mia;

Y como esta es moderada

Y cortés, vuelvo á rogaros,

Que la vuestra, al explicaros,

Sea cortés y mesurada.

D. JUAN.—Está bien: procuraré

Entonarla por la vuestra.

D. CAR.—De atencion será una muestra,

Y yo os la agradeceré.

D. JUAN.—Pues abreviad.

D. CAR. —Pues oíd.

¿Pendríais inconveniente

En decirme lealmente

Para qué habeis de Madrid

Venido?

D. JUAN. —¿Y vos lo tendreis

En decirme sin rodeos

Con qué intento, ó qué deseos

Esa pregunta me haceis?

D. CAR.—No: porque yo en mucha estima

Me tengo para mentir.

Don Juan, antes de venir

Vos amaba yo á mi prima.

D. JUAN.—Me lo sospeché al llegar.

D. CAR.—Y ahora que lo sabeis

De mí ¿explicarme podéis

Vuestra intencion al marchar?

D. JUAN.—Mi intencion está muy clara.

D. CAR.—¿Cual es?

D. JUAN.—Casarme.

D. CAR.—¿Con Rosa?

D. JUAN.—He venido por esposa.

A pedirla.—Mala cara

Me poneis: pero es sencilla.

Mi conducta, y no os enoje

Que aquí á observaros me arroja

Que en verdad me maravilla,

Y creo en vos muy mal hecho,

Que no hayais franqueado al tio

Vuestro amor, como yo el mio.

D. CAR.—No osé.

D. JUAN.—Pero yo sospecho

Que declarársele á ella

Habeis osado sin duda.

Y amor que el padre no escuda

No habe honor á una doncella.

D. CAR.—Es justa la observacion.

D. JUAN.—Ya lo veis.

D. CAR.—Pero sospecho

Que tal demanda no ha hecho,

Don Juan, vuestro corazon.

D. JUAN.—¿Porqué?

D. CAR.—Porque aunque es muy recto

Pedírsela al padre, acaso

Antes de dar este paso

Debe obtenerse su afecto.

D. JUAN.—Don Carlos, el matrimonio

Debe hacerse por razon:

Los que anuda la pasion—

Los enmaraña el demonio.

La pasion es un capítulo

Muy breve: el interés rueda
Lejos.

D. CAR. —Mas Rosa no hereda
Interés.

D. JUAN. —Hereda un título
De Baronesa.

D. CAR. —¡Ay Don Juan!
¡Un título de Baron
Es á vuestro corazón
Lo que trae con tanto afán!

D. JUAN. —¡Vaya! ¡Del título en vos
Nada influyó la esperanza?

D. CAR. —Nada.

D. JUAN. — Es cosa ¡vive Dios!
Que mi comprensión no alcanza.

D. CAR. —Os puedo probar que nó.

D. JUAN. —Y os tendré, si hiciéreis tal,
Por el más original
Que en nuestro siglo nació.

D. CAR. —Pues bien: si yo puedo hacer
Que ese título obtengais,
Pues claro es que no la amais
¡Renunciáis á la mujer?

D. JUAN. —No alcanzo vuestra intención
Pues no puedo concebir
A quien pueda convenir
Ser marido y no baron.

D. CAR. —Ni yo puedo comprender
Que un título por lograr
Se pueda un hombre casar
Sin amor á su mujer.

D. JUAN. —Amor es fruto que dan
Tiempo, interés y costumbre.
Amor es como la lumbre:
Una chispa hace un volcan.

D. CAR.—Pero cuando el corazón
 Que esa chispa ha de incendiar
 Está debajo del mar
 Inmenso de otra pasión,
 Caerá en el agua la chispa.

D. JUAN.—El mayor volcán de amor
 No produce mas calor
 Que el aguijón de una avispa.

D. CARL.—No habeis amado jamás.

D. JUAN.—Como en las novelas no.

D. CAR.—¿Y si amára á Rosa yo
 Como en novela?

D. JUAN.— Quizás
 Sois capaz de ello.

D. CARL.— Y muy bien:
 A Rosa dejad por mia
 Y os cedo la baronía.

D. JUAN.—¿Y con dinero, de quién
 La mantendreis?

D. CARL.— Eso es cosa
 Que basta que sepa yo.
 Con que ¿acceptais? Sí ó no?
 La Baronía por Rosa.

D. JUAN.—No lo comprendo.

D. CARL.— En verdad
 No hay mucho que comprender:
 Yo amo solo á la mujer,
 Y vos vuestra vanidad.

D. JUAN.—No os mordeis la lengua.

D. CARL.— Estoy
 Aprendiendo á negociante,
 Y mi negocio adelante
 Derecho llevando voy.

D. CARL.—Yo amo á Rosa y la antepongo
 A cuanto la tierra cria.

Vos amais la baronía:

Hacer un cambio os propongo.

D. JUAN.—Si las dos puedo obtener
¿Porqué á una renunciar?

D. CARL.—Es que no podreis lograr,
Viviendo yo, la mujer.

D. JUAN.—¿Me amagais?

D. CARL.— No todavía:

Os digo en la mayor calma

Que aun á costa de mi alma

La mujer ha de ser mia.

Vos nunca podreis, D. Juan,

Comprender mi corazón,

Porque en distinta region

Nuestras dos almas están,

Y os digo sin amenaza,

Ni ira, que en mi amor tenaz,

Primo Don Juan, soy capaz

De acabar con nuestra raza.

D. JUAN.—No es empresa ¡vive Dios!

Hoy ya muy dificultosa:

No quedamos mas que Rosa,

Don Gil y nosotros dos.

D. CARL.—Aun puede arreglarse todo

Dé un modo fácil, Don Juan,

Como querais á mi plan

Adheriros.

D. JUAN.— ¿De qué modo?

D. CARL.—Dadme palabra de honor

De esperar hasta tres años

A que de reinos estraños

Vuelva: respetad mi amor

En mi ausencia: á nuestro tío

Esta noche propondremos

Nuestro pacto, y si uno hacemos

De vuestro intento y del mio,

Lograremos nuestro afan,

Yo el de cumplir mi pasion

Y vos el de ser Baron.

¿Os acomoda, Don Juan?

D. JUAN.—¿Tres años os ausentais?

D. CARL.—Sí.

D. JUAN.— Si al cuarto no volveis

¿Podré yo ?

D. CARL.— Como gustéis

Obrar, si leal obráis;

Porque si por desventura

Vais con intento falaz,

Por vengarme soy capaz

De dejar la sepultura.

D. JUAN.—Bravo estais: mas ¿dejareis

Vuestra renuncia formal?

D. CARL.—En la forma mas legal

Que vos la necesiteis.

D. JUAN.—¿Y si aquí no estais de vuelta

Para el plazo?

D. CARL.— Es que habré muerto.

D. JUAN.—Está bien. Ahora os advierto

Que queda otra punta suelta,

Que atar.

D. CARL.— ¿Cual es?

D. JUAN.— Que mi tío

Me es una suma en deber.

D. CARL.—Si vuelvo, rico ha de ser:

Yo la tomo á cargo mio.

D. JUAN.—Es que tres años están

Siempre de treinta y seis meses

Compuestos.

D. CARL.— Los intereses

Tambien acepto. D. Juan.

- D. JUAN.—Sois un mancebo gentil.
 D. CARL.—No os hago igual cumplimiento,
 Don Juan, porque nunca miento.
 Vamos á ver á Don Gil

- Y uno trás otro emprendiendo
 La subida del cerrillo
 En que está alzado el castillo
 Iban entre sí diciendo:
 D. JUAN.—Este primo tan galan
 O está fuera de razon
 O tiene oculto algun plan.
 D. CARL.—O en Dios no cree este D. Juan,
 O no tiene corazon.

V.

ESCENA SEGUNDA.

- Tras un ataque de su mal de gota,
 Y en un acceso de su mal humor,
 Hallaron á D. Gil sobre su lecho
 Cuando acertaron á llegar los dos.
 Con él estaban Rosa y Rosalía:
 El momento, pardiez, no era el mejor
 Para D. Gil: mas les urgía el tiempo
 Y abordar era fuerza la cuestion.
 D. Gil frunció las cejas cuando entraron
 En su cuarto: D. Juan se le acercó
 Por un lado: D. Carlos fué de frente:
 Mas D. Gil la palabra le atajó.
 D. Gil.—¿Qué mil demonios quereis?

- D. CAR.—Hablar con vos.
- D. GIL. Mas valia
Que me hiciérais compañía
esta tarde.
- D. CAR. Hasta las seis
He estado con vos.
- D. GIL. ¡Y ese otro
Vagabundo?
- D. JUAN. Yo he salido
Por mis cartas.
- D. GIL. Sí; te has ido
Dejándome á mí en el petro
Tendido. En fin, ¿que quereis
Ahora juntos; pesiatal?
- D. CAR.—Tío, que si os deja el mal
Un punto nos escucheis.
- D. GIL.—¡Mal año para los dos!
Dejadlo para mañana:
Mas que de hablar tengo gana
De reposar.
- D. CAR. Lo que vos
Querais se hará; mas siendo este
El primer favor que os pido
No esperé que recibido
Fuera tan mal.
- D. GIL. ¡Mala peste
Para vuestro genio fosco!
Afecto leal te tengo,
Cárlos; pero te prevengo
Que, si te amoscas. me amosco,
Tambien, y no adelantamos
Nada: pues segun estoy
Soy capaz de reñir hoy
Con el Domingo de Ramos.
Tu prima Rosa llevó

Do comércio: mas se engaña,
 Porque al comercio es estraña
 La fé de mi corazon.

Vos sois, D. Juan negociante,
 Y yo presumo de hidalgo:
 No es porque mas que vos valga;
 Mas dejadme ir por delante.

D. JUAN.—Habiad pues sahorabuena.

D. GIL.—Bravo, sobrinos: voy viendo
 Que cada vez va creciendo
 El interés de la escena.
 Preveo que en la cuestion
 El honor vais á meter,
 Y me alegraré saber
 Si teneis un corazon.

D. JUAN.—Yo sí, tio.

D. CARLOS.—Yo tambien:
 Y espero que mis propuestas
 Pruebas hoy bien manifiestas
 De la fé del mio os den.

D. GIL.—Di: mas si al honor se toca
 Dé la casa, tus palabras
 Mide bien antes de que abras
 Pará decir las la boca.

D. CARLOS.—No temais: hemos, D. Gil,
 Mi primo y yo departido,
 Y en que soy ha convenido
 Un manecbo muy gentil.
 Yo tengo mi vanidad
 En ser, aunque un poco fiero
 Y tenaz, un caballero:
 Digo siempre la verdad.
 Sabeis que en su fundacion
 Nuestra familia fué rica,
 Y que en su solar radica

Un título de Baron.
 Multiplicada la raza,
 Se subdividió la hacienda,
 Y que cada cual atienda
 A sí mismo, y se dé traza
 De vivir, es necesario.
 Vos, aunque rico no esteis,
 Por derecho poseeis
 El título hereditario:
 Mas para que pase á Rosa,
 Es fuerza que vuestra hija
 De sus parientes elija
 Uno de quien ser esposa.

D. GIL.—Ley es de la fundacion
 De la baronía.

D. CARLOS.— Es

Justo que se cumpla pues;
 Mas he aquí la situación
 En que las cosas están:
 Cuando á veros ha venido
 Y á mi prima os ha pedido
 Para su esposa D. Juan,
 Señor D. Gil, no sabia
 Que yo á vuestra hija amaba.

D. GIL.—¡Vaya una salida brava!

D. CARLOS.—Pues os falta todavía

Lo mas bravo, y es que Rosa
 Corresponde meses hace
 A mi amor, de donde nace
 Que se complica la cosa.

D. GIL.—Si antes dicho me lo hubieras...

D. CARLOS.—Lo pudisteis desde luego :

Ver vos mismo á no estar ciego:
 Mas ya de todas maneras
 La cuenta es otra. Parece

- Que os prestó una cantidad
 D. Juan, que es en realidad
 Por lo que á Rosa merece.
- D. GIL.—Sobrino, tienes un modo
 De decir las cosas tal....
- D. CARLOS.—Es ágrío; pero es leal:
 La verdad es ante todo.
- D. GIL.—Adelante: no me ofendes
 Con no ser adulador:
 Que digas siempre es mejor
 Las cosas cual las entiendes.
- D. CARLOS.—No ha de ser por falta mia
 Si no es clara la cuestion;
 Dos partes tiene, que son
 La prima y la baronía.
 A las dos por consecuencia
 D. Juan y yo, siendo primos,
 Con derecho nos creímos:
 Mas hay una diferencia.
 D. Juan quiere ser baron
 Ante todo: yo prefiero
 A Rosa, porque la quiero
 Con todo mi corazon.
- D. Juan vió á su prima hermosa,
 Y presunta baronesa,
 Y á prestaros se dió priesa
 Una suma sobre Rosa.
- D. JUAN.—D. Cárlos, vuestro insultante
 Modo de contar me afrenta.
- D. CARLOS.—Son guarismos de mi cuenta,
 Y estoy sumando.
- D. GIL.— Adelante.
- D. CARLOS.—Amor D. Juan necesita
 Que altos réditos le cobre:
 Yo amo á Rosa, aunque sea pobre,

Y aunque no fuera bonita.
 Ahora bien, tío: á D. Juan
 He hecho una proposicion,
 Y es que sea él el baron
 Y yo vuestro hijo; mi plan
 Es mi secreto: yo os pido
 Tres años para emprender
 Un viaje que pienso hacer;
 Si al fin de ellos no he venido
 Con suficiente caudal
 Para pagar, con el rédito
 Que sea justo, su crédito
 Contra vos, y si leal
 Obra él en ausencia mia
 Con Rosa y conmigo, puede
 Suplantarme: que se quede
 Con ella y la baronía.

D. GIL.—Propuesta es á fé bizarra,
 Y que merece benigna
 Aceptacion: porque es digna
 De los tiempos de Mudarra.
 ¡Voto á crias que me place!
 Porque tal proposicion
 Prueba un grande corazon
 Y todo lo satisface.

D. JUAN. Yo tambien la acepto, tío:
 Aunque, á la verdad, se alcanza
 Que inclinais mas la batanza
 De su lado que del mio.

D. GIL.—No te piques: te confieso
 Que á Carlos tengo aficion:
 Mas te diré la razon
 Porque por él me intereso.
 Tú no has vivido jamás
 Aquí: te debo un favor

De interés: pero á su amor
 Le debo, Juan, mucho mas;
 Porque hace mas de año y medio
 Que está, con la abnegacion
 De un mártir, la distraccion
 Procurándome en el tedio,
 La soledad y el fastidio
 De esta casa; y ¡por mi vida!
 Que no fué hasta su venida
 Mi casa mas que un presidio!
 El ha arreglado mis cuentas:
 El mirándome á los ojos
 Para templar mis enojos
 Ha estado siempre: él mis rentas
 Ha doblado: y te lo digo,
 Aunque yo mismo me asombre
 De ello; pero soy otro hombre
 Desde que él está conmigo.
 ¡Y á fé que cuando él se vaya
 No sé yo quién ha de ser
 El que me pueda tener
 En mis ímpetus á raya!
 Y me alegro esta ocasion
 De haber hallado propicia
 Para probar la justicia
 Que le hago en mi corazon.

D. CAR. No hice mas que mi deber.

D. JUAN. Del amor obré ayudado.

D. GIL. En igual caso has estado:

Lo mismo pudiste hacer.

D. JUAN. Yo estoy fuera establecido.

D. GIL. Bien: no hablemos mas: por mí,

Sobrinos, digo que sí

A lo que habeis convenido.

D. CAR. Entónces partiré yo

mañana.

- D. GIL. ¿Porqué ha de ser
Tan pronto?
- D. CAR. Porque á correr
Mi primer año empezó
Desde este mismo momento,
Y no los debo perder.
- D. GIL. ¿Y no se puede saber
A donde vas?
- D. CAR. No.
- D. GIL. Lo siento.
- D. CAR. Yo tambien: mas quiero fiel
De mi secreto la llave
Guardar; porque si lo sabe
Don Juan, no me fio de él.
- D. GIL. Si en el secreto consiste
El écsito de tu empresa.....
- D. CAR. Es lo que mas me interesa.
- D. GIL. Mi curiosidad no insiste
Mas: haces bien.
- D. JUAN. Hace mal.
- D. GIL. ¿Porqué?
- D. JUAN. Porque, si sujeto
Quedára á guardar secreto,
Lo hiciera.
- D. CAR. No creo tal
De vos, Don Juan: y que os diga
Perdonad con tal franqueza
Lo que siento.
- D. GIL. (á Cárlos) Tu rudeza
Es brutal.
- D. JUAN. Mejor: me obliga
Menos.
- D. CAR. Vuelvo á repetiros
Que me escuseis: yo prefiero

Ser bruseo á ser embustero.

D. JUAN. Haceis bien: sin temor iros
Podeis.

D. CAR. Gracias: me iré así,
Don Juan; mas ya os lo advertí:
Si me engaÑais estad cierto.
De que ni despues de muerto
Estais seguro de mí.

D. GIL. Ya basta, mancebo loco:
En tu raza no hay traidores:
¡Malhaya vuestros amores
Si es que os teneis tan en poco
Por ellos! No se hable mas
De eso.

D. CAR. Por mí se acabó.

D. JUAN. Y por mí.

D. GIL. Pues bien; que no
Queden rencillas detrás.
Yo quedo aquí entre los dos.
Mañana podreis partir
Y vamos ahora á dormir.
Dejad lo futuro á Dios.

El viejo, á extinguir atento
Estos dos odios nacieses,
Atajó su rompimiento,
Y ambos fueron obedientes
Cada cual á su aposento.

Mas por buena precaucion
Volviendo á Rosa á llamar
Quitó á los dos la ocasion
De entrar con ella en question
Fuera de tiempo y lugar.

VI.

ESCENA TERCERA.

Entre dos que se aman bien
Solo Dios puede meterse.
Como se empeñen en verse,
Saltan por todo y se ven.

Rosa, que á Cárlos amaba
Bien, salió del aposento
De don Gil con mucho tiento
Cuando el dia aun no rayaba.

Como amor es magnetismo
Que á los amantes inspira,
Y de ellos en pró conspira,
Don Carlos hizo lo mismo:

Así que apénas ponía
Rosa fuera de la puerta
Un pié, vió á Cárlos, que alerta
Estaba, y á ella venía.

El caso era escepeional
Y estrema la situacion:
Atropelló la pasion
Toda ecsigencia social.

Don Cárlos la asió con tiento
Por la mano, y entreabierta
Dejando, no mas, la puerta,
La condujo á su aposento.
Ciego pintan al amor,
Y es verdad: no mira á nada.
La muger enamorada
Es el ser de mas valor.

Cuando llega una mujer
A amar de veras á un hombre,
Ya no hay nada que la asombre,
Ni la haga retroceder.

Va hasta la temeridad
De su amor en la defensa,
Y la da una fuerza inmensa
Su misma debilidad.

Lo que el hombre mas valiente
Vacila en acometer
Va á arrostrarlo una muger
Firme el pié y alta la frente.

Sufre y ama hasta el delirio
Sin ceder: nada la abate:
Ama y sufre hasta el martirio,
Y hasta la muerte combate.

Pero es fuerza convenir
En que solo la mujer
Es quien sabe distinguir
A quien debe de temer,
A quien debe de seguir,
A quién puede su fé dar,
De quien fé puede esperar,
Y por quien debe morir.

Rosa entró pues sin recelo
En el templo del honor,
Y vió á la luz de su amor
Cárlos su cuarto hecho un cielo.
Ocupó Rosa la silla
Que Cárlos se acercó á darla,
Y ante ella para adorarla
Hincó en tierra una rodilla.
Mas cómo preciso era
Aprovechar los instantes,
En plática los amantes

Entraron de esta manera:

D. CAR. Rosa, nuestro porvenir

De esta entrevista depende:
Si me amas, por Dios atiende
Lo que te voy á decir.

Encierra bien mis palabras
En tu corazon, bien mio,
Y ni á Don Juan, ni á mi tio,
Nunca en mi ausencia se le abras.

ROSA. ¡Te vas? ¡Qué va á ser de mí
Sin tí? Mi ser se desfallece.
No te vayas. ¡Te pareco
Que podré vivir sin tí!

D. CAR. Es fuerza, y resuelto estoy.
Don Juan pidió ayer tu mano
A D. Gil.

ROSA. —Es un villano.

D. CAR. Ya lo sé.

ROSA. —¡Y te vas?

D. CAR. —Me voy.

ROSA. ¡Y á dónde?

D. CAR. —A climas estraños,
A las Indias orientales.

ROSA. ¡Dios mio! ¡A regiones tales?
¡Tardarás?

D. CAR. —Tal vez tres años.

ROSA. ¡Virgen Santa! ¡Y con qué objeto
Por tanto tiempo me dejas
Y tanto de mí te alejas!

D. CAR. Oye, Rosa, mi secreto.
Yo soy pobre.

ROSA. —¡Y qué te importa
No ser rico? Yo te adoro;
No vale una mina de oro
Tres años de amor.

D. CAR. —Mas corta
Puede ser mi ausencia, y mucha
No es si me amas.

ROSA. —¡Ay de mí!
¿Son poco tres años?

D. CAR. —Sí.
Escucha, por Dios, escucha.

ROSA. ¿Qué me puedes ya decir
Que si te vas me consuele?

D. CAR. Oye: en el alma me duele:
Pero tengo que partir.

ROSA. ¡Dios quiera que me halles viva,
Si vuelves!

D. CAR. —No desesperes
Jamás: en que tú me esperes
Todo nuestro bien estriba.
Toma este anillo: del dedo
De mi madre le saqué
Cuando murió: ten: yo sé
Que confiártele puedo.
Dame tú una prenda tuya.

ROSA.— Toma esta cruz: tambien era
De mi madre.

D. CARLOS.— Trae, y espera:
Mientras no te restituya
Esta cruz mantente firme.
Mi amor solo puede ser
Tuyo, y la muerte impedirme
Puede nada mas volver.
Mientras viva llevaré
Colgada tu cruz al cuello:
Será de tu amor el sello,
Y mi anillo el de mi fé.
Temo que todo lo intenten
Contra mí: mas ten por cierto

Que aunque te digan que he muerto,
 Si la cruz no te dan, mienten.
 No puede en mí haber mudanza:
 Yo solo un amor concibo
 Que en mi alma quepa: yo vivo
 Del tuyo con la esperanza.
 Yo puedo morir quizás
 En la empresa que á osar voy;
 Mas la palabra que doy
 No puedo romper jamás.
 Yo tengo un alma de acero:
 Cuando yo emprendo una cosa,
 No lo olvides nunca, Rosa,
 O logro mi empresa, ó muero.
 Ahora escúchame: las llaves
 Te voy del secreto á dar
 Para que puedas fiar
 En el porvenir. Tú sabes
 Que nuestra raza descende,
 Rosa, de la estirpe real
 De una princesa oriental.

ROSA.— La tradicion lo pretende.

D. CARLOS.— Y así es. La librería

Sabes que me encapriché
 Por arreglar, y que un día
 Y otro en ella me encerré.
 Pues bien; llevando adelante
 Mi arreglo en una ocasion
 Me encaramé en un sillón,
 De lo alto de un estante
 Por tomar un mamotreto:
 Me así á una cornisa hueca:
 La madera estaba seca;
 Se rompió y hallé un secreto.
 Allí entre el polvo que cuaja

El tiempo en toda guarida
 Que de airear no se cuida,
 Encontré oculta una caja.
 La abrí, y su interior hallé
 Partido en cuatro cuarteles,
 Los tres llenos de papeles,
 Y el otro ¿sabes de qué?

ROSA.— ¿De qué?

D. CARLOS.— Dé monedas de oro
 Y plata de sellos reales
 Cuyos signos orientales
 Descifré.

ROSA. ¿Y ese tesoro
 Te apropiaste?

D. CAR. Todo entero;
 Mas no por lo que valía,
 Sino por ser yo en el día
 Su legítimo heredero.

ROSA. ¿Pues cómo?

D. CAR. De los Rosales
 Soy el último, y son de ellos
 Los papeles y los sellos
 De la caja: son legales
 Pruebas que de su derecho
 Dan al mundo testimonio,
 De venir del matrimonio
 Por una princesa hecho
 Con un baron andaluz;
 Como á nuestra descendencia
 Probarian tu existencia
 Ese anillo y esta cruz.

ROSA. Pero tu acción no es leal:
 Tú no eres hoy el primero,
 Ni nuestro único heredero.

D. CAR. Es verdad: en caso igual

Que yo está Juan, nuestro primo,
 Y es fuerza que todo pase
 Al que contigo se case.
 Mas yo tan solo le estimo
 En lo que vale: y como él
 Es avariento, y me temo
 Que no lleve hasta el extremo
 Su palabra, y sea infiel
 A su promesa en mi ausencia,
 Guardar intento prudente
 Lo que puede solamente
 Probar mi amor y tu herencia.
 Porque aun hay mas: entre aquellos
 Dijes, que en su valuacion
 Son de escasa estimacion
 Por el solo valor de ellos,
 Hay varias cartas que prueban
 Que tiene cualquier Rosales
 Ciertos derechos, los cuales
 Son los que á la India me llevan
 Y he aquí lo que te interesa
 Saber: existió un doctor
 Que con paternal amor
 A aquella oriental princesa
 La salvó honra, hacienda y vida:
 Y uniendo á la real doncella
 Con un baron dejó en ella
 Nuestra casa establecida.

ROSA. ¿Y él?

D. CAR. Tan solo les rogó
 Que tomaran su apellido,
 Y á las Indias se volvió.

ROSA. ¿Y nosotros hemos sido
 Rosales por ser el suyo?

D. CAR. Sí: y oye porqué me voy

A la India, y porqué hoy
 A Don Gil no restituyo
 La caja. El Doctor Rosales
 Para nuestra descendencia
 Vinculó otra nueva herencia
 En las Indias Orientales;
 Y aquí tienes el billete
 Que escribía en sus extraños
 Climas, allá por los años
 Seiscientos noventa y siete.

“Soy rico y feliz; mas viejo

“Mi ser é su fin declina;

“Cuanto tengo, Nasarina,

“A tí y á tus hijos dejo.

“Queda en las manos leales

“De unos nobles portugueses

“Que capital é intereses

“Girarán por los Rosales.

“La sociedad de quien queda

“A cargo indisoluble es:

“Si se disuelve la hereda

“El erario portugués.

“Tú eres rica: deja este oro

“Para que algun descendiente

“De tu venidera gente

“Encuentre un día un tesoro.

“He impuesto este capital

“De modo que si algun día

“Enviaras de Andalucía

“Apoderado legal,

“O andando un tiempo un Rosales

“Viniera como heredero

“A escigir este dinero,

“Mis condiciones son tales

“Que estos ricos portugueses

“Y los herederos suyos
 “Tendrán quedar á los tuyos
 “El fondo y sus intereses.”

He aquí, Rosa, la razon
 De mi esperanza y mi viaje.
 Yo solo á tu casa traje
 Mi nombre y mi corazon.
 Dejé una carrera honrosa
 Ya á punto de concluir:
 No tengo ya porvenir
 Alguno y..... te amo, Rosa;
 Te amo con una pasion
 Supersticiosa, esclusiva.
 Para tí es fuerza que viva
 Tan solo mi corazon.

Siempre entre gentes estrañas
 Aislado viví; de modo
 Que en tí he concentrado todo
 El amor de mis entrañas.
 Los que al ócio y diversiones
 Se dan de la juventud
 Pueden tener multitud
 De afectos y de pasiones;
 Yo, concentrado en mí mismo,
 Solo una puedo tener;
 Pero esa tiene que ser
 Profunda como un abismo.
 Esa tiene que llenar
 Entero mi corazon:
 Esa hasta mi salvacion
 Me hará tal vez arriesgar.
 Con esa resuelto estoy
 A morir: no hay árdua empresa
 Que no acometa por esa:
 Por ella á las Indias voy.

Si desco poseer oro
 Es solo para tener
 La certeza y el poder
 De conservar su tesoro.
 Si tengo sed de dinero
 Es porque él me puede dar
 El poder para luchar
 Con el universo entero.
 Mas no es su vil ambicion
 Lo que á las Indias me lleva:
 Sino tu amor, que es quien ceba
 De fuego mi corazon.
 No ir á la India es querer,
 Sin luchar por tí, perderte;
 Y yo prefiero la muerte
 A tenerte que perder.
 ¿Comprendes porqué me voy?
 ¿No te convences, mi vida,
 De que debo ir?

ROSA.

—Convencida,

Pero desolada estoy:
 De tu empresa el hondo afan
 Te alentará siempre á tí.
 Pero ¿qué va á ser de mí,
 Entre mi padre y Don Juan?
 Tu fé se acrecentará
 Con cada paso que avances
 Cada ventaja que alcances;
 Tu esperanza aumentará.
 En tí doblará tu aliento
 El mismo ardor del combate:
 Pero á mí, Cárlos, me abate
 Un triste presentimiento.
 Vete; sí: te debes ir:
 No te lo intento estorbar;

Pero déjame llorar
 Al sondar el porvenir.
 ¿Cómo sabré yo si vives?

D. CAR.—Te escribiré.

ROSA.—Y si recibo
 Tus cartas ¿cómo te escribo?
 ¿Cómo mis cartas recibes?

D. CAR.—Encomendémoslo á Dios.
 Es lo mejor que hay que hacer;
 Pues solo él podrá vencer
 La voluntad de los dos.
 Si eres firme.

ROSA.—Lo seré;
 Mas yo quedo abandonada,
 Por todos tiranizada,
 De todo esclava.

D. CAR.—Ten fé.

ROSA.—¿Si en la red de los amaños
 De Juan, incauto, te envuelves,
 Si te matan, si no vuelves,
 Carlos mio, en los tres años?
 ¿Si mi padre mas que en tí
 Fía en Juan: si le prefiere...
 Si se arruina... Si se muere?

D. CAR.—¿Rosa, ten piedad de mí!
 ¿Crees que voy á tener pocas
 Dificultades que obviar
 Que las puedas aumentar
 Con las que tú me provocas?
 Si pones entre los dos
 El Poder Omnipotente,
 Doblaremos nuestra frente,
 Rosa: mas solo ante Dios.
 Si la luz de mi esperanza
 Me apaga humano poder,

Logrará sólo encender
El volcan de mi venganza.

ROSA ¡Cárlos!

D. CAR. Perdona, alma mía:

Me ciega la sola idea
De creer que posible sea
Perder tu amor algun día.

ROSA Nunca, Cárlos.

D. CAR. Rosa, escucha:

Si por voluntad de Dios
Venimos al fin los dos
A caer en esta lucha;
Si á través de tanto afan,
De tanto tiempo á través,
Fuerza que cedamos es
Al furor del huracan;
Si ante nosotros se cierra
Todo para separarnos,
Y tenemos que arrastrarnos
Por el fango de la tierra;
Si el cuerpo, al cabo vencido
Por la fuerza, la traicion
No importa porqué razon,
Da al fin en tierra rendido:
Si del martirio la palma
Que aceptar, en fin, tenemos,
El cuerpo sacrificuemos:
Mas guardémonos el alma.
Rosa, mi amor es tan casto
Como el de un ángel, ó un niño.
Jamás nutrió mi cariño
Yerba vil de impuro pasto.
Júrame antes de partir.
Aquí, en soledad y en calma,
Guardarme la fé de tu alma

Hasta despues de morir.

ROSA Te lo juro por el padre
Que me engendró, por la luz
Que me da Dios, por la cruz
Que me dió al morir mi madre.

D. CAR.— Pues bien: mi fé te lo jura
Por la créacion entera:
Si muero mi alma te espera
En la eternidad oscura.
Ahora, Rosa, toma, y véte:
Mis empeños con Don Juan
Firmados dentro de él van:
Da á mi tío ese paquete.

ROSA.— Adios, Cárlos.

D. CAR.— ¡Alma mia,
Adios!

ROSA.— ¡No me olvidarás?

D. CAR.— Nunca, Rosa. ¡Y tú?

ROSA.— Jamás!

Confía en mí.

D. CAR.— Y en mí fia.

VII.

Su despedida selló
Un ósculo: Rosa entró
De Don Gil al aposento:
Cárlos, el suyo con tiento
Cerrando, al patio bajó.
Y mientras él ensillaba
Su caballo con esmero,
Del cuarto en que se hospedaba,
Al de Cárlos medianero,
Pálido Juan se asomaba.

Cárlos y Rosa olvidaron
Cuando al de Cárlos entraron,
Que el tabique no subía
Hasta el techo; y cuanto hablaron
Don Juan desde el suyo oía.

Partió Cárlos del castillo:
Y de él cuando iba saliendo
Don Juan desde un ventanillo
Le veía ir amarillo
De envidia, entre sí diciendo:
"Te he escuchado, y no me pesa.

"¿Compañía Portuguesa

"De las Indias Orientales?

"Vete: cuanto me interesa

"Me dejas en datos tales.

"Vé á la India: date prisa:

"Tres años tienes cabales

"Para cumplir tu promesa.

"Primo Don Cárlos Rosales,

"Ya estás metido en tu empresa:

"Pero vé por donde sales."

INTERMEDIO.

La empresa de Don Carlos y la mía
 Son árduas á la par: los dos tenemos
 Que hacer tres años esperar y un día,
 El á Rosa y yo al público.—Veremos
 De la empresa en que á tientas nos metimos
 Mi Don Carlos y yo cómo salimos.

El veinte de diciembre de ochocientos
 Cuarenta y cinco comenzó su viaje
 Don Carlos. ¡Quiera Dios que sus alientos,
 Sus esperanzas y su pié no ataje
 El poder de contrarios elementos,
 Mórtal enfermedad, traición villana,
 Una en fin de esas mil calamidades
 Que el hilo tuercen de la vida humana.
 Dejémosle por campos y ciudades,
 Mares y soledades,
 Ir cruzando con fé reinos estraños,
 Acosado tal vez de adversidades,
 Víctima de asechanzas y de amaños
 Tal vez. Irle siguiendo día á día

Tarea larga y sin placer sería:
 Pero llevemos cuenta con los años.

1846.

Cárlos escribió á Rosa el dos de enero
 Desde Madrid, el diez desde Bayona
 Y el treinta desde Lóndres. Con entero
 Animo vá, su fé no le abandona.
 Un comerciante inglés, su compañero
 De colegio en París, es quien le abona
 Su pasage hasta Goa, y le abre un crédito,
 Don de amistad sin término y sin rédito.
 Cárlos era un mancebo precavido;
 El capitan Look-out, que habia salido
 Del colegio antes que él, y era seis años
 Mayor, era un inglés sério y cumplido,
 Però capaz de comprender su idéa,
 De arrostrar de un mal éxito los daños,
 Y de aceptar el porvenir cual sea
 Del paso mas audaz que justo crea;
 Y Look-out creyó justo el de Rosales.
 Guardó el original de aquellas pruebas
 En que Cárlos se erée bien apoyado,
 De las cuales sacó copias legales.
 Look-out pertenecía
 En Lóndres á la rica Compañía
 De las Indias, y Cárlos ha acertado
 Dirigiéndose á él: Look-out, el día
 Que partió, fué con él hasta el paquete
 Y allí le dijo al despedirse: "Vete:
 "Aquí queda Look-out de tí al cuidado:
 "Sabes que soy inglés, y soy tu amigo:
 "En cualquier ocasion cuenta conmigo;
 Y todo el mundo sabe

Que esto en un buen inglés es cuanto cabe.
 Cárlos partió, doblando su esperanza
 Haber puesto en Look-out su confianza.
 En su postrera carta enviaba á Rosa
 Tres sonetos, que á fé no son gran cosa.
 Pero que es bueno que el lector los lea,
 Porque aunque sus sonetos no son buenos
 Están de amor y sentimiento llenos.
 Y dan de su pasion completa idea.

A ROSA.

En su album. (Lóndres).

I.

Desde que pude amar adiviné
 Que Dios iba á crearte para mí;
 Desde que ser me dió, por donde fui,
 Seguro de encontrarte te busqué.

Antes de ver tu faz, cuando te halló,
 Mi alma sintió que estaba junto á tí;
 Te amé desde la hora en que te ví:
 Te amo y mientras viva te amaré.

Tu ser tiene la esencia de mi ser;
 Mas en mi amor no hay átomo carnal,
 Y si en lugar de hacerte una muger,

Te hiciera Dios un ser espiritual,
 Sin que jamás llegaras á nacer
 Te amara en el no ser mi alma inmortal.

II.

Nunca el arroyo al manantial volvió:
Nunca los peces de la mar saldrán;
Nuestras almas así: nunca podrán
Al destino faltar que Dios las dió.

¿Podrías tú dejar de amarme? No:
Pues como va el acero hácia el iman,
Una hácia otra nuestras almas van,
Y tú vienes á mí, y á tí voy yo.

Bien puede el tiempo entre los dos correr,
Bien puede hervir entre los dos el mar,
Bien puede eterna nuestra vida ser;

Mas nunca puede nuestro amor cambiar;
No; ni puedo yo amar otra mujer;
Ni mas hombre que yo puedes tú amar.

III.

Si un dia ¡que no vea yo jamás!
Mas quiero de ello hacer suposicion,
Porque aunque hay cosas que imposibles son
Alguna vez las hace Satanás:

Si un dia á otro hombre de tu cuerpo das
Por engaño ó por fuerza posesion,
Pues darle no podrás tu corazon,
Sin alma y sin amor se lo darás.

De él al llevarte tu deber en pós
De mí te apartarás: yo moriré:
Mas Dios unió las almas de los dos,

Y yo tu alma á reclamarle iré:
Y, con la mía vírgen, ante Dios
A que muera tu cuerpo aguardaré.

Rosa, en diciembre, el dos, fecha de abril
 De Carlos otra carta recibió,
 Y supo que á las Indias arribó
 Trás de vencer dificultades mil.
 La empresa el primer año no iba mal:
 Mas Rosa al fin del año comenzó
 Miedo á tener, porque á saber llegó
 Que Don Juan habia ido á Portugal.

1847.

D. Gil tuvo de gota un fiero ataque,
 Y su humor pasó de áspero á iracundo:
 Ya no hay remedio que el dolor le apiaque.
 La pega en su furor con todo el mundo,
 Y de su lecho ya no hay quien le saque.
 Rosa abriga de su alma en lo profundo
 Dos infiernos que hiel le dan sin tasa:
 El de su corazon, y el de su casa.

Al fin recibió carta el mes de octubre:
 Pero á través de misteriosas frases
 Tan solo en ella la infeliz descubre
 Que empieza á presentar dudosas fases
 Su porvenir oscuro: que se cubre
 La luz de su esperanza con un denso
 Vapor de duelo: y lo que mas la afije
 Es una poesía, despedida
 Triste, expresion de su pesar inmenso,
 Que el infeliz Don Carlos le dirige,
 Y que viene en la epístola metida:
 Y ya que sus sonetos conocemos,
 Su despedida conocer podemos.

ADIOS!—A ROSA.

Adios! Acaso mas nunca me veas:
 Pero graba en tu alma estas ideas,
 Escritas solamente para tí:
 Y cuando á solas mis palabras leas
 Sia mí, feliz ó desdichada seas,
 Acuérdate de mí.

¡Rosa, el mejor de los humanos seres,
 Cifra de la virtud de las mujeres!
 Si pura como yo te concebí
 Cual mártir vives, y cual santa mueres,
 Cuando en presencia del Señor te viere:
 Acuérdate de mí.

Si víctima infeliz de mis pesares,
 O presa de las ondas de los mares,
 Dios me envía á morir lejos de tí,
 Mi alma vendrá á albergarse en tus hogares,
 Y te dirá tenaz si me olvidares:
 “Acuérdate de mí.”

No me olvides jamás: nadie en el mundo
 Te amó con un respeto mas profundo,
 Que el que te tuve yo mientras viví.
 Mi alma al dejar mi cuerpo moribundo
 De mi vida hasta el último segundo
 Se acordará de tí.

Adios, ídolo y luz del alma mia!
 En el amparo del Señor confía,
 Y ora con fé por que me vuelva á tí;
 Mas si de tí por siempre me desvía,
 Si no vuelvo jamás, en mi amor fia,
 Y de tu vida hasta el postrero dia
 Acuérdate de mí.

Cárlos tenia un corazon gigante:
 En sus cartas jamás se habia mostrado
 Triste ó desanimado:
 En su esperanza y en su fé constante
 Siempre habia mirado
 Con sublime valor hácia adelante.
 ¿Qué era, pues, lo que así le habia mudado?
 ¿Qué queria decir tal despedida?
 ¿Temia por su vida?
 ¿La iba á esponer á inevitable daño?
 La desdichada Rosa no sabia
 Cómo esplicarse su lenguaje estraño:
 Y atenta á si otra carta recibia
 Contaba cada mes dia por dia:
 Y en semejante afan se pasó el año.

1848.

El último del plazo. Ya corría
 El catorce de abril: desesperada
 Rosa los meses trascurrir veía,
 Y veía de angustia traspasada
 Que carta de Don Carlos no tenía.
 ¡El quince! ¡El veinte! ¡El veinticinco! Nada.
 El veintiseis, sobre gallardo overo,
 Potro aun, de la raza cordovesa,
 Que pasó a su poder desde la dehesa,
 Y que para él salió del picadero,
 Apareció Don Juan por la llanura
 Con paje y picador, haciendo fiero
 Ostentacion de ser buen caballero,
 Y en su corcel ligero
 De ginete andaluz buena figura.
 Rosa, del sol poniente á los reflejos,
 Viendo el plateado arnés brillar de lejos,

El corazon latiente de esperanza.
Al balcon asomó, la barandilla
Hasta tocar, el busto . . . ¡Pobrecilla!
Le tomó por Don Cárlos un momento.
Vióla D. Juan, que hácia el castillo avanza,
Y saludóla atento:
Rosa, al notar su error, volvió en su silla.
A dejarse caer con desaliento.
Diez minutos despues subió al castillo
Don Juan. Don Gil estaba insoportable:
Decía que Don Cárlos era un pillo,
Un farsante, un hipócrita y un necio:
Un loco, un vagamundo, un miserable.
Que bien lo habia demostrado al irse,
Cuando de él se marchó sin despedirse;
Que escribir cuatro cartas en tres años
Era mas que un insulto: era un desprecio,
Y uno mas de sus muchos desengaños:
Que habia obrado con bajeza y dolo;
Que solo quiso al proponer su trato
Librarse de él, y abandonarle ingrato
A que muriera despechado y solo.
Y exaltándose mas cada momento
Su dolor corporal, con el ausente
Se ensañaba, creyendo el sentimiento
De su ausencia ocultar, precisamente
Cuando es prueba su enojo en tal momento
De que le tiene á su pesar presente.
Don Juan, que no anda á ciegas en el mundo,
Y que conoce el corazon humano,
Vió que el pesar del viejo era profundo
Aunque le trata de ocultar en vano;
Y comprendiendo bien que todavía
Su presencia no era
Para la hija ni el padre lisonjera,

Se detuvo en su hogar un solo día,
 Mostrándose con él tan complaciente
 Como galán con ella.
 Mas al siguiente, cuando el sol salía,
 Montó en su overo, y se volvió prudente
 De su camino á deshacer la huella;
 Y si traía oculto algun intento
 Lo suspendió para mejor momento.

Don Gil volvió á rabiarse atormentada
 Sin cesar por su padre, la cultada
 Rosa volvió á esperar, siempre constante.
 Pasó abril... paró junio... iba adelante
 Setiembre... corrió octubre... esperó—¡Nada!
 Llegó diciembre—El tres... el diez... podía
 Llegar Don Carlos en el mismo día
 Del plazo.—El quince... el diez y nueve... el veinte!
 Las dos... las tres... las seis... cerrado había
 La noche ya... las siete... no venía.
 Don Gil quedó en silencio... tristemente
 Inclino la cabeza sobre el pecho,
 Despidió de su cuarto á Rosalia
 Y se quedó sin luz.—Era ya un hecho
 Consumado. Don Carlos no volvía.
 Rosa, con fiebre se metió en su lecho.

1849.

Rosa estuvo á las puertas de la muerte:
 Pero su juvenil naturaleza
 Fué, por fortuna, que su mal mas fuerte.
 Al cabo de diez dias de su lecho
 Se levantó sumida en la tristeza
 Mas honda; taciturna, casi inerte:
 Siempre con su pasión dentro del pecho,
 Siempre esperando á Carlos con firmeza,

Ya de verle volver sin confianza,
Mas de que vuelva aun con la esperanza,
Pues la esperanza en quien de veras quiero
Solo muriendo quien espera muero.

Su padre, que jamás probado había,
En su vida de jóven borrascosa,
Ese infinito amor que Dios envia
Solo á las almas predilectas, no osa
Turbar el duelo del amor de Rosa,
Y tolera su triste compañía
Porque él tambien á su manera siente
Honda inquietud por su sobrino ausente.

El trece de febrero
Se apeó ante la puerta del castillo
Juan Diego de Astudillo,
Mozo de buen talante,
Tan diestro é intrigante
Como audaz y valiente,
Criado de Don Juan, y confidente
Que viene de Don Juan por mensajero,
Y portador de un pliego interesante.
El pliego contenia
De Don Juan una carta y ejemplares
De periódicos varios, portugueses,
Españoles é ingleses,
Sobre cuyas columnas se veia
En distintos lugares,
Señalado á la márgen con la pluma,
Un párrafo de triste contenido
Que en diferentes lenguas era en suma
Un artículo mismo traducido,
Y en distinta edicion reproducido.
Don Gil se avizó cuando la vista
Al estender sobre papeles tales
Lo saltó á ella el nombre de Rosales

Repetido en lo impreso; mas la pista
Al quererle seguir por los renglones,
Mas pronto para ver de qué se trata,
Vió que la historia que el papel relata
Confirma sus secretas aprehensiones.

Y como todavía

No ha entrado, que yo sepa, el universo

En tan lata *poético-mania*

Que escriban sus artículos en verso

De Lisboa y de Lóndres los diarios;

Y como puede haber lectores vários,

Gente de exactitud meticulosa

Demasiado formal y escrupulosa,

Y capaz de tacharme de ridículos

Mis esfuerzos y afanes

Por reducir á versos en mi cuento

El mas indispensable documento,

El trato epistolar de mis galanes

Y otros tales precisos adminículos,

Daremos aquí en prosa

La carta de Don Juan, y los artículos

Que enviaba adjuntos á Don Gil y á Rosa.

A mas de que, si en verso los pusiera,

Pudiera ser muy bien que alguno hubiera

Capaz de suponer que yo lo invento;

Mas claro: no faltara quien creyera

Que, al dar mi cuento por historia, miento,

Y que es falsa esta historia verdadera;

Y pues que de mi crédito es asunto

Quiero poner las cosas en su punto.

CARTA DE DON JUAN A SU TÍO DON GIL.

Madrid, 7 de febrero de 1849.

Mi querido tío: Adjuntos remito á V. varios periódicos, en cuyas columnas ballará V. marcada al márgen con pluma la esplicacion del silencio y la ausencia de mi desventurado primo Don Carlos, sobre cuya noticia escuso hacer á V. observaciones ni comentarios.

Trate V. de participárselas á Rosa del modo que juzgue menos peligroso para su nerviosa sensibilidad, y de reducirla, si le es posible, á conformarse con la voluntad de Dios. Mis negocios marchan prósperamente; en cuante á la suma de la cual fué cuestion hace cuatro años no se inquiete V. por ella; en el mes de setiembre haré á Vds. una visita; y si mi bella prima se ha resignado para entonces con su mala suerte todo podrá arglarse á satisfaccion de todos.

De V. como siempre etc. etc. su sobrino,

Juan.

ARTÍCULO DEL TIMES, REPRODUCIDO EN VARIOS PERIÓDICOS DE MADRID Y DE LISBOA.

Nuestro corresponsal de Calcuta nos da los siguientes detalles sobre un caso de monomanía especial de nuestro siglo, que tiene tal vez su origen en la publicacion y voga de ciertas novelas francesas, en las cuales se trata de millones y de tesoros, y que han engendrado ya algunos Dantés y

algunos Rennepont. La historia de Carlos Rosales es una prueba patente de la mala influencia de semejantes lecturas.

Descendiente de una familia solariega de Andalucía, abandonó el colegio francés en el cual su padre le había puesto para pasar á las Indias Orientales; donde se le metió en la cabeza que debía de encontrar un tesoro legado á su raza por uno de sus antecesores. Sabido es que la mayor parte de las familias andaluzas tienen la pretension de descender de príncipes, aunque sean moros; por consiguiente en la de Rosales existía también la tradicion de que habia sido fundada por una princesa oriental. Carlos tomó la tradicion imaginaria por historia verídica, y se lanzó á las Indias en busca de la herencia de la princesa; que segun la tradicion, debía de estar en manos de una compañía por tuguesa, casi contemporánea nada menos que de San Francisco Javier. Llegado á Goa, empezó á importunar á cuantos ricos portugueses encontró allí establecidos, empeñándose en que eran ellos los depositarios de su herencia. Rechazado por todos y amonestado por las autoridades, se internó en las provincias de la India, en las cuales creía que sus ascendientes habian existido, y al cabo de algunos meses volvió á aparecerse en Calcuta pertrechado con nuevos documentos justificativos encontrados, ó mas probable mente inventados por él, en las comarcas de Delhi y de Arungabad que acababa de reconocer. En Calcuta volvió á entrar en cuestion con cuantos portugueses tenian allí comercio ó hacienda: unos le oyeron con indulgencia y otros se le esquivaron como pudieron, convenciéndose todos de que no estaba cabal de juicio; pero habiendo tropezado con un oficial de la marina portuguesa, cuyo amor propio no pudo resistir las importunidades de Rosales, aceptó un duelo propuesto por este en un café, y vino á perecer miserablemente á manos de semejante maniático, quien le pasó el pecho de dos estocadas tiradas á fondo, segun los testigos, con toda la rapidez y seguridad de la sala de armas de Grissier. Las autorida-

des se apoderaron de Rosales; pero de la sumaria que se le formó, y de las declaraciones de los médicos que fueron consultados, resultó el reconocimiento positivo de la enagenacion mental en que se hallaba el heredero de los tesoros de la princesa, que fué por consiguiente absuelto, pero encerrado en la casa de dementes. El aislamiento de su encierro cambió la manía de su locura, y dió en llorar dia y noche sobre una cruz que llevaba al cuello, que habia defendido siempre desesperadamente, metiéndosela en la boca, y que él tomaba por un talisman capaz de sacarle con bien de todas sus aventuras. Esta tranquila manía le libró de que se usara con él de rigor alguno, y andaba libre por el establecimiento, ocupándose sin resistencia en lo de que sus directores le creian apto; él se presentaba todos los dias en la direccion á pedir su libertad, tras de cuya negativa volvía en silencio á sus ocupaciones. Pero una noche ecsaltándose de nuevo su cerebro y habiéndose descuidado con él los guardianes de servicio se lanzó por una ventana, salió al muelle y quiso forzar á unos bateleros á conducirle á bordo de un buque inglés que debia hacerse á la mar al dia siguiente. Los bateleros, ignorando su estado de alienacion mental, y ofendidos de sus denuestos, pasaron con él á vía de hechos para quitársele de encima, y despues de una lucha de algunos minutos, en la cual el Rosales, que era jóven y robusto, hirió malamente á algunos, y fué de los otros no poco maltratado, se arrojó al agua y desapareció. El capitan del buque inglés y los patrones de las demás embarcaciones surtas en el puerto declararon no haberle recibido á bordo. Puede pues tenerse por indudable su fin: pues no es probable que hubiera desistido de una de sus dos manías, ó de la de embarcarse ó de la de volver á pedir su herencia. He aquí los frutos de la lectura de las descabelladas invenciones de los poetas y novelistas modernos.

Pero aun no es esto todo. La historia del Rosales tiene

una segunda parte mas curiosa, si cabe, que la primera. A los cinco meses de la desaparicion del desventurado maniático, se presentó en Calcuta el capitan Look-out, su amigo y compañero de colegio, provisto, segun dijo, de los documentos originales, en cuyas copias apoyaba sus derechos el loco: y empeñado el inglés en no creer posible la muerte del español ha emprendido una esploracion por aquellas costas salvajes para encontrar á su amigo, cuya presencia cree necesaria en Portugal; pero de cuya espedicion volverá, si vuelve, como se ha ido; porque el fondo herbáceo de aquellas agnas no devuelve jamás la presa que tragan sus ondas. Todo el mundo hace sin embargo justicia á la lealtad del capitan Look-out, el cual ha demostrado en esta ocasion que le ha sido perfectamente aplicado el apellido que lleva.

He aquí, lector, tal cual es

La rápida relacion

Que de la historia en cuestion

Daba el periódico inglés.

Don Gil quedó taciturno,

Discurriendo como hacer

Para hacérsela saber

A su hija Rosa á su turno.

Mas viendo que al cabo era

Que la supiese preciso,

Tuvo por mejor aviso

Que ella misma la leyera:

Y los papeles la dió,

Prevenido á un accidente;

Mas Rosa, aunque ávidamente,

Con firmeza los leyó:

Rosa esta nueva cruel

Tomó al parecer con calma,

Porque tenia su alma

Tan saturada de hiel
Que no podía una gota
Aumentar ya su amargura.
Cuando acabó su lectura
Sintió que la fuente rota
De su llanto desbordaba
Por sus ojos: donde al menos
Vió Don Gil síntomas buenos,
Pues su dolor desahogaba.
Fué en verdad prueba muy ruda;
Mas no acabó con su vida;
Rosa continuó sumida
En una tristeza muda.
Don Gil espera con calma
Que su dolor se la pase
Con el tiempo.—¡Necia frase
Pues Dios hizo eterna el alma!
Llegó setiembre y Don Juan
Vino . . . mas ya basta de esto:
Mejor de mi historia el resto
Ver sus héroes nos hará.

CAPITULO I.

CATASTROFE DEL DRAMA Y EPILOGO DE LA LEYENDA.

I.

1852.

Habia muerto Don Gil el dia treinta
De julio de ochocientos cincuenta:
Noticia en prosa vil, baja y rastrera,
Como la puede dar mi lavandera;
Pero que no la dieran mas eesacta
Ni el mismo calendario ni la epacta.
Los que viven creyendo todavia
Que siempre ha de mentir la poesia,
De esta verdad de á puño tomen acta.
Mas vamos adelante con los hechos,
Fuera porque Don Juan se dió á ello traza,
Fuera porque Don Gil tomara á pechos
Que no se concluyera en él su raza,
Ello fué que á la hora de su muerte
De Rosa y de Don Juan unió la suerte;
Y un padre que suplica en la agonía

¿Qué promesa filial no rompería?
Rosa llegó al altar como una estatua,
Sin corazón, sin sentimiento, fría,
Del que nunca fué amante á ser esposa,
Logró en ella Don Juan su ambicion fátua:
Don Juan era baron . . . y mártir Rosa.
Al mes del matrimonio Rosalía
Encerró su vejez en un convento;
Rosa en la sombra y soledad vivía
De su antigua mansion de Andalucía;
Don Juan, á sus negocios mas atento
Que á Rosa, puesto siempre en movimiento,
De Granada á Madrid iba y venia:
Porque desde el momento
De su desventurado casamiento
De baron con el nombre, y de marido,
La maldicion de Dios le habia caido.
El, siempre tan feliz en sus empresas,
No ponía ahora mano en cosa alguna
En que no hallara adversa la fortuna;
Y en un año perdió sumas tan gruesas
Que para repónerse de los daños
Que en unos cuantos meses
Han hecho en su caudal tales reveses,
Iba á necesitar algunos años.
Empezó á cavilar, y á andar sombrío:
Supersticioso y ruin, su mala suerte
Achacó á la influencia de su esposa,
Y un genio mas tiránico y mas fuerte,
Mas airado y tenaz que el de su tío
Descubriendo por fin, dió contra Rosa,
Para cuya infeliz y triste suerte
Son remedio no mas Dios y la muerte.

Y de esta vida interior

El perpétuo torcedor
 Puede solo imaginar
 Quien sepa lo que es estar
 Mal casado y sin amor.

II.

El veinte y tres de abril llegó á Granada,
 Volviendo de Madrid, D. Juan Rosales,
 Silencioso, sombrío, temudada
 La faz: no cual solía á grande costa
 En su silla de posta,
 Cómoda y bien ferrada,
 Con page, postillen y dos zagales,
 Sino en las diligencias generales
 Como la gente poco acomodada.
 ¡Cosas del mundo, y del destino vário!
 Don Juan, que hacia un año que en la corte
 Era admirado por su tren y poste;
 Que era dueño, accionista ó empresario
 De cuanto banco ó trata lucrativa
 Estaba en alza ó producción activa;
 Que era en fin un banquero millonario,
 Por una desventra inexplicable
 Vino á dar en tan rápido descenso,
 Que errando en sus empresas una á una
 Había perdido un capital inmenso.
 Parecía que de él había apártado
 Dios su mano ausiliar y poderosa
 Cuando por ser baron se había casado
 Bajo un signo maléfico con Rosa.
 Volvia de Madrid desesperado

Para ver si unos meses de reposo
 Podian conjurar su hado funesto,
 Y salvar á lo menos cauteloso
 De su mercedado capital el resto.
 Así que, habiendo vuelto de improviso
 Con poco haber, y con maleta escasa,
 Sin despedirse allá, ni dar aviso
 De su vuelta á la gente de su casa,
 Turbado por fatal presentimiento
 Por la primera vez su pensamiento,
 Solo, triste, hastiado, caviloso,
 En su futura decision perfiejo,
 Inquieto, y sin motivo receloso,
 Emprendió hácia su aislado castillejo
 Antes de amanecer el corto viaje,
 Sin criado, sin armas ni equipage,
 Y en un recién comprado caballejo.
 Tal modo de viajar habia sido
 Por Don Juan elegido
 Por precision y gusto juntamente:
 Va así, en primer lugar porque no deja
 La tierra desigual de aquel partido
 Caminar por sus términos en coche:
 Y, en segundo lugar, porque ha querido
 Salir de propio intento por la noche
 Para esquivar la vista de la gente:
 De manera que el alba todavía
 No apuntaba, pues él contado habia
 Con la luz suficiente
 De lá luna tardía,
 Cuyo fanal brillaba en tal momento
 Suspendido en mitad del firmamento.
 Salió D. Juan de la ciudad: metióse
 Por las huertas del Darro, y en un grueso
 Capoton embozado, entre lo espeso

De los floridos árboles perdióse.
Cuando á lo léjos él en la arboleda
Se hundía, trás los anchos malecones
De un aislado molino
Que á la derecha del camino queda,
Pareció poco á poco otro viajero
En un corcel soberbio caballero,
Que tomando los curvos callejones
De las huertas que forman la vereda
Unica que á D. Juan abre camino
Para ir á su castillo, trás su paso
Enderezó los suyos, de Rosales
El mismo rumbo acaso
Llevando; mas con una circunstancia
Estraña: que guardaba siempre iguales
Con los de aquel el paso y la distancia,
Avanzando como él á paso lento
A pesar del vigor y la arrogancia
De su hermoso caballo, que impaciente
Iba tascando, el freno tan violento,
Que el caballero su inquietud ardiente
Podia sosegar dificilmente.
De cortijo en cortijo, y huerta en huerta,
Hora y media despues de la espesura
Saliendo, dió D. Juan en la llanura
Inculta y descubierta
Que á la Alpujarra indómita conduce,
Y cuya estensa soledad desierta
Un efecto fantástico produce
Sobre el viajero que á cruzarla acierta
Por la primera vez. Todo el terreno
De accidentes estraños está lleno:
Caprichosos peñascos, torreones
Moriscos derruidos, que destacan
Sobre el cielo sus rotos paredones.

Robles añosos que sus ramas sacan
 Como brazos de errantes esqueletos
 De sus ruinas informes por encima;
 Zarzas tupidas y silvestres setos
 Que ciñen como un árabe turbante
 De las colinas ásperas la cima:
 Todo en aquel parage,
 Poético y salvaje,
 Presenta ese carácter misterioso
 Y cerril, esa faz estravagante
Mezcla de la aridez del arenoso
 Páramo y de la fresca y ondeante
 Vejetacion del valle hondo y umbroso,
 Carácter peculiar de toda tierra
 Donde acabando un llano exhuberante
 Comienzan las quebradas de una sierra.
Mas hay en esta tierra todavía
 Otra causa especial por sí bastante
 Para hacerla mas triste y mas sombría:
 Todo en aquellos páramos encierra
 Algun recuerdo de época distante
 Cuya memoria ó tradicion aterra:
 Todo ha sido teatro en algun día
 De actos horribles de venganza y guerra.
 Allí por mas de un siglo se batieron
 Con desesperacion dos fieras razas
 Que dominar la tierra pretendieron
 Y de la asolacion que allí trajeron
 Con su guerra mortal aun quedan trazas.
Aquella es una tierra de memorias
 Sangrientas, y fantásticas historias.
 Al salir á estos páramos desiertos
 Don Juan, mezclaba el alba vacilante
 Sus resplandores pálidos é inciertos
 Con la luz de la luna rutilante,

Cuyos rayos de plata
 El sol, que el cielo al alborear colora,
 Uno por uno al ascender devora,
 Su blanquecina luz hasta que mata.

Iba Don Juan pasando por delante
 De una arruinada ermita, tristemente
 Meditando en la rápida mudanza
 De su suerte inconstante,
 Cuando sintió tras él distintamente,
 Y no sin interior desconfianza,
 El galope seguro y resonante
 De un caballo que hacía él rápido avanza.

D. Juan no ora cobarde, y evitando
 Curiosidad, que parecer podía
 Miedo, siguió tranquilo adelantando,
 Mas aunque sobre sí, y alerta estando,
 Sin volverse á mirar quien le seguía.
 A los pocos instantes el viajero,
 Que su senda tomó cuando él se hundía
 En la espesura, le alcanzó: y su fiero
 Caballo refrenando, con Rosales
 Mostró querer marchar de compañero
 Y atravesó con él palabras tales:
 Buenos días, D. Juan.—El, sorprendido,
 Respondió.—Buenos días, caballero.

CABALLERO.—Tiempo ha que una ocasion hallar queria
 Para hablaros á solas.

D. JUAN. —A fé mia
 Que mas solo que aquí no habeis podido
 Discurrir el buscarme en parte alguna.

EL CABALLERO.—Por eso estos desiertos he elegido
 Para ello.

D. JUAN. —¿Y á quien tengo la fortuna
 De hablar, pues que de vos soy conocido?

EL CABALLERO.—Al capitán Look-out, señor Rosales,